
3 1761 04579789 1

DEDICATORIA

Dedico este libro de justicias a los murmuradores hipócritas, que se escandalicen y asusten de ver francamente escritas acusaciones e historias que en sus bocas maldicientes aprendí, en cobardes chismorreos de café.

Piadosamente callo sus nombres, para que puedan condenar en mí sus mismos juicios, para que sigan respetando en público famas y cosas ridículas, de que en privado se burlan, y para no darles como enemigos temibles a hombres odiosos, que sacaron su renombre, su riqueza y su poder, del propio envilecimiento y de la mansedumbre y la estupidez ajenas.


LIBRARY
JUL 25 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PREVENCIONES

Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle...

(ROMANCE ANÓNIMO).

«Hipócrita lector, mi prójimo, mi hermano» (1), a tu melindrosa y acomodada malicia prevengo, contra mi desatada mordacidad, para que, en provecho mutuo, no me leas.

El autor de este libro no quiere ni sorprender a los confiados, ni alarmar a los pusilánimes, ni inquietar con el excitante de la duda a los que tienen la suerte de soñar, amodorrados por el narcótico de su fe y el sedante de su confiada mansedumbre.

Enemigo de clasificaciones inútiles, de motes vanos, de fetichismos absurdos y de disciplinas embrutecedoras, me declaro igualmente distanciado de todos los partidos, de todas las escuelas, de todas las camarillas y de todas las supercherías, a que llaman religiones.

En la vida y en los libros he buscado con afán un faro que me diese luz y una verdad que me diera fe.

Cuando, fastidiado y rendido de la inútil búsqueda,

(1) BAUDELAIRE.—*Fleurs du Mal.*

he comprendido la esterilidad de mi empeño, me he encontrado tan lejos de la aristocracia como del pueblo.

Los reaccionarios, inactuales y tercos, me han parecido tan insensatos como los socialistas utópicos y los anarquistas brutales.

Esta desilusión, en vez de hacerme enemigo de la humanidad, me ha llevado a ser compasivo con ella. Odiarla hubiera sido también excesivo y estéril.

Después del agotamiento de mis entusiasmos, es ya el Mundo para mí como un enorme escenario, donde el espectáculo que se representa, ni me divierte ni me angustia. Soy un espectador indiferente, que a veces callo, por comodidad, y a veces me determino a apuntar un ligero comentario, más o menos rudo, según el estado de mi espíritu.

Este mi modo de obrar, puede parecer extraño a los que son de otro modo. Pero su extrañeza será, como todo, inútil.

Sólo un remedio puedo brindar a los optimistas y a los crédulos, para evitarles con tiempo su vano enojo: echen, sin leerle, al fuego este libro, que no escribo para ellos, que probablemente no se escribe para nadie.

. . . .

Ahora, lector, que bien avisado quedas, sólo me resta dar fin con las palabras, más cristianas que discretas, del baturro pescador, enemigo de añagazas, a quien se quiso advertir que era terquedad e insensatez esperar que se engancharan los peces en el anzuelo, que se obstinaba en tirar al río sin el cebo acostumbrado:

«—¡El que quiera picar que pique; aquí no se engaña a nadie!»

PRÓLOGO GALEATO

Al llegar a Buenos Aires,
en la otra orilla del río,
hay un letrero que dice:
«¡..... *Chincharse* (1) *y no haber venío*».

(COPLA BATURRO-ARGENTINA).

I

Los extranjeros que viven en la Argentina hablan como los casados: todos están contentos de haber tomado mujer... Pero ¡si tocaran a descasarse!...

Cuantos se casaron mal, no quieren reconocer su equivocación, al tomar estado, y antes que decir sus cuitas y publicar la torpeza con que desoyeron los consejos de gentes experimentadas, que les hicieron largo y verídico relato del penar de los maridos, hablan bien del matrimonio, para concluir confesando a los solteros que obrarán bien no casándose.

---

(1) El baturro a quien yo oí por vez primera este filosófico cantar, expresaba sin eufemismos su arrepentimiento y su resignación, empleando en vez de *chincharse*, otro verbo menos casto.

Muchos que en la Argentina viven por fuerza, (1) no quieren tampoco reconocer que se equivocaron al emigrar.

Este rasgo de sinceridad lo juzgan vergonzoso reconocimiento de su fracaso: valdría tanto como confesarse inútiles para triunfar donde triunfaron otros, y como declararse incapaces de hacerse ricos en un país, donde

---

(1) «Destierros hay, como dijo Fr. Gerundio, que aunque no hayan sido impuestos por leyes ni sentencias de los Tribunales, no por eso dejan de ser destierros mixtos de espontáneos y forzosos».

¡No pensó en ello Clemenceau, cuando en su libro *Notes de Voyage dans l' Amérique du Sud*, luego de reconocer que hay extranjeros en la Argentina que viven a disgusto en el país, soluciona breve y desdeñosamente la cuestión diciendo que «nadie les impide que se vuelvan *d' un pied léger* a su patria».

Clemenceau, que fué a la Argentina contratado, con buen sueldo y viajes y hoteles pagados, olvida que no todos van a América en las mismas condiciones.

Consiga M. Clemenceau, que las compañías de navegación repatríen de balde a los descontentos y a los desengañados y verá luego qué modo de solicitar pasajes.

El gobierno argentino está tan seguro de esto, que, lejos de facilitar la repatriación, ha tomado varias veces medidas para impedir que las empresas navieras, rebajen el precio de los pasajes de vuelta.

Pero, ni aun facilitando la repatriación quedaría el mal solucionado.

¡Después de haber salido de la Argentina varios millares de inmigrados arrepentidos, aún quedarían en aquel país *por fuerza*, muchos infelices que nada irían a buscar en su patria, al cabo de algunos años de ausencia y sin tener ya en ella ni parientes, ni amigos, ni bienes ni hogar, nada, en fin, de cuanto locamente dejaron para ir a probar la aventura americana.

¡Y no es honrado, ni justo, encogerse de hombros, dejando a los pobres inmigrantes, fracasados o descontentos, toda la responsabilidad de haber intentado esta aventura peligrosa, porque los más de éstos infelices nada sabían de la existencia de la Argentina, y nunca hubieran sentido el deseo de ir en busca de sus pregonadas riquezas, si bocas mentirosas y escritos engañadores no hubiesen ido a tentar su codicia y a abusar de su ignorancia.

quiere una embustera y delincuente leyenda que el lograr fortuna es cosa por demás sencilla. ¡Se citan tántos casos y tántos nombres!

Este ridículo temor a confesarse vencidos, lleva a muchos a fingir grandezas; de unos a otros se trasmite el engaño, y la leyenda perdura, la emigración aumenta, la desgracia se afirma y la farsa se mantiene.

Esta necesidad de mentirse mutuamente tiene además otra explicación.

La Argentina es un país en el que la fiducia y el crédito son la base y la esencia de la prosperidad y de la vida. El Gobierno, los Bancos, los mercaderes mayoristas, los *bolicheros*, (1) los grandes hacendados, los pequeños capitalistas, los empleados, el obrero, en una palabra, todos, necesitan inspirar confianza y conseguir crédito. Nada más lógico, por tanto, que el Gobierno, el Comercio, los industriales, los que tienen algo y los que de todo carecen, necesiten fingir un bienestar que no gozan, para conseguir *plata* en relación con su solvencia aparente. El dinero, como la mujer, sólo se entrega a los osados y a los astutos.

Están los que viven en la Argentina tan seguros de que nadie quiere decir la verdad, cuando se les pregunta por sus negocios, que inconscientemente, y sin dejo de ironía, han ideado una fórmula de saludo que al preguntar da derecho al engaño inevitable.

Cuando dos conocidos se encuentran y se interrogan,

---

(1) Los lectores que desconozcan el español adulterado que se habla en la Argentina, deben consultar el *Glosario* puesto al final de este libro.

jamás se preguntan como en España:—«¿Qué tal va?» o «¿Cómo está?» sino que emplean una frase puramente americana:—«¿Cómo *dice* que le va?»

Y cada cual *dice* y miente como mejor le acomoda.

¡Oh! todos están satisfechos, contentísimos, en camino de ser ricos y a punto de ser felices... pero...

Y la lista de los *peros* no acaba nunca.

Como la camisa del cuento:

—*Compare*—dice un andaluz a otro, con quien lleva largo tiempo conversando—quítese *usté* un *piojiyo* que le va corriendo *po* el *cueyo* de la *camiza.*

—¿Un piojo dice, *compare*? Pues mire, es una *casualiá,* porque mi *mujé* es *mu* relimpia.

Un instante después vuelve a decir el primero:

—Compare, por la pechera le va corriendo otro piojo.

—¡Vaya, otra *casualiá*! Y vea *compare* que es raro porque más limpia que es mi *mujé*...

Pasado un minuto, tercer piojo y tercer aviso.

—Otra *casualiá,*—dice con calma el piojoso.

A poco el primer compadre se retira precavido y dice con sorna a su compañero:

—*Compare,* váyase a casa y múdese, porque tiene *usté* la *camiza* llena de *casualiaes.*

A la Argentina le ocurre una cosa semejante.

El país es grande, enorme; pero da la *casualidad* de que aun no han llegado suficientes extranjeros para construir sobre el inmenso solar el edificio en proyecto. Hasta que este día llegue, la Argentina no será sino un conato de gran nación.

Es innegable que en la actualidad es la Argentina un pueblo agrícola, con tierra y clima adecuados para abastecer de granos al mundo entero. Pero, da la *ca-*

sualidad también que, unos años porque llueve con exceso, otros años porque es extremada la sequía (la *seca*, dicen allí); unas veces porque hay huelgas (1) y otras porque faltan brazos, las cosechas se pierden, y, no ya el mundo, sino que ni los mismos argentinos, con ser tan pocos, se dan el hartazgo que parecía brindarles aquel suelo engañador.

No habrá para qué decir la cadena de fracasos y desgracias de que va inmediatamente seguida cada siembra malograda: el que pidió, confiado en la cosecha, deja de pagar al Banco que le abrió crédito; el Banco, que no cobró, se ve en la imposibilidad de seguir prestando *plata*, a los que piden para pagar a las casas mayoristas, que tampoco saldarán sus deudas, porque a ellas no les pagaron... (2)

Los obreros que trabajan, (cosa que no logran todos), ganan en la Argentina mejor jornal que en Europa.

Pero da la *casualidad* de que la vida es carísima, antihigiénica e incómoda, hasta el punto de que sólo los hombres-bestias, que en cualquier parte malviven, pueden conseguir, a fuerza de privaciones y de fatigas, ahorrar algunos miserables pesos, que se llevarán a su país, si no da la *casualidad*, que suele darse, de que enfermen y tengan que ponerse en manos de un médico,

---

(1) Motivadas por el bienestar, seguramente; la excesiva riqueza quita a los hombres las ganas de trabajar.

(2) Como el mal es crónico en el país, todos los comerciantes conocen las panaceas que dan momentáneo alivio: se pide un arreglo, se va tranquilamente a la quiebra o se pega fuego al *negocio*. La cosa es tan natural, que hasta los chicos conocen en la Argentina los nombres de comerciantes enriquecidos, merced a su habilidad para aplicarse con arte estos sencillos remedios.

que en tres o cuatro visitas se les engulla bonitamente, por curarles o por echarlos al otro mundo, el fruto de muchos días de esfuerzo.

Y si da la *casualidad* de que no enferman, no por eso habrán acabado los riesgos en que allí están la vida y la bolsa del inmigrante.

Puede ocurrir que le roben ladrones desconocidos, si vive en parajes mal guardados por la escasa y relajada policía, (1) y hasta puede dar la *casualidad* frecuente, de que siendo el mismo comisario, que debía amparar al inmigrante, dueño a la vez de la *borrachería*, el garito y el *quilombo*, se las arregle de forma que vayan a parar a uno de estos tres establecimientos, o a repartirse en los tres, cuanto economizó el pobre obrero, trabajando como un burro y viviendo como un perro. (2)

Blasco Ibáñez, Clemenceau, Huret y otros viajeros ilustres, que han hecho libros hablando de la Argentina, no han podido o no han querido ver todas estas *casualidades* y otras más negras de que después hablaremos.

Al señor Blasco Ibáñez no le tomemos en cuenta.

---

(1) El peligro es viejo y, porque mis palabras no parezcan calumniadoras y sospechosas, las ampararé en las del poetilla argentino Hernández, que dice por boca de Martín Fierro.

«...Aura... ¡barbaridad!
La cosa anda tan fruncida
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridad».

(2) El mismo Clemenceau, que tuvo duros los oídos para recoger las quejas de los inmigrados, no pudo por menos que hablar en sus *Notes de Voyage*, de la inmoralidad probada de los reyezuelos despóticos y codiciosos llamados comisarios de campaña.

En los pueblecillos alejados de los grandes centros de población, los comisarios son grandes señores feudales, que ejercitan libremente todos sus derechos, sin excluír el de pernada.

No hay quien ignore en la Argentina que toda la embustera propaganda que a favor de aquel país ha hecho ha sido labor pagada.

Sus viajes a España para reclutar emigrantes, fueron bien subvencionados por el gobierno argentino, y su proceder fué tan descarado e inicuo, que un escritor tan ecuánime y poco agresivo como es José M. Salaverría, no pudo por menos que pedir en una de sus correspondencias al diario madrileño «A. B. C.» que se procesara en España a Blasco Ibáñez, interrumpiendo su inhumana y antipatriótica labor de embaucar gentes ignaras.

Si entonces se hubiera hecho caso a Salaverría, que acusaba desde Buenos Aires, donde hace años vive considerado y tranquilo (doy estos datos para que se aprecie mejor el fundamento, la valentía y la nobleza de su advertencia: Salaverría no es ni un fracasado ni un enemigo de la Argentina); si se hubiera atendido, repito, la juiciosa y desinteresada advertencia de un escritor no cegado por la codicia que la Argentina despierta, se hubiesen evitado muchas infamias, muchas ruinas y muchas lágrimas.

El propio Blasco Ibáñez hubiera salido beneficiado, que si es hombre de alguna conciencia aún (motivos ha dado para que se dude), debía preferir haber vuelto a la cárcel, donde en otras ocasiones estuvo por defender a los oprimidos, a ser causante de la desolación de muchos hogares y el originario de miserias que ya no sabría remediar, ni aun con el auxilio de la maldita elocuencia con que perdió a los pazguatos que en sus mentiras creyeron.

Pero no hablemos de Blazco Ibáñez. Su adulación y

su bajeza llevan trazas de ser tan improductivas como innobles.

Sus sueños ambiciosos no se logran con la rapidez con que su codicia lo quería, y mientras viva, ambicionando y sufriendo, y aun después que venga la muerte, vengadora, justiciera e igualitaria, a obligarle a desprenderse de las miserias que haya conseguido atesorar, quedará como recuerdo palpable de su mala acción y para escarmiento de ambiciosos desalmados, su grotesco y embustero libraco, (1) despreciado y reído hasta por los argentinos, a los que quiso explotar besándoles humildemente las posaderas.

II

Al señor Clemenceau fuera injusto hacerle iguales cargos.

Sus *Notes de Voyage* no son una serie de viles adulaciones: cuando ha creído que debía reprender ha reprendido, y si Clemenceau no ha sido justiciero, denunciando graves males, se ha de atribuir a que por su significación política y por sus méritos, se le recibió y se le trató en la Argentina con honores casi oficiales. Sus visitas y sus paseos fueron preparados astutamente, y de este modo, Clemenceau vió la *camisa* reluciente,

(1) «*Argentina y sus grandezas*».

alba y limpia, porque los que se la enseñaron tuvieron comprensible afán de quitarle bien los piojos.

Algo de esto le ocurrió a Jules Huret, a quien la cortesía y el obligado reconocimiento a las personas de significación que le trataron a cuerpo de rey, no le dejaron expresar con entera libertad su juicio en los dos libros (1) que a estudiar la Argentina ha dedicado.

Por otra parte, tanto Clemenceau como Huret, no estuvieron suficiente tiempo en la Argentina para poder apreciar bien las condiciones en que viven y luchan los infelices inmigrantes, de los que ellos sólo vieron un corto número, en brevísimas visitas, hechas como por sport, trasladándose en cómodos carruajes desde el confortable hotel al tugurio obrero, que abandonaban tan luego como veían saciada su curiosidad de sociólogos con sueldo, gajes y honores.

De pasada, no hay cosa, por mala que sea, que parezca intolerable.

Del infierno se trataba y Virgilio le pudo enseñar a Dante muchos que estaban achicharrándose y contentos, porque esperaban que su mal tendría fin:

«E vederai color ché son contenti
Nel fuoco, per ché speran divenire
Cuando ché sia, alle beate genti».

No, ni Clemenceau ni Huret merecen grandes reproches por las omisiones o por los errores de sus libros.

---

(1) *De Buenos Aires au Gran Chaco* y *De la Plata a la Cordillère des Andes.*

Clemenceau, cuyo espíritu es de contradicción y contienda, se hubiera dejado llevar de buena gana de su temperamento censurador, que su mucha edad hace cada vez más disculpable.

Si hubiera podido hablar, sin faltar a las conveniencias, a buen seguro no se hubiera limitado a arremeter quijotescamente contra el inocente y desamparado ombú, empleando en la acometida un esfuerzo que hace aparecer el ataque desatentado y grotesco, por no haber la debida proporción entre el arremetedor y el enemigo.

Y la misma ridiculez se desprende de los enfados que M. Clemenceau muestra al censurar los paseos, el defectuoso ajuste de las puertas de las casas, y otras minucias, que no hubieran ciertamente sido víctimas de su malhumor, si no hubiese sido descortés y antipolítico, desahogar los nervios y emplear las energías, en comentarios y avisos de más empeño.

Tampoco Huret hubiera escrito las inexactitudes que escribe de haber vivido un tiempo más en la Argentina.

Como modelo de fantasía, recomendamos especialmente a nuestros lectores los capítulos dedicados a estudiar (!) la sociedad porteña y de ellos, más especialmente, el consagrado a hablar de las mujeres. En él se hacen las más absurdas y estúpidas afirmaciones, con ese desahogo tan común a los franceses que se echan a descubridores rápidos de pueblos y de costumbres. No se ha acabado en Francia la estirpe, alocada y peligrosa, de los Merimée impresionables, de los Gautier fantásticos, y de los Dumas calumniadores.

Cuanto más empeño pone Huret en probar que conoce la Argentina, mayores son sus errores, y es verdaderamente gracioso verle ignorar que las Vascongadas no

forman una nación distinta de España, (1) y causa risa su empeño en citar frases españolas, aprendidas en la Argentina, alterando, por ignorancia, la construcción, el sentido y la ortografía.

También Huret censura algo, sobre todo cuando en la censura halla modo de manifestar su desamor a las cosas españolas o italianas. Cuando una costumbre argentina le parece reprensible, Italia, o, más frecuentemente España, cargan con la responsabilidad y con el pecado: *habitudes espagnoles,* dice desdeñosamente. Pero cuando el hábito merece alabanza, cuando en la sociedad argentina encuentra una buena cualidad, busca Huret para los suyos la gloria de haber hecho el donativo, diciendo clara y terminantemente que es gracia o buena costumbre tomada de los franceses. Cuando no puede, sin mover a risa, hacer la afirmación categórica, dice, buscando un rodeo, que es un hábito *latino,* y de este modo, un poco le toca a Francia.

Pero todos estos defectillos podrían ser perdonados, si en lo esencial se mintiera menos.

Si los que tienen autoridad y público fantasearan menos al hablar de la Argentina, no tendrían razón de ser librejos que, como este que doy yo a luz, se revuelven agresivos para protestar de las mentiras osadas y de los silencios encubridores.

---

(1) Escribe Huret: «el elemento dominante por el número en la sociedad de Buenos Aires, se compone de hijos y nietos de italianos, *vascos, españoles,* alemanes, irlandeses y franceses».
De la Plata a la Cordillère des Andes. Pág. 3.

III

El título que lleva este libro debiera excusarme de dar sobre su tendencia y sobre su alcance mayores explicaciones.

Voy a hablar sólo de lo que yo he visto en la Argentina.

Si algo más tiene que no conozco, quede desde ahora explicada y comprendida su omisión.

Yo no he acertado a ver en la Argentina otra cosa que un país nuevo, mejor aún, un país en formación en el que gentes llegadas de cien naciones distintas, luchan con furia desesperada para hacerse ricas en poco tiempo.

Es la Argentina como una región asaltada y entrada a saco por un ejército de brutales conquistadores, sin otra aspiración que recoger a toda prisa el botín que juzgan merecer, porque engañados por alucinadoras promesas y por propagandas falaces, abandonaron en su patria todo para saciar prontamente su sed de oro.

Al embarcar confiaron en que se enriquecerían sin esfuerzo, porque había fácil botín para todos. Pero, cuando al llegar a la Argentina, se dieron cuenta de que el botín era pequeño en relación con los asaltantes, comenzó entre los insensatos aventureros la lucha cruenta y tenaz. Para conseguir el triunfo todos los medios son

buenos. Sólo hay un deshonor y una vergüenza: no volver ricos a su verdadera casa.

A su verdadera casa, sí; porque la Argentina es un país que no atrae ni ata con lazos de amor y de simpatía. Se está en la Argentina más o menos tiempo, según la habilidad o la suerte de cada uno, pero pensando todos los días, cada hora, en todos los minutos en la dicha del regreso.

El hecho de que muchos no vean llegar jamás esta dicha, sólo prueba o poca maña para lograr sus deseos o un exceso de codicia difícil de satisfacer. Al que le basta con poco, queda en la Argentina breve tiempo; el que quisiera llevárselo todo, no ve logrado jamás su loco ensueño. Pero soñar sueña siempre, hasta el día en que la muerte llega a condenar su yerro, llevándole a pudrir y a ser maloliente abono de la tierra que sólo pensó explotar.

Pocos como Rusiñol han sabido ver y describir esta lucha insensata y pertinaz, para hacerse, en poco tiempo y a toda costa, con algún dinero.

«Per tot arreu—escribe—el *peso* és perseguit. Per tot se'l cerca però aquí se n'abusa. Aneu pel carrer, i tot passant estigueu segurs de que en els caps de conversa que pogueu replegar, a cada dèu mots hi van cuatre *pesos*; parleu amb algún conegut, i al cap d'un moment us esplicará que ha vingut aquí per a fer *pesos*; mireu els aparadors, i al costat de tot hi veieu el *peso*. Hi ha qui valúa els homes per *pesos*, i la caça del *peso* us persegueix, convertint la capital en una immensa *boletería,* en un gran mercat, en una immensa fira, en un aranya estira cabells a on cada cabell valgués un

peso i juguessin tots plegats a veure si's deixen calvos». (1)

¡Oh, sí! el espectáculo es tan desconsolador y tan repugnante, que sin afectar tontamente gran desdén por la riqueza, se puede condenar y separarse con asco y compasión de una lucha en que sólo los desalmados y los brutos pueden alcanzar el triunfo: aquéllos con sus malas mañas; éstos con canina sumisión y a fuerza de privaciones y de paciencia.

---

(1) Santiago Rusiñol.—*Del Born al Plata.*

Los que deseen empezar a conocer la Argentina, por boca de un hombre independiente, que no tuvo interés ni necesidad de callar su franca opinión, deben leer este libro de burla aguda y de buen consejo, sanamente enderezado. Saboreen sobre todo los capítulos intitulados *Els terrenos*, *La casa dels immigrants*, *El negoci*, *La parada*... Pero mejor será que los lean todos, aún aquellos en que Rusiñol, no pudo librarse de tratar con benevolencia compasiva a personas y cosas que pudieron parecerle de relativa bondad, al juzgarlas por comparación y afinidad.

Sí, léase todo el tomo, y a ser posible, en el idioma en que lo compuso Rusiñol, no aceptando sino como último recurso y por imposibilidad absoluta de leer el catalán, la traducción del señor Martínez Sierra, dada a luz con el título de «Un viaje al Plata».

El Sr. Martínez Sierra, es un pésimo traductor de Rusiñol; quizá no tanto por no conocer a fondo el catalán, como por su torpe empeño de lucir que conoce a la perfección el castellano.

Martínez Sierra, traduce algo de la letra de Rusiñol, pero jamás acierta a trasladar bien su espíritu.

Quiere Martínez Sierra hacer académico, campanudo, tieso, hidalgo, lo que en la pluma de Rusiñol, es familiar, graciosamente incorrecto, flexible, agudo y hasta un poco canallesco. De este modo, al verse extemporáneamente vestido con galas cortesanas el lenguaje plebeyo de Rusiñol, gana en necia afectación todo lo que pierde en simpática llaneza, en gracia de buena ley.

Rusiñol que huye, con excelente sentido, del catalán arcaico y presuntuoso, para escribir como habla, en un catalán modernizado, *en barceloní* callejero, se ve forzado, por culpa de su traductor inhábil, a expresarse en un castellano almibarado y pedante.

Hablémos claro, aun a trueque de ponernos excesivamente serios.

A todas horas se invocan y ponderan en la Argentina, para estímulo y ejemplo de inmigrantes recién llegados, unos cuantos nombres de miserables de ayer que allí se han enriquecido.

¡Ah! estos sonados nombres son habilidosos señuelos para llamar incautos y mordazas para tapar las bocas de los que luego protestan.

Estos inmigrantes enriquecidos están arriba y, como hoy son poderosos, se les ve por todas partes, bullen, se agitan, lo llenan todo y los deslumbrados ojos, que se levantan para descubrirlos y envidiarlos, no pueden ver a los millares y millares de infelices que cayeron vencidos y aplastados, sin hacer ruido.

Periódicos neciamente patrioteros, conciencias cotizables, bocas embusteras y plumas de alquiler vocean en público los nombres de los triunfadores, y presentan como ejemplo sus empresas. Las voces y los escritos de los aduladores salen de la Argentina y llegan al extranjero como pregón de virtudes, como canto de victoria y como propaganda pérfida que lleva astutamente encerrada y mañosamente a la vista una promesa de victoria y de grandeza para cuantos se determinen a embarcar para aquel nuevo Eldorado.

Es preciso llegar a la Argentina para ser desencantado, al saber por qué artes tenebrosas y por qué medios delincuentes han sido formadas muchas de las escandalosas fortunas de aquellos nababs, cuyo único mérito positivo ha de verse en la habilidad y el ingenio que probaron al convertir en poderosas y besadas las manos que debieran oprimir esposas de presidario.

Para la Argentina parecen escritas con clarividencia profética estas palabras de Federico II «las grandes fortunas son un cúmulo de infamias; las medianas un montón de rapiñas».

¿Queréis nombres? Id a la Argentina y os los darán a cientos, seguidos de las respectivas historias, perfectamente circunstanciadas.

IV

Buena parte de este libro es resueltamente cínica y francamente personal.

Como será la más combatida quiero adelantarme a los ataques, razonando mi cinismo y justificando mi acometividad.

Del tiempo que he pasado en la Argentina guardo más recuerdos desagradables que impresiones gratas; pero sería arbitrario e injusto hacer responsable de los malos días sufridos a la porción de tierra que los geógrafos han denominado Argentina, para empezar el engaño al darle un nombre vaticinador y sonoro.

Ninguna queja personal y fundada puedo tener contra las ciudades argentinas, cortas en número, ni contra aquellos campos inexplotados e inacabables.

Lo molesto en la Argentina, no son las cosas muertas, sino los seres vivos, que en aquella tierra luchan sufren y atesoran.

Soy razonable, por tanto, al revolverme y combatir contra las gentes que me molestaron y me aburrieron.

Apuntada esta razón, ya no parecerá tan extraño a los que me lean, ver figurar entre los por mí agredidos los nombres de sujetos a quienes durante algún tiempo traté como amigos.

El sólo hecho de verlos aquí atacados prueba que ya no lo son, que vale tanto como decir que al conocernos a fondo y al distanciarnos, recobramos la libertad de quebrantar el secreto de nuestras mútuas imperfecciones:

Ellos dicen mal de mí,
y yo digo mal de ellos.

Y bueno será hacer constar que de las semblanzas y retratos de estos que fueron mis amigos, respondo con más seguridad y confianza del parecido, porque al tratarlos de cerca pude bucear en la ciénaga de sus miserias, y por conocerlos tales como ellos son en realidad, dejé de tratarlos.

Y ya que la ocasión se presenta, declaro que los desengaños sufridos con muchos que como amigos miré durante algún tiempo, no me causaron sorpresa, sino que los consideré como suerte obligada de todo el que trata a varios, para encontrar los selectos en quienes poner la verdadera amistad.

Ya estaba yo aleccionado por la experiencia y por la antigua canción francesa:

Les amis de l'heure prèsente
Ont le naturel du melón,
Il faut en essayer cinquante
Avant qu'en rencontrer un bon.

V

Hablemos ahora con los Zoilos y los *alacranes.*

No escribo este libro para hacer retórica, sino para hacer justicia.

Fuera arbitrario y necio sospechar que me lo dictaron la envidia o el odio. La envidia no la conozco, y si algún día se enseñorea de mí, no ha de llevarme, seguramente, a apetecer la estulticia, la ignorancia y la fatuidad, patrimonio único de los agredidos en estas páginas.

Odiar, sí odio: pero mi santo orgullo no me deja arrastrarme por el suelo y me lleva a odiar en regiones que jamás pisaron estos que aquí maltrato, sin dispensarles la merced de contarlos por enemigos.

He escrito en verso las más de las verdades que forman este libro para darme la satisfacción de tratar con algún arte y algún ingenio—el poco arte y el menguado ingenio de que yo soy capaz y ellos merecen—las miserias que he tenido que manosear asqueado al arriesgarme en este necesario acto de justicia. De este modo me ha parecido que ennoblecía en lo posible a mis ojos las cosas y los hombres desagradables que me he visto en la necesidad de tocar.

Mis versos son incorrectos, claro está. Si yo presumiera de poeta no había de mancillar mi lira empleándola en cantar a los sapos y las inmundicias, habiendo en la Tierra tantas cosas bellas y tantos animales nobles nece-

sitados de un poeta original que con valentía y sin amaneramientos los cante.

Pero tales y como son mis versos allá van, ansiosos de que los muerdan y los devoren. Por los sencillos y modestos, son como margaritas que echo gustoso a mis enemigos de siempre y a los que me haré con este libro.

Ahí van mis versos, que malos y todo, son mejores que lo que vuestra insignificancia merece.

¡Sus y a ellos! Hocicad y morded sin miedo, que quien los escribió queda en pie y con ánimos para seguir escribiendo y justiciando.

De todos los agravios que adivino y desprecio, sólo a uno quiero responder por adelantado.

Este libro no es, como los necios dirán, la vomitadura de hiel de un amargado, que no sabe más que odiar.

¡No! Yo tengo también mis amores, amores grandes y santos, que precisamente por ser tan míos y tan puros los guardo en lo mejor de mi alma para mi propio recreo. Lo que aborrezco o lo que no estimo (que en mi no apreciar hay gradaciones), no tengo por qué guardarlo. ¡Ahí va, para que hagan de ello lo que quieran, sin que yo tenga que pensar ya en otra cosa que en la satisfacción que encuentro al haberme aliviado de peso tan enojoso!

Lo que amo, con amor casi sagrado, es para mí, y a nadie debo la confesión.

Sólo dos excepciones he hecho en favor de mis amores más fervientes.

Figuran en este libro, honrándole, los nombres de Benavente y Rueda, no tanto porque yo haya pretendido establecer innecesarios contrastes, como porque, afanoso de darme a mí sólo la satisfacción de hablar de ellos,

no he vacilado en poner entre tanta maleza y tanto cardo como van en estas páginas, esas dos flores, tan fuertes, tan frescas, tan olorosas, que no había el temor de que perdiesen nada de su belleza, ni aun siendo mis torpes manos las que las llevaban entre tanta podredumbre. (1)

. . . .

---

(1) Este párrafo y los tres que le anteceden no son ni altisonantes, ni enrevesados, ni preciosistas, ni ultramodernos. No se asemejan ni a la prosa arcaica, trasnochada y pedante de León (D. Ricardo), ni a la avillanada y ramplona de Unamuno; no son frases trabajosamente embarazadas y con paciente labor paridas, con el auxilio del fórceps de los diccionarios viejos, al modo de Valle Inclán, ni bastardas expresiones con deshonor engendradas y con precipitación, delito y desvergüenza abortadas por la impúdica pluma de Trigo; no son tampoco razones escritas en el polvoriento y envejecido romance, apestando a biblioteca y a moho, del ya molesto erúdito señor Rodríguez Marín, ni en la galicosa y revolucionaria parla de Rubén Darío. No, en estos párrafos digo lisa y llanamente lo que me proponía decir. Por eso, sin duda, no han logrado entenderlos los gozquecillos de la crítica, que han pretendido llegar a roerme los zancajos y molestarme con sus ladridos.

Por no querer o por no saber leerme, han dicho estos criticastros que yo hago alarde de despreciar a todos los escritores, así a los buenos como a los malos, sin otras excepciones que las del excelso Benavente y el admirable Salvador Rueda.

Repito que no es así y vuelvo a declarar que mis amores, que son muchos y grandes, los guardo para mí solo, por no creerme obligado a hacer a destiempo la declaración de cuáles y cuántos son.

Exceptúo a Benavente y a Rueda: 1.º Por las razones ya dichas en los párrafos que voy glosando; 2.º Porque así me place—que es una enorme razón tratándose de un libro mío, para el que no busco el aplauso de los necios ni el elogio innecesario de la crítica.

Por lo que a Rueda respeta, aun tengo una tercera razón que dar.

Proclamo a voces mi admiración a este gran poeta,—al único gran poeta que en la actualidad tenemos las gentes de habla es-

No van en este libro, ni todos los necios que yo conozco ni todas las verdades que en el cuerpo guardo, y que deseosas de combate y luz me atosigan por salir.

Yo sé esperar.

Fontenelle decía: «Si tuviera llena de verdades la mano, me guardaría de abrirla».

Su indiferencia o su cobardía, le llevaban a obrar mal.

No es prudente decir a un tiempo todas las verdades; no es honrado guardarlas todas, dejando prevalecer la adulación y la mentira.

Yo sigo un partido ecléctico.

---

pañola—para contraponer mi pobre aplauso al desdén agresivo de los más y a la grosería con que unos pocos trataron a Salvador Rueda en la Argentina.

El periodicucho chantagista «Ultima Hora» anunció la llegada del poeta llamándole defraudador, coplerillo y tonto y no sabemos de nadie, ni argentino ni español, que oportunamente protestase de estas desvergüenzas. Yo he protestado a mi modo.

Y aquí es pertinente declarar, para que al fin me entiendan los obtusos, a quienes hay que explicárselo machaconamente todo, que la agresividad de este libro, que tanto les ha escandalizado, responde precisamente al deseo,—la necesidad iba a escribir.—de tomar venganza, poniéndome al lado de cuantas cosas para mí queridas se desprecian, se odian y se injurian en la Argentina. He pasado varios años en aquel inhospitaliario país viendo desdeñar a España, ridiculizadas sus cosas, alterada su Historia, negadas sus virtudes y despreciados sus hombres, y al tomar la pluma para responder a las injusticias y a las infamias, fuí en ocasiones cruel, porque me excitaba el recuerdo de la crueldad con que a nosotros se nos trataba.

Quedan con esta declaración contestados los maliciosos, los venales y los cobardes, que empeñados terca y neciamente en buscar un motivo innoble y personal a este libro, españolista y sincero, no han acertado a otra cosa que a ver y afear en mí sus propias miserias: su malicia, su venalidad y su cobardía.

Teniendo rebosantes de verdades las dos manos, sólo abro una y continúo con la otra bien cerrada.

Con la abierta, hago este libro justiciero.

Con la cerrada, quedo doblemente apercibido.

Si hay que justiciar de nuevo, me bastará con abrir la mano; si he de pegar, para defenderme de los que se me den por ofendidos, no hay mejor golpe que el de la mano hecha puño.

París 1914.

..FACIT INDIGNATIO VERSUM

Vorrei che questa mia povera penna
fosse un ferro rovente,
per bollarvi tra gli occhi la colonna
canaglia prepotente.
STECCHETTI.—«*Polémica*».

Es el poeta como el Sol. Su lumbre
a todo alcanza, todo lo ilumina;
besa amoroso la aguzada cumbre
de la inmensa montaña
y el achatado valle; reanima
con su fuego y su luz a la alimaña
y a la fiera salvaje;
ama el azul del mar y ama el boscaje
adusto y negro, de belleza huraña.
Ama el Poeta tanto
y con pasión tan grande y fe tan ciega,
que hasta a los hombres llega
el amor y la gracia de su canto.
Que ame el Poeta al hombre
es casi razonable, cuando ama
a quien lleva este nombre
con razón y nobleza, pero clama
al cielo que el Poeta ponga iguales
amores en los hombres verdaderos
que en los bípedos necios y brutales,
más odiosos, más viles, más rastreros
que los más venenosos animales.

Naturaleza ha sido más madrasta
con muchos hombres de existencia odiosa
que con la sierpe, que su vida arrastra
voraz, astuta, fiera y ponzoñosa.
Hay hombre tan ruïn, que es preferible
que el cielo niegue a que su furia tema,
que al llamar Padre a Dios, su boca horrible
ultraja, miente y, sin querer, blasfema.
¡Oh, Poeta, Poeta! si insensata
tira tu musa sus vistosas flores,
y equivocada trata
de amansar a los brutos con amores,
¿cómo podrás después, con verdadero
y con sentido amor, tender las manos
a los que son, por buenos, tus hermanos
de alma sencilla y corazón sincero?
Si quieres obrar bien, tu lira sea
para los puros luminosa tea,
que tu canto inspirado
amor les brinde y que el malvado vea
un enemigo en ti, y arrebatado
de indomable rencor, de furia e ira
fustiga al endiosado, pega al zote,
convirtiendo en azote
el sonoro, cordaje de tu lira.
Jesús, el buen Jesús sea tu ejemplo:
abre a los buenos tus amantes brazos,
y al que pretenda envilecer tu templo
arrójale, soberbio, a latigazos.
La vida está repleta
de maldad, de ignorancia y de codicia,
dominan la ambición y la estulticia
y, si tú te abellacas, ¿quién, Poeta,
saciará nuestro anhelo de Justicia?
¡Malditos los cobardes y maldito
quien el dolor y el mal ve indiferente;
que en nuestro agonizar triste y doliente

la compasión bastarda es un delito
y el silencio insensato y delincuente!
Es el mal tan agudo, que no sólo
los ungidos de Apolo,
los maestros sublimes, los primeros,
deben arremeter con los malvados,
hasta los aprendices, indignados,
debemos ya sentirnos justicieros.
Yo, que nada pretendo y nada valgo,
me resuelvo a mostrar la buena senda
y a la pelea salgo
arriesgándolo todo en la contienda.
Y si a alguno la risa le provoca
que yo, sin nombre, osado me desmande,
diré que a mi justicia hablar le toca,
y que si soy pequeño, es fuerte y grande
la verdad que indignada habla mi boca.
Valientemente unidos
los humildes sin gloria a los ungidos,
todos los hombres de intenciones sanas,
arremetamos fieros y arrogantes
a los necios, ladrones y pedantes
que con artes villanas
prosperan codiciosos y farsantes.
Entremos en la lucha meritoria
con brío y con apremio,
sin mirar si es posible la victoria;
si vencemos, el triunfo es nuestro premio
y al sucumbir, la muerte es nuestra gloria.

CON RUMBO A BUENOS AIRES

SEMBLANZAS, LECTURAS Y COMENTARIOS DEL VIAJE, A BORDO DEL «LEON XIII»

Solo en l' amplio mar, solo ne 'l turbine
navigo arditamente a rive incognite.

STECCHETTI.

AL LECTOR

—¿Con quién las has?
—Con todo el mundo.
—Mucho me pesa, que es mucho enemigo y, según eso, nadie tendrás de tu parte.
—Tuviésete yo a ti que eso me bastaría.

GRACIAN.

No menos de veintidós días suele emplear el trasatlántico *León XIII* en hacer, con pena, un viaje en que otros barcos modernos y cómodos ponen un par de semanas.

Veintidós días conviviendo con gentes desconocidas en un barco, ni aseado ni andarín, es demasiado penar para quien, como yo, tiene bien ganada entre sus amigos fama de impaciente y tornadizo.

Soy también muy poco dado a contraer amistades nuevas, no tanto por ahorrarme el trabajo de buscarlas, como por miedo al dolor que he de sufrir al perderlas desengañado; dolor que no ha de faltar, sobre todo si son amistades contraídas en los viajes, en los que suelen nacer el trato y la confianza del mutuo y forzoso hastío.

Los más de los pasajeros *de clase* del *León XIII*

eran cómicos, que a las órdenes de Rosario Pino y Emilio Thuillier iban a Buenos Aires, con la esperanza —que no vieron trocada en realidad—de ganar mucho dinero.

Acostumbran a ser los cómicos gente alocada y de humor chancero, muy a propósito para divertir a los aburridos, que han menester oir hablar porque ellos son de pocas palabras, y que necesitan ver disparatar y hacer sandeces, para que en ellos despierte un remedo de alegría.

No es menester ser misántropo para no gustar de la larga compañía de los cómicos. Uno a uno y por un ratito, pase; pero ¿quién, que no sea de remate tonto, puede sufrir veintidós días cabales de charlas hueras, de gracias estudiadas y manidas, de necios desplantes, de murmuraciones y de envidias, de orgullo, de afectación, de pedantería, de voces, de bailes, de insensateces y de locuras?

Yo hice en el mar lo que suelo hacer en tierra: ir un ratito en busca de los cómicos, para que me divirtieran con sus habilidades o con sus gracias, y salir luego escapado a recogerme en el rincón más silencioso del buque, donde me entregaba a mis meditaciones, no siempre alegres, o buscaba grato recreo en las páginas de un libro.

Producto de aquellos ratos de soledad y recogimiento son estos comentarios y estas semblanzas, en las que fuí cristalizando mis impresiones sobre personas y escritos, para mi propio solaz y sin ánimo de darlas jamás a luz.

Hoy, que he variado de idea, en lo que al secreto se refiere, por juzgar que tiene cabida en este libro sobre

la República Argentina, lo que en el viaje escribí, me doy a mí mismo una prueba de sinceridad, no variando ahora nada de lo que entonces pensé.

Si ahora, que el tiempo ha borrado en parte el recuerdo de los malos ratos que en aquel viaje pasé, intentara retocar estas semblanzas o almibarar algunos juicios, es seguro que esta parte de mi libro sería menos destemplada y agresiva, pero es seguro también que saldría ganando la amañada cortesía a costa de la verdad.

La buscada soledad en que hice la enojosa travesía, evitando las amistades que amenguan la independencia, me permitió juzgar friamente un espectáculo en que todos los demás fueron atolondrados actores.

Con el maestro de Vigny, puedo decir al publicar estos juicios: «Exento de todo fanatismo, no tengo ningún ídolo. He leído, he visto, he pensado, he escrito solo, independiente».

¡AHÍ QUEDA ESO!

CARTA DE DESPEDIDA A UN AMIGO (1)

Si no conocieras
mi afán vagabundo,
mi anhelo insaciable
de andar por el mundo,
mi espíritu inquieto,
que quiere volar,
tendrías por cosa
curiosa y extraña
creerme viajando
tranquilo en España
y ver que te escribo
surcando la mar.
La gente que vive
sin pena ni gloria,
haciendo trabajo
de mulo de noria,
que pasa y repasa,
sin sueños ni afán,
me tiene por loco,
extraña mi vida,
y pasa la suya,
sin fe y aburrida,
comiendo paciente
su trozo de pan.
Yo creo que hay algo
que fuerza y obliga

(1) Emprendí repentinamente mi viaje a Buenos Aires, interrumpiendo una correría que estaba haciendo por España. ¡Se me había hablado tanto y tan bien de la Argentina!...

a ver que no sólo
tenemos barriga,
y busco con ansia
placer y emoción,
y, si esto es ser loco,
lo juzgo ventura
y digo contento:
¡Bendita locura
que me hace que viva
con cierta ilusión!
Si ya es cosa rancia,
de puro sabida,
que es mala, y es corta,
y es triste la vida,
¿a qué viene, necios,
llorar y gemir?
Si llores o rías
el fin es el mismo;
tomemos las cosas
con cierto optimismo,,
que al fin, bien mirado,
mejor es reir.
¡No hay cosa más triste
que ver diariamente
las mismas miserias
e idéntica gente,
hacer cada día,
la misma labor,
gustar de continuo
iguales placeres,
y oir que te dicen
las mismas mujeres,
iguales y falsas,
palabras de amor!
Buscando contrastes
y ansiando emociones
anduve de España,

las varias regiones,
y fué triste el viaje,
pues sólo encontré
señales terribles
de ruina y pobreza,
y gente abatida
por honda tristeza
que había en su patria
perdido la fe.
Oí tantas quejas,
y tantos lamentos
y vi tales cuadros,
que tuve momentos
de pena infinita
y grande pesar,
y es casi seguro
que habría llorado
si alegre y resuelto
no hubiera pensado:
—¡Me marcho de España
no quiero llorar!
Al punto, afanoso
busqué la manera,
de dar otro vuelo
por tierra extranjera,
y a bordo de un barco,
contento ya estoy,
y soy, de seguro,
el solo viajero
que no lleva planes,
y así, placentero,
sin miedo al destino
a América voy.
Cansado de todo
me voy de mi tierra,
que toda su historia
paciente soterra,

que ya sólo sabe
llorar y sufrir,
y voy al encuentro,
de tierra lejana,
que, ansiosa de gloria,
trabaja y se afana,
que tiene ilusiones,
que quiere vivir.
Ya sé, que comentan
mi nueva locura,
y dan por inútil
mi nueva aventura,
los muchos que saben
que no soy tenaz;
mas yo les respondo,
gozoso y risueño:
Si aciertan y al cabo
fracaso en mi empeño,
sin pena y tranquilo
regreso ¡y en paz!

EL CAPITÁN

La vanité est si ancrée dans le cœur de l' homme qu' un goujat, un marmiton, un crocheteur se vante et veut avoir ses admirateurs.

PASCAL.

El nauta que nos guía es una furia
de rostro acobrizado y patilludo;
habla poco, no sé si por sesudo
o por sufrir de cerebral penuria.
No tolera desliz ni sufre incuria;
si tiene que mandar lo hace ceñudo,
cuando quiere negar niega tozudo
y si ha de corregir furioso injuria.
Cuando me asquea el aire impertinente
de este risible germen de tirano,
busco la inmensidad del mar rugiente,
y llenos del grandor del Océano,
toman mis ojos como ruin gusano,
al que es en el barcucho omnipotente.

EMILIO THUILLIER

No hay cabezas más vacías que las de los hombres que las tienen llenas de sí mismos.

CARDINALI.

Va en la primera este actor
y, aunque paga con rebaja,
se siente tan gran señor
que humilla a todo el que viaja
en una clase inferior.
Si en la mano hubiese estado
de este pobre infatuado,
el viaje alargado hubiera,
al ver que sólo embarcado
es un actor de *primera*.



LA MUJER, EL MARIDO Y EL AMANTE

No hay nada más valiente, ni más fuerte, ni más cruel, que una mujer cuando olvida su sexo.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I

Actriz, no la discuto,
prefiriendo llamarla peregrina
a declararme intransigente y bruto
negando lo que afirma la rutina
como axioma evidente y absoluto.
Como mujer, sería
villana y comentada grosería
entrarse a discutir si es o no bella,
por lo que yo prefiero
decir, sin adular ni ser grosero,
que hizo pecar a muchos de doncella.
¡Su doncellez!... ¡Su doncellez!... ¡Qué lejos
debe mirar sus púdicos placeres
hoy, pasada la edad de los cortejos,
y entrada en la en que dan a las mujeres
terribles desengaños los espejos!
Los años, los achaques y el mareo
la han puesto en el *León*, en tal estado
que su rostro, otros días envidiado,

ya toca los linderos de lo feo,
y las mismas mujeres, que agresivas
censuraban sus faltas con denuedo,
se sienten compasivas
y lamentan su estado quedo, quedo,
con amables palabras, incisivas
como aguzadas hojas de Toledo.
  Mas, nueva Margarita, despreciando
el dolor que la apena,
sin serlo en realidad, parece buena,
y rebosa salud junto a su Armando
A Llano... ¡digo, Armando!... ama sin coto,
y el pasaje, aburrido,
encuentra entretenido
hacer el papelón de Galeoto
para luego burlarse del marido.
  Apenado y prudente
observo este vivir poco decente,
hasta, que no pudiendo sufrir tanto
cochino proceder y tanto ultraje,
con nauseas, me levanto
y corro a vomitar.
        Lo ve el pasaje
y da la culpa al mar. ¡Valiente chasco!
El mar, aunque se agita
y hace al barco danzar, no me marea:
vomito por el asco
que me causan Armando, Margarita,
el marido, que muge y no cornea,
y toda la farándula maldita
que amor tan vergonzoso alcahuetea.

II

  Olvidó su mujer la fe jurada.
El caso es tan corriente

que fuera en mí inocente
burlarme de una cosa tan gastada.
No comento el engaño, mas sí quiero
comentar como caso nunca oído,
que esta vez el marido
en saber el desliz fuese el primero.
Pero, tan perspicaz como paciente,
deja su honor tirado por el suelo,
pensando humildemente,
que siendo mal actor, fuera imprudente,
meterse de rondón a hacer de Otelo.
Repitiendo un papel bien aprendido,
pasea por la nave paso a paso,
y sabio y precavido,
tose de cuando en cuando, por si acaso
le olvida su mujer, a cuyo oído
suele llegar su tos, bien conocida,
en punto de iniciar un torpe yerro,
cual seña convenida
de avisador y cabestril cencerro.

III

Bello como un Apolo bien cebado,
cual Júpiter osado e iracundo,
necio como Narciso infatuado,
como Febo prolífico y fecundo,
confiado en su gran fuerza,
lucha y trabaja sin descanso y duro,
y sigue su carrera bien seguro
de que no ha de encontrar quien se la tuerza.
Thuillier fué su rival. Mas ya vencido
no piensa en resistirle; ha comprendido
que se hace ya imposible la pelea
entre este gallo joven, bien nutrido,
y un gallo envejecido

que sólo por rutina cacarea.
  Al vencido ex-don Juan, mira altanero
el osado y feliz farandulero,
que tiene al despreciar grandeza tanta
que a las hembras encanta
y a los hombres da envidia.
                    Margarita
le adora con pasión tan inaudita
y seso tan perdido,
que cuando está a su lado, no le quita
ni aún oyendo el cencerro del marido.
  Y son tan imprudentes y alocados
los dos enamorados,
que faltando al pudor de noche y día,
en todos los rincones mal guardados
intentan consumar la porquería.
  Ella le ofrece protección y ayuda,
mientras Armando suda
para probarle su cariño inmenso,
porque sabe sin duda,
que cada polución vale un ascenso.
  Y contemplamos con razón sobrada
a este Talma en embrión, que es poco o nada,
alardear con confianza entera
en sus grandes impulsos garañones,
gracias a los que espera
triunfar en el teatro por riñones.

N. N. PASAJERO DE SEGUNDA

Cuántas veces, mareado
en mi rincón, he pensado
con sentida compasión
en el soberbio pollino
que iba a América metido
en incómodo cajón.
Y lloré con desconsuelo
las injusticias del cielo
que consiente cosas tales,
y no trata con el mismo
desamor y rigorismo
a todos los animales.
Pues aunque doy en pensar,
nunca me podré explicar,
en qué motivos se funda
para hacer que hayan viajado
el borrico encajonado
y este bárbaro en segunda.

EL REBAÑO DE TERCERA

... Abajo, en los extremos de la nave, llenando los amplios fosos, entre el castillo central y los de proa y popa, está el amontonamiento humano, la promiscuidad de la miseria terrestre prolongándose sobre el movible reino de las olas; cuerpos faltos de espacio, alineados y entretrabados, como los ladrillos de una construcción; razas diversas, nacimientos distintos, confundidos por la pobreza, arrastrados por la aventura, aconsejados por la codicia, que ríen, lloran, cantan o se quejan, debatiéndose en el corto espacio limitado por las bordas, para hacerse sitio, para usurpar una pulgada al suelo perteneciente al vecino.

BLASCO IBAÑEZ.

Espectáculo ominoso
el que ofrece la tèrcera;
navegar penoso y triste
el de aquella masa infecta
de vencidos, de ultrajados,
de abyecciones, de torpezas,
brutalmente confundidas y explotadas,
neciamente soportadas con paciencia.

Las escorias, los residuos,
las basuras, las miserias,
los rendidos y cobardes,
los esclavos, las lacerías

solicitan otro yugo,
van buscando en otra tierra
nuevos amos, que aprovechen despiadados,
su ignorancia, su ambición y su pobreza.

Han sufrido inútilmente,
su pobrísima existencia;
han regado el patrio suelo
con la sangre de sus venas,
y otros pechos se adornaron,
con las flores de sus tierras,
otras manos malgastaron su trabajo,
otras bocas devoraron sus cosechas.

La costumbre y la ignorancia
mantuvieron su vileza
y aceptaron ser esclavos
con villana complacencia.
No supieron bravamente
batallar por su riqueza
y hoy emigran resignados de su patria
en bandadas andrajosas y famélicas.

Insultantes y contentos,
los viajeros de primera
desde lejos, temerosos
de la sórdida miseria,
el sufrir del emigrante
como un goce saborean
y comentan, sin amor, que a aquellos hombres
se les lleve maltratados como bestias. (1)

(1) Cuando llegábamos al Ecuador, con una temperatura de 40 grados sobre cero, los despreciados parias del buque, se atrevieron a quejarse, con temor, de que se les daba a beber agua caliente.

La comisión que fué a exponer, respetuosamente, la queja al

Y los míseros soportan
las miradas indiscretas
y, afanosos y bellacos.
agradecen las monedas,
que los ricos les arrojan,
con piedad que es una ofensa,
con amor, que por mentido, es un ultraje,
con placer ostentador que es una afrenta.

Son los más los miserables,
son los más y se amedrentan,
son los más y se resignan
ignorantes de su fuerza.
Yo contemplo dolorido,
su punible indiferencia
y los veo para siempre irredimibles
y los juzgo envilecidos sin enmienda.

---

rollizo y satisfecho mayordomo, recibió por toda respuesta una chuscada.

El mayordomo, que era andaluz , y como andaluz gracioso, hizo a los emigrantes la cuenta de lo que pagaban por el pasaje y del tiempo que empleaban en la travesía. Relacionó estas dos cantidades, para hacerles luego el siguiente cálculo:

«Si alquiláseis en vuestro pueblo un burro, para hacer por tierra un viaje de veintidós días, gastaríais en comer vosotros y el borrico lo que os han cobrado por el pasaje... Aquí os damos de comer y os sale el burro de balde. Pensad esto bien y no pidáis gollerías».

Los desdichados, que consideraban que no era pedir gollerías suplicar que se les diera un poco de agua fresca, cuando se morían de calor y de sed, fueron con la queja al capitán, quien un poco humanizado, ordenó al chistoso mayordomo que en los dos o tres días en que aún debía de ser irresistible el calor, se les diera a los emigrantes agua que se pudiera beber.

Los sumisos parias agradecieron la caridad como preciada merced. Los pasajeros de *clase* elogiamos, a la hora del refresco, el buen corazón del capitán y reímos mucho la gracia del mayordomo.

¡Hay tan poco que hacer a bordo!...

Se someten al dinero,
y al que es rico se sujetan,
porque el oro les subyuga
y en ser ricos todos piensan.
Son dichosos a su modo
y no sufren porque sueñan,
en que el oro, que codician y que temen,
será el premio de su viaje y de su empresa.

Los contemplo miserables,
y hay momentos que quisiera
abrazarlos como hermanos
y mezclarme à su pobreza.
Pero luego que adivino
la pasión que les alienta,
ya no veo en su aventura de emigrantes
ni un asomo de altivez y de nobleza.

Si la suerte les ayuda
y realizan su quimera,
los esclavos serán amos,
los borregos serán hienas,
y orgullosos de su triunfo
y cegados de soberbia,
no habrá hazaña infamadora que no logren
por el oro y con el oro que veneran.

De otros parias, que ser ricos,
consiguieron en América,
por caminos tenebrosos,
y vendiendo su conciencia,
tomarán muchos ejemplos,
seguirán las torpes huellas
y crueles vengarán en sus esclavos
las infamias que ahora sufren con bajeza.

Y así siempre, que es la vida,
guerra a muerte, lucha cruenta,
en que vencen los astutos,
los más fuertes, los más fieras.
Y es inútil que unos pocos,
que acabar el mal quisieran,
a los hombres les prediquen compasivos,
un amor incomprendido que desprecian.

¡Oh! tú mar, grande y temible,
atajar el mal debieras.
Tú, que ciego e inconsciente
con la nave jugueteas,
justiciero ser podrías
si en tus olas la engulleras,
sepultando en tus abismos esta podre
de angustiosas ambiciones y miserias.



COPLAS DE RUBEN DARIO

...¿Qué temen los que temen el cruel vómito negro?
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!
. . . .
A pesar de Nabuco, embajador, y de
los delegados panamericanos que . . . . .
. . . .
¡Y he vivido tan mal y tan bien, cómo y tanto!
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!
Y he exprimido la urbe cerebral tantas veces
que estoy grave. Esto es, mucho ruído y pocas nueces.

Aleluyas de EL CANTO ERRANTE.

Como ruin que confiesa acción malvada
declaro haber leído *El canto errante*,
libro amañado en prosa vergonzante
con torpeza en mal verso disfrazada.
Bien sé que la estulticia alucinada
por lo falso, lo hueco y lo brillante,
se postra ante Darío, que pedante
coplea en gala jerga mal rimada.
Si odiar lo amanerado es un delito,
mi proceso y mi pena solicito
al confesar que con Rubén me aburro.
Si esto prueba ignorancia, yo, altanero
me acuso de ignorante y majadero
y ostento como gloria ser un burro.



VALLE-INCLÁN VERSIFICADOR

Los locos han perdido su gracia, porque los cuerdos han caído en tan amanerada afectación que no sabiendo ya qué hacer de su ingenio, han dado en hacer locuras.

SHAKESPEARE.—«*El Rey Lear*».

«Don Ramón de las barbas de chivo»,
en un mal soneto te dijo Rubén,
yo, tomando el feliz adjetivo,
aquí vate-chivo te llamo también.
Como chivo alocado, voraz y perverso
que tronza, por juego, las plantas en flor
tú te entraste en el campo del verso,
haciendo destrozos de mal rimador.
Si sufrimos pacientes el mal preciosista
de tu prosa cargada de almizcle y *coldcrén*,
¿por qué te entrometes, feroz perfumista,
a hacernos maricas los versos también?
Ya sabemos que hay gente que gusta
que le escriban todo con polvos de arroz
que del vate con alma se asusta
si no se afemina y se atipla la voz.
No ignoramos que el Mundo comienza
a ser tan marrano, tan bajo y tan vil,
que se oculta como una vergüenza,
la noble pujanza del hombre viril.
Bien sabemos que vicios groseros
han manchado el amor y ensuciado al placer,

que hay viragos brutales y fieros,
que el hombre ¡oh, vergüenza! se siente mujer
Y el poeta que busca lectores,
y el artista inspirado que aspire a triunfar,
si es mujer, brinde a Lesbos sus flores,
si es hombre, a Sodoma tendrá que cantar.
Yo bien sé que celoso del nombre
varonil que en la pila al nacer se te dió,
eres limpio y que amando eres hombre;
pero cuando escribes parece que nó.
Reconoce que es cosa curiosa
que mientras los hombres sus rosas nos dan,
nos hable de luchas valiente y briosa,
la hombruna Condesa de Pardo-Bazán.
No quiero que ultrajes tu nombre y tu musa,
soltando diatribas en lengua soez,
mas ser tonto y ñoño, ingenio no acusa:
lo tonto es tontuna, lo ñoño noñez.
¿Por qué prostituyes tu astucia y tu maña
y dejas lo nuestro por lo montmartrés?
¿Acaso no ha habido ni hay Arte en España?
¿Tendrá nuestra lengua que amar en francés?
¿A qué esa manía, ridícula y necia,
de darnos las modas y el mal de París?
Deja que allí canten su bella Lutecia,
tú, copia lo nuestro, canta a tu país.
También te censuro tu fea manía
de hablarnos de cosas del tiempo de Adán.
Cada tiempo tiene su amor, su alegría,
su duelo, su pena, su sueño, y su afán.
¿Por qué molestarnos con rancias consejas,
que ya no entretienen ni causan temor?
Al verte ocupado con muertos y viejas,
no te creo vate, sino enterrador.
¿No tiene de sobra la vida corriente,
su llanto, su risa, su fe, su inquietud?
¿No inspira tu musa la lucha presente?

¿Ni el amor? ¿ni el odio? ¿ni la juventud?
Sólo hallas fragancia en las mustias flores,
lo caduco sólo te incita al amor;
tu Flora te brinda seniles furores,
tu musa, ya chocha, produce terror.
Y mientras deshojas tus flores marchitas,
y en cantar te empleas tu pasión ruïn,
no ves cómo amparan juveniles citas,
las floridas ramas de cada jardín.
Si todos copiaran tu amañado estilo
el Arte, aun gastara cuquillo y pañal
serían eternos Filis y Batilo,
y sería un crimen ser original.
El Arte moderno ha dado sus frutos
el gusto ha cambiado, y ya, ni Rubén,
nos cuenta las gracias de gañanes brutos,
que aman a pastoras que no huelen bien.
También pretendemos que las Princesinas,
descansen un poco de su amar sin fin,
que no nos aburran con las Colombinas,
que Pierrot no canse ni amuele Arlequín.
Mientras tú te embobas con cualquier patraña
el Mundo sucumbe, de tanto penar,
y olvidas, hablando de Mari-Castaña,
que el hombre irritado se lanza a luchar.
Es penable y da asco y es mengua
que un macho barbado y casi senil,
prostituya su ingenio y su lengua
haciendo del Arte un juego infantil.
¿Tienes tan cerrados los ojos y orejas
que no ves que todo se apresta a la acción?
¿No escuchas las voces de rabia y las quejas?
¿No ves la bandera de la rebelión?
¡Maldito el poeta de espíritu seco,
que mira impasible del Mundo el sufrir,
y torpe, no deja que en él hallen eco
los hondos lamentos y el triste gemir!

ENVIO

Señor de las barbas de chivo: un momento
sufre con nosotros, no seas feroz;
que suene tu lira con viril acento,
trueca aguja y rueca por la augusta hoz.
Toma la hoz plebeya de virtudes santas,
que hoy espigas siega en mentida paz,
y que puede un día cercenar gargantas,
y cambiar del Mundo la doliente faz.
Lánzate al combate valiente y bravío,
canta lo que vive, deja la vejez,
y si eres cobarde y te falta brío,
haz tu lira añicos ¡calla de una vez!
Acaba tu farsa, sigue tu impostura,
danos tu artificio como prosa pura,
teje con paciencia falso *ñandutí*,
borda cañamazo, sigue tu costura
y deja a otro el plectro, que no es para ti.

MIGUEL DE UNAMUNO

Il y a des auteurs qui sont antipathiques comme des personnes. En les lisant, on croit les voir.

Œ. Y J. DE GONCOURT.

Á tu odioso poder yo no me entrego,
escribidor de pésima ralea;
cuando logres tu afán y en ti se crea,
no crea yo que de tu afán reniego.
Agua quisiera ser, si tú eres fuego,
si eres la salvación, yo no la vea,
si fueses la verdad, ¡maldita sea!
si fueres tú la luz, quiero ser ciego.
Muera yo sin auxilio, si eres cura,
orate quiero ser, si eres cordura,
si eres la sensatez pido ser memo,
y te aborrezco, en fin, con tanto encono
que por ser hombre tú, quiero ser mono
y si te hicieses Dios, fuera blasfemo.

EMILIO CARRERE

EL PENULTIMO BOHEMIO (1)

No hay nada tan triste como un estudiante o un bohemio con los cabellos grises.

T. GAUTIER.

Trovador
lanza al aire otra tonada;
ruiseñor,
muda presto de enramada;
la Bohemia está cantada...
¡cambia el disco, por favor!
Convenido,
la Bohemia es un Edén,
mejorado y corregido,
sólo el vate mal vestido
hace los sonetos bien.
Ya sabemos la canción
repetida,
de la capa mal zurcida,
de Villon,
satírico injerto en pillo,

(1) Desde que tengo uso de razón,—¡y ya hace un rato!—oigo hablar del *último bohemio*; pero la raza no acaba. Quiero creer, para darme una agradable esperanza, que después de Emilio Carrere, ya no vendrá sino otro poeta con insensatez bastante para hacernos el elogio de los harapos, la roña y la falta de alimento.

que vivió a los Estabanillo,
para tener un final,
casi honrado,
pues murió en un hospital
debiendo morir ahorcado.
Y conocemos muy bien,
los horrores,
de las hambres de Verlaine,
que también
hubiera escrito primores,
y quizás
hasta primores más buenos,
si hubiese comido más,
y bebido un poco menos.
¿Ser libre? ¡Muy buena cosa!
¿No tener
ocupación enojosa
que temer;
quitarle a un burgués la esposa,
y burlarse del marido;
bromear;
no pagar ni por descuido;
ser exigente al cobrar;
tener derecho a ser raro;
beber y comer *de arriba*?...
Si esa es la Bohemia, ¡claro!
no reparo:
¡Viva la Bohemia!... ¡Viva!
Ya sabemos que el bohemio
no es abstemio,
y halla gozo singular,
en decir que es un beodo,
en beber mucho y de todo
sin pagar.
¡No pagar! Sí, trovador,
no hay mejor,
encanto, placer más pleno;

eso es para todos bueno...
menos para el acreedor.
¡Qué profundo
encanto y cuanta fortuna
el tener sólo en el mundo
por confidente a la luna
o algún perro vagabundo!
¡Y qué dicha singular
el llevar,
largo y despeinado el pelo,
fumar en pipa, ayunar,
dormir en el santo suelo,
por falta de lecho y casa,
lucir en la ropa grasa;
el calzado,
remendado,
y, a modo de ejecutoria
de esta artística pobreza,
un chambergo deformado
a guisa de nimbo y gloria
de la piojosa cabeza!
Todos sabemos medir
el calibre
de la dicha de vivir,
respirando el aire libre
y dormir,
bajo el cielo tachonado, (1)
que cuando asoma la aurora
el padre Febo decora,
con un lujo no gozado
por el burgués, bien llamado
miserable,
que no esperando la fama,

(1) *A l' auberge de la Belle-Etoile,* dicen los bohemios franceses, a los que nuestros imitan tardíamente.

del yate, duerme en su cama,
despreciable.
Mas, sé prudente (dirás
con arrogancia altanera
que la prudencia es quizás
lo que odia el bohemio más...
después de la lavandera).
Una vez, por excepción,
sé prudente, te repito,
y oye la sandia opinión
de uno, a quien el apetito
le quita la inspiración.
A mi ver
los mejores, los primeros,
han sabido componer
versos buenos, sin hacer
la guerra a los jaboneros.
Y nunca le sienta mal
al autor del madrigal,
más versallesco y más tierno
tener abrigo en invierno
y en la estación estival
un buen terno.
Se puede escribir un canto
viril, robusto, valiente,
o uno que promueva el llanto,
después de comer caliente,
y se compone un soneto
cincelado,
con el vientre bien repleto
y el cuerpo recién bañado,
¡Oh, sí! se puede cantar
aunque están hasta cansar
ya cantadas,
las gracias de Colombina,
sin melenas despeinadas,
sin la camisa cochina,

ni las uñas enlutadas.
Pasemos porque Rodolfo,
que era un golfo,
(dicho sea sin faltar),
sea tu guía y modelo,
y que admires a Marcelo,
como a Colline y Schaunard.
Pase también que la esencia
de la gloria para ti
sea ultrajar la decencia,
con Musette y con Mimí.
No me opongo
—¡y cómo me he de oponer!—
a que admires a Mürger,
mas supongo,
obcecado
trovador,
que el momento ya es llegado
de que leas con cuidado
este aviso de tu autor:

«Axioma: La Bohemia ignorada (es decir, la Bohemia que no triunfa, dejando de ser Bohemia), no es un camino, es un callejón sin salida».

LEYENDO A BAROJA

Solemos irritarnos contra los que nos fuerzan a examinar lo que habíamos admitido sin reflexión.

VOLTAIRE.

Cerebro cultivado, que se aplica
sólo a una destrucción, ciega, insensata;
su espíritu exquisito vivifica,
mientras su letra corrompida mata.
Luego que al hombre su aguijón aplica,
habla de la mujer y la maltrata,
lo hermoso afea, lo gigante achica,
mancha lo limpio y lo aguzado achata.
Oculta su aparente escepticismo
un desalmado y fiero fanatismo
que lucha y niega con salvaje saña,
un fanatismo vasco, que inhumano
encanalla y destroza el castellano
porque es la lengua de su odiada España.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA (1)

... no debieras haber sido viejo, hasta que hubieses tenido juicio.

SHAKESPEARE.—*«El Rey Lear».*

Soberano Señor, que al hombre hiciste,
¿puede creerse que tu mano diestra
creado haya también esta siniestra,
encarnación del dislocado chiste?.

(1) Espero que se me hará la justicia de creer, sin pedirme juramento, que entre mis libros de viaje no había ni uno sólo de los despreciables volúmenes en que este viejo payaso ha tenido el impudor de coleccionar sus bufonadas absurdas.

Mi mal estuvo en que me deparó mi desventura por compañero de camarote, un pobre hombre, tonto, cincuentón y barrigudo, para quien uno de estos libracos, incongruentes e idiotas, fué sobrado pienso intelectual para toda la travesía.

Mi compañero, abusando de su edad, de mi educación y de la imposibilidad en que me encontraba de evitar sus acometidas, me abrumó con insistencia de majadero, leyéndome, entre carcajadas brutales, las incoherencias de Pérez Zúñiga.

Yo te juro, lector, que si las leyes no fueran insensatas, en fuerza de querer ser justicieras, y matar a un tonto no se considerase igual delito que dar muerte a una persona sensata, mi compañero de viaje hubiese muerto a mis manos.

No pudiendo matar ni evitar al posma, sufrí resignado la lectura, y limité mi venganza a componer esta inocente protesta, que de nada ha de servir, pues estoy cierto que el pobre Pérez ha de seguir disparatando hasta que Dios, apiadado de él, le mate y le lleve al limbo, y los necios han de continuar leyéndole y admirándole.

¿Es posible, mi Dios, que en un descuido,
que suponer en tí fuera injurioso,
fabricaras con barro a este gracioso
que el barro, con ser barro, ha envilecido?
Yo no puedo creer que tu serena
y augusta Majestad haya creado
a este bufón sin gracia y desmañado,
que quire hacer reir y causa pena.
Al verle, con la barba encanecida,
cultivar con pasión el disparate,
viendo, Señor, que un triste botarate
necio malgasta una preciosa vida,
veo de Ganivet la trunca obra,
de Larra veo el porvenir tronzado,
y pienso que a los dos has usurpado,
toda la vida que a este Juan le sobra.
Quien tan mal aprovecha su albedrío,
no sólo daña a su mezquino nombre,
sino que ofende al mundo, ultraja al hombre
y hace dudar de tu poder, Dios mío.
No vacilo, mi Dios: si es este anciano
hijo tuyo también, Señor, prefiero
dejar de serlo yo, porque no quiero
darle el derecho de llamarme hermano.

AL DESEMBARCAR

Yo no temo al embarcar
ni los peligros del mar,
ni mareos, ni ciclones;
me asustan las privaciones
que a bordo he de soportar.
Comprendo que está indicada
la disciplina adoptada;
pero nunca tan completa...
¡Salvo *cambiar la peseta*,
no se permite hacer nada!
Todos buscan con afán
haceros el viaje amargo;
en cuanto formáis un plan
pone el veto el sobrecargo
o lo pone el capitán.
Y para aumentar los males
de los pobres pasajeros,
van a bordo marineros,
un mayordomo, oficiales
¡y hasta un cura, caballeros!
Toda esta gente está alerta,
para no dejar hacer
cosa derecha ni tuerta;
estando bajo cubierta,
es delito hasta toser.
Es tanta la tiranía
y es el sufrimiento tanto;
que al fin de una travesía
canonizar se debía

al pasaje como santo.
¡Cuántos a que en un altar
hoy se ruega y reverencia,
por su paciencia ejemplar,
probaron menos paciencia
que el que hace un viaje por mar!
De los marinos rigores,
yo cuento entre los peores,
la extrema severidad
con que en todos los vapores
se impone la castidad.
Como siempre en el pasaje
hay chicas que dan calor,
es el tormento mayor
a los diez días de viaje,
al pasar el Ecuador.
Yo hice el viaje a la Argentina
con una tiple divina, (1)
con más aire que un ciclón,
y más sal que una salina,
que el tanguito de *El Ratón*
con arte y gracia bailaba,
y enardecía a cualquiera
cuando, bailando, cantaba
aquello de ¡*Baldomera,*
saca, saca la cadera!
Y la tiple la sacaba.
Me atrevería a apostar,
sin miedo a perder dinero,
que viéndola *tanguear*,
no hubo un sólo pasajero
que no pensase en pecar.
De mí sé decir, que, cuando
se me acercaba bailando,
perdía el juicio y el tino.

(1) Mercedes Díaz.

Si es en esta tierra, me desmando
y hago cualquier desatino.
 Y al fin tuve que gritar,
para acabar mi tormento:
 ¡Qué se la prohiba bailar,
o que nos dejen faltar
un ratito al reglamento!
 Sufriendo en el Oceano
un empacho de moral,
pensé, atrevido y liviano,
que perdió al género humano
el pecado original,
porque Dios, con su poder,
prepararnos el mal quiso.
¿Cómo iba Adán a comer
si Dios acuerda poner
en un barco el Paraíso?
 Aunque Eva hubiese intentado
comer la manzana, Adán
no la hubiera ni probado,
se lo hubiesen estorbado
el cura o el capitán.
 ¡Señores, qué tiranía
la del capitán y el cura!
Sin ellos, la travesía
seguramente estaría
llena de encanto y ventura.
Mas ellos al embarcado,
persiguen con tanta saña,
que yo me tengo jurado,
no volver en barco a España.
¡Primero regreso a nado!

EN LA ARGENTINA

CRIOLLADAS, CRIOLLOS Y ACRIOLLADOS

Todo anda revuelto, todo apriesa, todo enmarañado.

No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra...

GUZMAN DE ALFARACHE.

DOS PALABRAS

En quitando a los hombres
y a las mujeres,
los demás todos cumplen
con sus deberes.

(Cantar popular).

Cuando iba yo a embarcar para la Argentina, un amigo, bien intencionado y generoso, se despidió de mí dándome una carta y un consejo.

La carta era de recomendación para un banquero.

El consejo se reducía a decirme que, una vez en la Argentina, huyera como de la peste, de los españoles acriollados.

De la eficacia de la recomendación nada puedo decir, porque después que desembarqué resolví no presentarme al banquero. Entonces tuve mis razones para obrar así; después las he tenido para alegrarme de no haberme puesto al alcance de las uñas de aquel codicioso Matatías, que con el nombre de Banco, legaliza, adecenta y ampara su ladronera.

Tampoco seguí el consejo, y en esto sí que obre mal. De los peores enojos que he sufrido en la Argen-

tina, fueron causantes los españoles acriollados, entre los cuales hay muchos, que llevando hasta el final su desamor a lo nuestro, se han naturalizado en aquel país, con lo que sólo han conseguido quedar sin ninguna patria: españoles no lo son ya, por renegados; argentinos no lo serán jamás por ruines y sospechosos.

¿Qué valor puede tener un patriotismo calculador y postizo, en quién de su verdadera patria ha renegado sin razón, sin conciencia y de tapadillo? Porque es de advertir que los más de estos logreros, argentinizados para conseguir un empleíllo oficial o un voto cotizable, se han naturalizado en secreto y tomando precauciones, para poder ser a un tiempo argentinos y españoles.

Otros españoles hay que no han legalizado su criollismo, del que a cada momento hablan, estableciendo imposibles parangones entre las aldeas en que ellos nacieron—única cosa que de su patria conocen—y la inmensidad fastidiosa y antiestética de Buenos Aires.

Estos aldeanos, que en la Argentina han conocido los zapatos, los calcetines y las camisas, proporcionan buenísimos ratos a los argentinos, cuando les oyen decir que en España (España es siempre su aldea), no hay ciudades, ni comodidades, ni dinero.

En estos hombres el argentinismo es disculpable. Malvivieron en sus miserables pueblos, hasta que temiendo ser soldados, huyeron de España, antes de cumplir los veinte años. En la Argentina se han hecho hombres, allí han ganado el primer dinero, y como para ellos el vivir mal no era novedad ni sacrificio, soportando privaciones y sufriendo agravios, humillaciones y bajezas, lograron guardar algún dinerillo. Luego, tocados de la general manía, se echaron a negociar, y si tuvieron al-

guna suerte y no les restó acometividad y codicia el exceso de conciencia, algunos llegaron hasta ser ricos. Y ved aquí convertido en negociante poderoso y en caballero influyente, al que en su pueblo estaba bien destinado a ser destripaterrones.

En estos hombres su agradecimiento a la Argentina es un deber. En España están las clases sociales demasiado definidas, las haciendas con exceso acaparadas y son las leyes adustas y vigilantes y está la guardia civil muy repartida para que fueran posibles ciertos encumbramientos rápidos y misteriosos, que en la Argentina se ven, se comentan, se respetan y se imitan.

Para el que nada tiene, aquel es un país de esperanza. Para el hombre de cultura y de conciencia: para el que va decidido a trabajar, pero no acostumbrado a malvivir; para el que no es ni servilmente acomodaticio, ni avaricioso, ni logrero, es la Argentina un país de desengaño.

Así debería de pensar también un político español, que después de haber vivido cerca de un año en aquel país, apreciando sus ventajas positivas y sufriendo sus miserias incontables, me decía al embarcar para España:

—«Cuando alguna persona hecha a vivir como tal, me pregunte si hará bien embarcándose para la Argentina, le responderé sin vacilar: usted, no; sus criados sí».

Para los criados y más especialmente para las criadas, es la Argentina un gran país: se les paga bien y los tenderos les recrean los oídos llamándolas *señoritas*.

Al principio, o no se dan por aludidas, creyendo que no va con ellas, o toman el título a pitorreo; pero luego se convencen de que la cosa va en serio, se hacen al

título y no regresan a España. En sus pueblos volverían a perder el señorío, para oirse llamar de nuevo la Bárbara, o la Felipa a secas, cuando no, la *Arremangá,* o la *Chata,* u otro remoquete injurioso y agresivo.

Las señoritas de sopetón y los caballeros improvisados son, con motivo, entusiastas y sinceros y hasta inconscientes propagandistas de la Argentina, verdadero Paraíso de las Maritornes.

Cada vez que a una de estas señoritas del estropajo y la escoba se le ocurre retratarse con sus atavíos domingueros (traje *tailleur* de confección y charolados botines: medida corriente, del 40 al 43), es su primer cuidado enviar una copia a la familia, bien acompañada de un giro de cinco duros.

El retrato y las pesetas producen en el pueblo el efecto apetecido.

Pasa la fotografía de casa en casa, y en todas ellas se hacen entusiastas comentarios, adivinando en aquellos señoriles atavíos, un bienestar envidiable.

Si en la casa hay mujer moza, se le despierta el deseo de marchar a la Argentina, y aquella noche sueña la infeliz paleta con tierras lejanas, con palacios y con oro, con la fortuna y la dicha.

Las más resueltas, se determinan al viaje.

El efecto es aun mayor, cuando un zote enriquecido, un *indiano* ostentador y presuntuoso, cae en la tentación frecuente de asombrar a los que fueron en España sus convecinos.

El procedimiento clásico para lograrlo es hacer un donativo, que al mismo tiempo que pruebe mucha riqueza, haga posible la concesión del título de filántropo o

el de hijo predilecto y preclaro de la aldea que vió nacer al donante.

Suele ser el donativo una fuente pública, una escuela para párvulos o un hospital para los pobres.

Una fuente es siempre útil, si el agua que de ella mana, es abundante y potable.

Una escuela es cosa buena, hasta cuando el que la costea no se halla capacitado para apreciar bien el valor del donativo, hecho por ostentación y por seguir la rutina.

De los hospitales que suelen donar los *Juanes de Robres* americanos, se aprovechan los beneficios, sin preocuparse neciamente de sí, como el Robres del conocido epigrama, para hacer el hospital, hacen primero los pobres. Si los han hecho, ha sido en América, y eso está lejos.

Lo importante es que el *indiano* hace el donativo y que el pueblo se aprovecha.

Y mientras la fuente, la escuela o el hospital se construyen, no cesan los elogios, los comentarios y las deducciones que suelen ser de este tenor:

—«Cuando Fulano (aquí el nombre o el apodo, generalmente el apodo, del filántropo), que era tan bruto, ha *ganao* tanto oro en la Argentina, ¡qué no haría nuestro chico si se fuera!»

Y como el chico tiene también pocas ganas de *servir al rey*, y su poco de codicia y su mucho de torpeza, resuelve embarcar para la Argentina, país del que sólo sabe que está al otro *lao* del mar y que tiene muchas minas de plata y oro.

Este, y no otro, es el motivo de que España se despueble. Cada zote enriquecido en la Argentina sirve de

involuntario cimbel a la codicia de centenares de zotes. De éstos, algunos ven realizados sus sueños y se hacen ricos; los otros, la mayoría, al cambiar de suelo y patria, sólo logran cambiar de sitio donde penar, desesperarse y morir.

Los que sucumben, allá se quedan olvidados y vencidos para siempre. Los contados que triunfan, allá se suelen quedar también, porque la codicia insaciable los ata al suelo que los hizo ricos... y por otra razón cruel. En su aldea ya no podrían vivir. Para los que socialmente son más que ellos, a pesar de sus riquezas, serán siempre lo que antes de embarcar eran; con los que antes de emigrar eran sus iguales, ya no acertarían a tratarse: el compañerismo les sería molesto; la superioridad sería ridícula y difícil. Su educación no les deja ser señores; su dinero les impide ser villanos.

Preferible y casi forzoso es que sigan viviendo en la Argentina. Allí se casan y allí procrean.

De estas expatriaciones forzadas se va formando lentamente en la Argentina un pueblo nuevo, con todas las cualidades buenas y con todos los defectos de los productos híbridos.

Los argentinos hijos de españoles emigrados, alardean de su desamor a España.

Su primer odio es su propio padre, cuyo pasado conocen; su desafecto a España es una prolongación de este odio, abonado con la educación antiespañola que reciben en la escuela.

La primera obligación del argentino es malquerer a los *gallegos*. Y como esta malquerencia se advierte y se respira en todo, queda explicado por qué es la Argentina país inhospitalario y poco grato para los españoles

que allí van sin desmedida codicia, con las ideas bien definidas, con las costumbres ya hechas y con los amores arraigados.

Para los que llegan hechos *hombres* (y aquí doy a esta palabra todo su enorme valor), es imposible el vivir asendereado y ficticio de aquel país de aventura, en el que el único ideal consiste en hacerse rico en una lucha continua, desesperada y brutal, en la que se acometen, se acosan y se matan los verdaderos criollos y los argentinos de ocasión; el gaucho y el extranjero; entre la Argentina, que ve un peligro en la emigración, que es su fuerza, y los millares de osados que de todas partes llegan, anhelosos de convertir, por cualquier medio, en dorada realidad las embusteras promesas con que la Argentina llama a los ambiciosos y a los vencidos.

De estas costumbres chocantes; de estos hechos vergonzosos, de estos criollos que nos odian, de los acriollados que nos niegan, de los triunfadores y de los vencidos, en una palabra, de cuantas cosas he visto y de cuantos hombres he estudiado en la Argentina, se va a hablar en las páginas que siguen.

Para mí son de recuerdo; ¡ojalá que para muchos sean advertidora lección!

BUENOS AIRES

El rebaño de miseria y de esperanza, desfila y desfila hácia lo desconocido. ¿Qué les aguardará en el interior de este mónstruo gris y achatado que todos los días devora su ración humana?

BLASCO IBAÑEZ.

I

LA LLEGADA

Después de soportar en la Aduana
un registro molesto e injurioso,
atravieso un *galpón*, y piso ansioso
tierra que de mi tierra creo hermana.
Un mundo heterogéneo, que se afana
por servirme, me embiste codicioso;
logro escapar, y un coche ruinoso
me lleva a la Cartago americana.
Sufro ante todo, el robo del cochero,
para sufrir después el ser robado
por el ansia voraz de un hotelero,
y, ya en el cuchitril que he contratado,
juzgo estos robos como fiel agüero
de que estoy en país civilizado.

II

POR LA MAÑANA

Me despierta un *mucamo* filipino,
un griego me da el te, un ruso el baño,
es mi hotelero un japonés huraño,
el portero alemán, y el *groom* es chino.
Son las calles revuelto torbellino
de gentes de cien razas, que su apaño
procuran con afán, y con engaño
se apropian de la plata del vecino.
Mientras los más negocian con malicia,
para saciar su sórdida codicia,
el hijo del país, duerme sin pena,
y aguarda con las manos descansadas
que las necias abejas inmigradas
hagan la miel y formen la colmena.

III

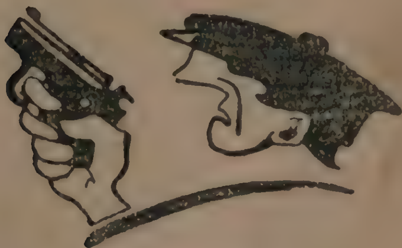
POR LA TARDE

Luego de mal comer a toda prisa
tornan los mercachifles a la brega,
y es tanta la codicia que los ciega,
que en fuerza de asquear, mueven a risa.
«Engañar y vender» es la divisa
de este pueblo horteril, donde el que llega
al fiero negociar loco se entrega
buscando del hermano la camisa.
¡Oh, necios y ambiciosos mercaderes,
que sólo en el aguardar halláis placeres,
si un día, que yo espero confiado,
vuelve Jesús con ira desbordada,
a castigar vuestra ambición malvada,
veremos Buenos Aires despoblado!

IV

POR LA NOCHE

Mercurio se ha acostado. Mentiría
si dijera que duerme; el comerciante
custodia por la noche vigilante
el botín amañado por el día.
La alocada y grosera algarabía
se ha trocado en quietud de agonizante
y es la ciudad un poblachón gigante
hundido en sepulcral melancolía.
Ofrecen tristemente las rameras
por las calles, sus goces embusteros,
se roba y se asesina en las afueras,
y en pobres *cabarets*, los *patoteros*,
se embriagan y disputan con horteras
que ansían debutar de rastacueros.



ARISTOCRACIA, BURGUESÍA Y PUEBLO

I

LA ARISTOCRACIA

Dans le caveau des miens plongeant mes pas nocturnes
j'ai compté mes aieux, suivant leur vieille loi.
J'ouvris leurs parchemins, je foulla dans leus urnes
empreintes sur le franc des sceaux de chaque roi.
A peine une étincelle a relui dans leur cendre.

A. de Vigny.

¡Oh, quién fuese poeta,
de inspiración viril y de alto vuelo,
de ingenio perspicaz y de alma inquieta,
para tomarle al cielo,
toda su luz y toda su armonía!
Sólo entonces podría
encontrar una nota bella y justa
para cantarte, Aristocracia augusta.
Porque sólo el poeta, que inspirado
adivina lo ignoto y lo guardado,
sólo el hijo de Apolo, que audaz viste
de verdad la mentira, puede, osado,
presentir y cantar lo que no existe.

II

LA BURGUESIA

...materia de harta lástima es para unos y de risa para otros, ver que el que ayer no se levantaba de la tierra ya le parece poco un palacio, ya habla sobre el hombro el que ayer llevaba la carga en él; el que nació entre malvas pide los artesones de cedro; el desconocido de todos, hoy desconoce a todos, el hijo tiene el nuntillo de los muchos que dió su padre.

GRACIAN.—(*El Criticón*).

Huyendo de la Justicia,
o por miedo a ser soldado,
Pachín emigró de España
en la sentina de un barco.
Fué el viaje tan horroroso
y el desembarcar tan malo,
que Pachín siente temblores
todavía al recordarlo.
Y miedo le da también
el recuerdo poco grato,
de las primeras angustias
y los primeros trabajos.
No hizo oficio sin vileza,
ni oyó frase sin agravio,
no conoció pecho amigo
y el pan que comió fué amargo
Pero todo lo sufrió
con sumisión de villano,
con estupidez de bruto
y mansedumbre de esclavo.

Hubo veces que la pena
en sus ojos cuajó en llanto,
y veces en que asomaba
la rebeldía a sus labios.
Pero las debilidades,
y los arranques gallardos
por el alma de Pachín
pasaban como relámpagos,
para arrojarle de nuevo
en vergonzosos desmayos,
para hacerle más humilde
para echarle más abajo.
Soportando hambre y miseria,
consiguió en algunos años
tener un capitalito,
que hizo centavo a centavo.
Quiso entonces su señor
darle libertad y amparo,
inclinándole a casarse,
que fué hacerle más esclavo.
Fué aquello reparación,
que hizo con astucia el amo,
pues dió honor a una mujer
a que antes supo quitárselo.
El matrimonio, que a muchos
sirve de rémora y daño,
para Pachín fué una mina,
de bienes y de muchachos.
Los maldicientes, que nunca
faltan, dijeron, con datos,
que los bienes y los chicos
los tuvo sin engendrarlos.
De los hijos, Pachín mismo
se siente como extrañado,
por repulsiones expresas
y por desamores tácitos.
Ellos lloran la vergüenza,

de tener un padre zafio,
y Pachín la de escuchar
constantemente en los labios
de sus hijos, alusiones
a su proceder bastardo,
a su condición plebeya
y a su éxodo de inmigrado.
De *gallego*, le motejan,
y Pachín ve en este agravio
el odio de muchos lustros,
escupido en un vocablo.
No tiene para el comercio
más instinto que el del agio,
más empeño que la usura,
ni más arte que el de Caco;
pero con esto le basta
para ganar sin trabajo,
con astucias, que hace pródigo,
dinero que esconde avaro.
Y, como la ley que al débil
tortura, al fuerte da amparo,
morirá rico y con honra
quién debió morir ahorcado.

—

Dadle a Pachín un origen
turco, francés o italiano;
dadle apellido alemán,
o ponedle un nombre eslavo.
Cambiad de su triste vida,
algunos hechos, dejando
siempre el nacimiento obscuro
y su prosperar no claro.
Pongamos que en vez de ser
marido sufrido y manso,
logró medrar más aprisa

por ser pendenciero y bravo.
Pensad que en vez de subir
con la astucia y el engaño,
medró tiñendo con sangre
sus riquezas y sus manos.
Urdid sin temor historias,
con infamias, sangre y fango,
de hombres que deben morir
con riqueza, pero faltos
de un hecho que les dé honra,
de fe que les dé descanso,
de hijos que le den consuelo,
de patria que le dé osario.
Y tened como seguro
que cuando hayáis historiado
las hazañas vergonzosas
de un centenar de bellacos,
sabréis de la burguesía
que aquí forman unos cuantos,
logreros enriquecidos
y Pachines endiosados.

III

EL PUEBLO

Las masas obedecen a una lógica irreflexiva de los sentimientos, enteramente distinta de la lógica racional. Aclaman gustosos a Bruto porque ha matado a César, pero inmediatamente proponen hacer de Bruto un César.

GUSTAVO LE BON.

El Pueblo es inconsciente para todo:
lo mismo en la Argentina,
que en el resto del Mundo, se echa al lodo
humillado al señor que le maltrata,
o, fiero, se amotina,
y atropella la ley y ciego mata.
Con igual sin razón, tan sin conciencia
de lo que quiere y ama, será un día
deísta, buen cristiano, o fariseo,
o negará de Cristo la existencia,
se dejará tocar por la herejía,
blasfemará brutal o será ateo.
La justa proporción para él no existe:
creyendo la razón delictuosa,
sufre una religión, sin arte, triste,
en que es la vida como carga odiosa,
o, con furia altanera,
destruye las creencias seculares,
quiere echar al Señor de sus altares,
y hace Dios Razón a una ramera.
Cuando todo lo niega, es un torrente
que ciego y prepotente

deja sangre y dolor por donde pasa;
destruye, asuela, arrasa,
y mata por maldad. Mas, si creyente
en defensor de Dios se erige un día,
no hay falsedad, ni fe, ni hipocresía,
en que él no crea con tesón de bestia,
hasta la porquería,
y la falaz modestia,
serán virtudes, con que torpe, fía
ganar un Cielo, que cobarde y necio,
juzga creado por un Dios, que loco
ha de premiar con tan excelso precio
una vida fugaz que vale poco.
Como el pueblo francés, guía y modelo,
todos los pueblos son: siente el anhelo
de ser libertador, y, sin conciencia,
terrible e iracundo
trastroca la existencia,
hace una nueva Ley y asombra al Mundo.
Tiene el Pueblo un momento de grandeza,
momento, que aunque corto,
al Orbe deja absorto
con rasgos de valor y de fiereza.
Pero, como epiléptico, que es fuerte,
mientras sufre el ataque de locura,
cuando pasa la crisis, se halla inerte,
embrutecido, torpe, sin cordura;
se da por satisfecho
con que le llamen libre y soberano
sin ver que sólo ha hecho,
un cambio de cadena y de tirano.
Ha sido regicida,
sacrílego, incendiario y homicida,
se ha cubierto de hiel, de sangre y cieno,
ha matado algo malo y mucho bueno,
ha trocado en su ley la guillotina,
para sacar después de la rüina,

y de su mismo seno,
un poder más brutal que el derrocado,
un mundo más rüin que el destruido,
y por Dios, del que torpe ha renegado,
un fetiche, que adora embrutecido.
Robespierre y Marat, Dantón, los varios
plebeyos sanguinarios,
que a Francia deshonraron con su yugo,
eran carne de Pueblo, de él nacieron,
mintiéndole su amor se engrandecieron,
para luego trocarse en su verdugo.
Y aborto fué del Pueblo Bonaparte,
el pirata genial, que de la guerra
hizo una ciencia y del matar un arte,
el hombre maldecido que la Tierra
asoló por capricho, el ambicioso
maestro de perfidias y traiciones,
que por el Pueblo fué grande y famoso
bandido de coronas y naciones.
Por maldad, por placer, por cobardía
su propia perdición el Pueblo hace;
hasta la tiranía,
que contra el Pueblo va, del Pueblo nace.
De la Historia Argentina,
están de sangre y de dolor plagadas
las páginas manchadas
por Rosas el tirano. Ansia dañina,
impulsaba la saña del malvado,
vergüenza e ignominia de la Historia;
—ignominia que sólo ha superado,
el torpe historiador que ha procurado
rehabilitar su nombre y su memoria.—
Rosas fué un miserable, un foragido,
cegado de ambición; más pronto hubiera
el tirano caído
si, para ejecutar sus planes fieros,
Rosas, que era uno sólo, no tuviera

la ambición y la ayuda carnicera
de miles de plebeyos *mazorqueros*.
  El Pueblo, envilecido y adulado
por astutos o faltos de memoria,
es dañino y feroz, está manchado,
con todas las infamias de la Historia.
  Hasta los mismos males
de los reyes feroces y brutales
toman vida y poder de la canalla:
es la guerra posible, cuando fiero
se hace el Pueblo guerrero,
gozando con la sangre y la metralla,
y, si bien del notable
suele partir la avilantez astuta,
un plebeyo pagado la ejecuta,
y es verdad innegable
que fueran imposibles los tiranos,
y risibles sus planes y sus yugos,
si el Pueblo no les diera en sus villanos
esbirros, carceleros y verdugos.
  ¡Yo reniego de ti Pueblo malvado,
y aunque del Pueblo soy, avergonzado.
tu deshonor y tu vergüenza grito:
no hay crimen ni delito
que el Pueblo no haya hecho o amparado!
  Elegid un plebeyo, el que se crea
más bajo y humillado,
dadle poder, ponedle una librea
y concededle mando. Haced que sea,
poca cosa, soldado;
aun menos, carcelero,
y aun menos, si queréis, sólo portero
de casa de un señor encopetado,
y le veréis en su servil oficio,
extremar con los suyos saña y celo:
juzgándose un señor, perderá el juicio,
y con torpe fiereza,

descubrirá en seguida el tiranuelo
que malguardaba su vulgar corteza.
Y, si por ley fatal, que habla la Historia,
están todos los pueblos condenados
a vivir en el lodo y en la escoria,
de que fueron formados,
¿cómo pintar, sin deshonrar la pluma,
la villanía suma,
del pueblo que han formado en la Argentina,
inmigrados brutales y soeces;
cómo expresar la ruindad que encierra
esta nación, letrina
recogedora de las viles heces
de todo el villanaje de la Tierra?

EL IDIOMA

Siempre fué natural pretensión de las gentes victoriosas, procurar extender no menos el uso de sus lenguas que los términos de los imperios; de donde antiguamente sucedía que cada cual nación tanto más adornaba su lenguaje, cuanto con más valerosos hechos acrecentaba la reputación de sus armas.

FRANCISCO DE MEDINA.

Con empeño necio y vano
y una ignorancia supina,
dice el español ufano,
que conserva la Argentina,
el idioma castellano.
Yo digo que para hacer
tan erronea afirmación,
cuyo valor se va a ver,
precisa no conocer
la lengua de esta nación.
Es la argentina una extraña
lengua, que toma y amaña
de cien idiomas: yo opino
que tiene tanto de España,
como del ruso y del chino.
Como con afirmaciones
rotundas no se demuestra
nada, apoyo mis razones

dando al punto como muestra
un centenar de botones.
Que conste ante todo que
el español de Occidente,
como el del Sur y el de Oriente,
son aquí *gallegos de...*
una cosa maloliente.
El emigrante novato
sufre al principio y se queja
de este grosero maltrato;
mas luego se hace la oreja
y se acostumbra el olfato.
Ni al que con poco se avenga
le es comer cosa sencilla,
aunque a los usos se atenga,
pues no hay manjar que aquí tenga
igual nombre que en Castilla.
Sin previa preparación
¿quién adivinar podría
que aquí es *sándia* la sandía,
que es *salame* el salchichón,
ni que es *chaucha* la judía?
Y ¿quién qué no esté iniciado
hallará el significado
de las voces que aquí apunto:
choclo, *cívico*, *quinado*,
alverjas, *porotos* y *unto*?
Las voces de uso corriente
las han trocado hábilmente,
armando un lindo ciempiés.
Di, lector, todo al revés,
y hablarás como esta gente.
Llama al abrigo *tapado*,
y por faldas di *polleras*;
los sombreros son *galeras*,
y ¡oh, indignación! han llamado
pavas a las cafeteras.

Pedido es la petición,
un sirviente es un *mucamo*,
se llama *patrón* al amo,
y todos dicen *reclamo*
por decir reclamación.
Coger es verbo inmoral;
quién use palabra tal
es indecente y protervo...
(Nota. A pesar de lo cual
se conjuga mucho el verbo).
A todo el mundo se vé
usar y abusar del *ché;*
en vez de tú, dicen *vos*,
y aun es más curioso que
se diga ¡*chiao*! por ¡adiós!
Un golfo es un *atorrante;*
mas si *atorra* un elegante,
se dice que es *patotero*
o *farrista* o *bochinchero*.
(El tipo abunda bastante).
Hacen de la población
cuadras de igual extensión,
para que cada cual viva,
sin advertir la alusión,
en su cuadra respectiva.
Y ¡por Dios! que está inmigrada
gente tal en la Argentina,
que esa cuadra está indicada
a muchos como enviada
por la justicia divina.
Otras voces: *diarista*,
galpón, *pito*, *ascensorista*,
pucho, *balanceador*,
calote, *educacionista*,
tambo, *chacra* y *changador*.
Todo lo que causa agrado
dicen que es lindo o es *chiche;*

llaman *sonso* al abobado,
un tenducho es un *boliche*,
y un *conscripto* es un soldado.
Concha, *canfli* y *caften*, son
voces que suenan tan mal,
como *quilombo*... Perdón
si no doy la explicación
por respeto a la moral.
El mundo que triunfa y priva
se llama *la gente bien*,
mujer es voz despectiva,
y palabrota ofensiva
es *individuo* también.
Un anuncio es un *aviso*,
occiso un asesinado,
y distinguen con cuidado,
diciéndonos si fué *occiso*
con *talero* o *baleado*.
Dicen *venite* y *salite*,
por no decir ven y sal,
y, con desacierto igual,
la gente más fina omite
la sílaba del final,
y dice *vení* y *salí*,
o bien ¡*espiantá* de ahí!
(pues todo es la misma cosa).
También es frase curiosa
y típica ¡*A mí, maní*!
El agua de Seltz es *soda*,
dicen *ajuntar* y *ajunte*,
rico tipo es voz de moda,
y al *pavo* o al que incomoda
no se le lleva el apunte.
El sentido han trastrocado,
al sustantivo *recado*,
y hasta al adverbio *recién*,
y, en fin, ¡el colmo! han llamado,

al petróleo *kerosén*.
Dan sentido singular,
a voces que han pervertido,
y así dicen *trepidar*
ubicación y *pedido*,
vincularse y *auspiciar*.
Otro colmo que delata
bien que esta lengua insensata
la enreda el mismo Luzbel:
todo el dinero es papel,
y se ha de decir que es *plata*.
Pendejo es chico menudo,
panete el que a tonto tira,
zanagoria el hombre rudo,
macana grande mentira,
lo excelente *macanudo*.
Siempre se dice en inglés,
tranway, *stud* y *motormán*,
dicen *usina* en francés,
y hay frases en portugués,
y giros en alemán.
Del italiano no hablemos,
pues no hay dialecto italiano
que en la Argentina ignoremos;
se barre en napolitano
y en siciliano bebemos.
Va la lengua castellana
tan mezclada a la italiana,
que grandes y chiquitines
parecemos Cherubines,
de *El dúo de La Africana*,
pues decimos *ma*, por pero,
farabuti (hombre grosero),
y en las fondas y figones
reemplazan los macarrones,
al archiespañol puchero.
El que se marcha de un lado

es que *se manda mudar*,
ir de juerga es *farrear*,
tomarse estar embriagado
y hacer el oso *afilar*.
Desde ya es un desatino
que a cada paso se mete
al hablar. Tampoco atino
por qué dirá el argentino
es al ñudo o *al cohete*.
Es la calva la *pelada*,
una suerte, una *bolada*,
al pedir llaman *pechazo*,
una *biaba* es un trompazo
y se *estrila* el que se enfada.
Otro dislate inaudito:
irse a lo de Fulanito,
donde el *lo* es casa a su modo;
dicen *Juancito* y *pancito*,
para decirlo mal todo.
¿Cómo no? es afirmación,
aunque a nada compromete.
¡Qué esperanza! es negación,
y es chocante admiración
¡La gran flauta! o *¡La gran siete!*
Camote, se ha convenido,
que es estar de amor borracho,
y del tendero fallido
se dice que se ha *fundido*,
que se ha ido al *bombo* o al *tacho*.
Dicen *banca*, *fondo*, *chata*,
y *sindicar* y *ocurrir*, (1)
y, en fin, ¡basta! ¿A qué seguir?
¿Quién es capaz de escribir
cuanto aquí se disparata?

---

(1) Véase el *Glosario*.

Es lo apuntado un sumario
económico, usurario,
y que, sin embargo, basta
a indicar el Diccionario
que en la Argentina se gasta.
Y hago el resumen por sí
pruebo a España que es *macana*,
pensar que hablamos aquí,
una lengua que es hermana,
de la que usamos allí.
Esta es mentira oficial,
que repite en animal,
y en *sonso* la gente incauta.
Podrá ser prima carnal;
pero hermana... ¡*La gran flauta*!



EL MATE

El mate no es en sí, malo ni bueno;
como el café y el té, como el tabaco,
el mate es un veneno
que ni cura ni mata. Yo no ataco,
al hombre que sin juicio,
hace del mate su constante vicio,
que la vida sin vicios fuera sosa;
mas combatir pretendo, por dañina,
la manera asquerosa,
como se toma el mate en la Argentina.
Entrad en una casa en el momento
en que se ceba el mate. Hay reunidas
unas cuantas personas conocidas,
que esperan que entre el mate en movimiento.
Forman la reunión un viejo chocho,
una jamona desdentada y fea,
un joven medio pocho,
un señor gordinflón, que gargajea,
y un tísico además. Porque no sea,
el cuadro exagerado,
supongamos que el resto está formado
por jóvenes y sanos, y hasta quiero,
dar por cosa segura,
que se lavan la boca con esmero,
y cuidan con afán su dentadura.

Una vieja mucama,
que el arte de cebar ha cultivado,
saca el mate cebado
y se lo entrega servicial al ama.
Doble contra sencillo,
me atreviera a apostar que la ladina
y asquerosa mucama, en la cocina
ya su mate tomó de tapadillo.
Sale así la bombilla suavizada
con la baba primera
de la sucia criada...
Pero, ¿qué es una baba, comparada
con el babeo atroz que ahora le espera?
Empieza el matear. El mate pasa
de mano de la dueña de la casa
a la del visitante que le toca,
quien da su chupetada y lo traspasa,
y la bombilla va de boca en boca,
dejando cada labio
su parte de saliva y porquería...
El pretender limpiarla fuera agravio
que a todos por igual ofendería.
La dama desdentada,
dada ya su chupada,
al viejo chocho le traspasa el mate,
quien, después de chupar con gran trabajo,
lo cede al gordinflón, que en él abate
los restos verdinegros de un gargajo.
Al tísico le toca
chupar de la boquilla,
que él emponzoña, y que después mancilla
el clavel que por boca
ostenta una chiquilla,
pulcra y coqueta hasta pasar por loca.
Se afirma, con razón, que esta belleza
lleva hasta tal exceso
su amor por la limpieza

que no se casa porque cree que un beso
es una porquería, e, insensata,
porque nació argentina,
se aviene, sin temor, a la rutina,
del mate secular, que infecta y mata.
Con poca diferencia,
que altera los detalles, no la esencia,
en todas las familias se mantiene
esta sucia costumbre, esta indecencia,
agravio del estómago y la higiene.
En las familias rancias se conserva
para tomar la yerba,
la tradición, de la que son esclavas,
de que el mate sin babas
es una cosa insustancial. Yo opino
que, por más que el criollo afirme y diga,
es condenable el mate, y es dañino,
este gran vicio nacional, que obliga
a amar la tradición siendo cochino.

Perdóname lector la porquería
que hay en mi relación; yo no podía
pintarte unas costumbres asquerosas
haciendo poesía
y hablándote de esencias y de rosas.
Y por si hubiera algún lector severo,
que, por veraz, de combatirme trate,
argumentarle quiero,
que si el cuadro es grosero,
más grosero es aún el tomar mate.

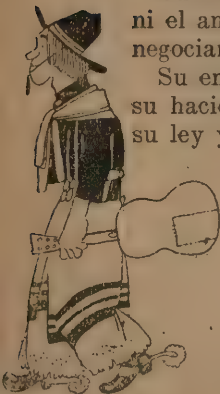


EL GAUCHO

... El cuchillo, a más de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones; no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, todo. El gaucho a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación o sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas, como jugaría a los dados.

SARMIENTO.—«*Facundo, cap. III*.

—¿Tiene el gaucho algún vicio?—Ser borracho.
—¿Tiene alguna virtud?—La de valiente.
—¿Incrédulo o piadoso?—Indiferente.
—¿Tiene capacidad?—La de un muchacho.
No es necio, sino astuto y vivaracho;
no es flojo ni incapaz, sino indolente;
pide, promete, se desdice, miente,
provoca, riñe y mata sin empacho.
Su habilidad mejor es ser cuatrero,
ni el amor ni la ley le hacen vasallo,
negociando es falaz, si juega es pillo.
Su enemigo y su ayuda es el *pulpero*,
su hacienda y su pasión es el caballo,
su ley y su justicia es el cuchillo.



EL REVÓLVER

Si levantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho.

SARMIENTO.—«*Facundo, cap.* VII.

Es el revólver Dios en la Argentina:
es causante de todo, omnipotente,
se halla en todo lugar y hora presente,
como El hace temblar, como El domina.
Allí donde no llega la divina,
cólera del Señor, pío y paciente,
llega el revólver, que brutal, consciente
hiere, atropella, roba y asesina.
Da vida al compadrón y al *patotero*,
da la razón al malandrín, no al fuerte,
ampara el latrocinio y las vilezas,
y como Dios, extraño justiciero,
al bueno y confiado da la muerte
y guarda a los granujas las riquezas.





EL MOZO DE CAFÉ

En Europa es el mozo, comúnmente,
un zote con el alma de sirviente,
que llega a una ciudad desde su aldea
con ansia y sin dinero y que desea
aprender el oficio lentamente.
En la Argentina el mozo es otra cosa,
diferente y más mala:
es todo un personaje que se iguala,
con el hombre de estirpe más gloriosa.
En la Argentina es cosa muy gastada,
ver con el delantar envilecido,
al hijo de una reina destronada,
o al nieto de un obispo fallecido.
Un mozo en la Argentina no cambiara
su oficio y su fortuna,
por la gloria más limpia y más preclara;
para él es un Osuna,
un Téllez o un Borbón, cosa de risa...
el mozo es casi un dios que os importuna,
ofende, sirve mal, injuria y sisa.

Césares en agraz, que en nuestra tierra,
ansiaban los estragos de la guerra,
para ilustrar su nombre y nuestra Historia;
algún abogadillo de secano,
que iba a eclipsar la gloria,
del mismo Justiniano;
médicos que soñaron ser un día,
iguales a Galeno,
y dejar de su nombre honda memoria,
hoy se les ve, con noble gallardía
servir, con nombre de café, un veneno,
compuesto con bellotas y achicoria.
El mozo suele ser un inmigrado,
que vino, confiado,
en hacerse un Nabab. (El sueño loco
de todos los que vienen). Poco a poco
la triste realidad, severa y dura,
le curó la locura,
haciéndole entender la conveniencia,
de buscar un oficio con premura
ganando, mal que bien, su subsistencia.
Ya tenéis explicado
que el que había soñado,
tirar millones y burlar princesas,
se encuentre en la Argentina condenado
a serviros café, limpiar las mesas,
y robar con astucia. Al desgraciado
sólo le resta en su servil oficio,
de sus antiguos sueños de grandeza,
la cómica fiereza
que muestra, sin razón, en el servicio.
Cuando os sirve el café, pone tal maña
en hacer resaltar su desagrado,
y en su actitud huraña,
hay un ultraje tal, que yo he dudado,
más de una vez si debería darle
una lección por bestia,

o si echarme a sus piés y suplicarle
perdón por la molestia,
que osado le causaba al ordenarle.
¡Oh, mozo excepcional de la Argentina!
Yo me rindo ante tí, tu peregrina,
casta descubro; pero no la ataco,
y aun te admirara más, sin tu mezquina
condición, que te inclina,
siendo tan gran señor, a que bellaco
aceptes satisfecho la propina.



INGRATITUD ARGENTINA

Nación de la mentira y la quimera,
orgullosa nación, que en loco empeño,
creyendo los engaños de un ensueño,
te llamas la más rica y la primera.
Teme la adulación, porque embustera
te propina letárgico beleño,
para luego servirse de tu sueño,
y burlarte bellaca y traicionera.
Ten ojos, ten sentido, ten memoria;
no exajeres tus triunfos ni tu Historia;
juzga lo que serás por lo que eres,
y ve que sólo es realidad tu anhelo,
por los hombres que vienen de otro suelo
a fecundar tu tierra y tus mujeres. (1)

(1) Según las últimas estadísticas oficiales, la población de la República Argentina, es de 6.600.000 habitantes, de los que unos cuatro millones son extranjeros. Si estos se repatríaran en un día dado, privando a la Argentina de su trabajo y de su esfuerzo, quedarían unos dos millones de argentinos para poblar 2.952.557 kilómetros cuadrados.

Recuérdense estas estadísticas oficiales; piénsese en la frecuencia con que los emigrantes se casan con las hijas del país (que en los más de los casos son hijas o nietas de otros emigrados) y se evitará la tentación de atribuír a mis palabras un alcance calumnioso que no tienen.

DEUS AMERICUS

Desde mucho antes de la hora fijada, un público numerosísimo, ávido de no perder detalle alguno, tomó posiciones en el salón de ventas. Cuando sonó la campana anunciadora del remate, la invasión fué tal que se hizo necesario adoptar enérgicas medidas para conseguir acomodar al público que, no encontrando ubicación, se había posesionado hasta de la pista destinada a la exhibición de los toros. Había en el ambiente una palpitante ansiedad que traducía la nerviosa inquietud de la concurrencia... Poco antes de las 2 de la tarde, vencidas todas las pequeñas dificultades que preceden siempre a estos actos, D. Arturo Bulorich ocupó la tribuna central, dando orden de entrar al toro «Américus».

(Estos renglones y los que se copiarán después, están entresacados de una reseña que ocupaba, no menos de cinco columnas, en el número de «La Nación» correspondiente al 17 de Septiembre de 1913).

Indómito mortal, la frente inclina
para escuchar la nueva peregrina:
El becerro de oro,
a fuerza de cuidados, se ha hecho toro,
y a sus pies se prosterna la Argentina.

Yo quisiera contaros el suceso
con frase escultural y cincelada,
digna del embeleso,
de toda la nación, que entusiasmada,
adora en su dios-toro, a su dios-peso.
Pero falto de vena,
para poder decir la nueva buena,
falto también del fuego necesario,
para cantar el hecho con altura,
recorto «La Nación», que este diario
supo encontrar feliz literatura,
digna del garañón extraordinario:

Hemos dicho ya que el magnífico ejemplar no ha sido respetado por la epizootía reinante y que hace varios días se halla atacado de aftosa. Caminaba dificultosamente, conducido por su cuidador, un viejo servidor de la cabaña San Juan, al que corresponde justamente una buena parte de este gran triunfo. Al aparecer en la pista *Américus*, un aplauso entusiasta de la barra numerosísima saludó al gran producto.

¿Quién sería tan frío y tan menguado
que se hubiera mostrado indiferente?
Yo no estaba presente,
pero de haber, por mi desgracia, estado
me hubiere contagiado,
del ruidoso entusiasmo de la gente.

Y cuando se acalló (el entusiasta saludo), D... en frases oportunas hizo el elogio del hermoso toro, y en breves palabras la apología de la cabaña criadora.

¡Oh, palabra eficaz! ¡Bendita sea,
una elocuencia que tan bien se emplea!
¡Bien haya el Cicerón, o el Catilina,
que con su verbo dejará memoria
de un toro singular, que la Argentina,
quiere incluir en su flamante Historia.

«...Y las ofertas continuaban: 70.000, 72.000, 75.000, 76.000, 77.000. Hubo una breve espera. La oferta última era del Sr. Imaz, que hasta entonces había ofrecido por un intermediario, y que al llegar a esa cifra pujó personalmente.

El martillero repitió dos veces el apremio clásico: «77.000, ¡va una! 77.000, ¡ván dos! 77.000... ¡80.000, a la derecha! ¡80.000!» Era el Sr. Ginocchio, que redondeaba la oferta; era el Sr. Ginocchio, resuelto a comprar a cualquier precio, que acentuaba su interés ofertando en redondo. El aplauso fué entonces una verdadera ovación, calurosa y entusiasta, en la que se traducía la más espontánea y efectiva satisfacción. Pocos instantes después caía el martillo, adjudicando el gran toro Américus a la cabaña Santa Aurelia, del Sr. Ginocchio e hijos, que en realidad han venido a pagar por él, incluyendo las comisiones reglamentarias, 84.800 $.

La manifestación que siguió a la venta es indescriptible. Aplausos y vivas se repitieron por largo rato. El Sr. Bullrich, hizo subir a la tribuna al Dr. Leonardo Pereira Iraola, primero y a Don Bartolomé Ginocchio después, y ambos fueron saludados con una cariñosa manifestación de simpatía.

Siempre loca y cegada la Fortuna
reparte sus favores torpemente;
si el triunfo era del toro, solamente,
él debía subir a la tribuna.

. . . .

. . . .

Aún queda por cortar, porque el relato
de «La Nación»—periódico sensato—
ocupa todavía,
una columna entera;
pero, cansado, tiro la tijera,
para dejar volar la fantasía,
admirando en silencio la alegría,
de este pueblo, de suyo macilento
que ha visto desfilar, sin parar mientes,
a gentes preeminentes,
a artistas nacionales de talento
y sabios extranjeros eminentes,
y hoy pierde la decencia y el decoro
ante un robusto toro,

que hecho rey y señor de garañones
a ser reproductor se le destina,
siendo sus poluciones
el orgullo y la fe de la Argentina.
Americus, señor, seas loado,
puesto que tú has logrado
el singular portento,
de que encuentre esta tierra entristecida
una alegría, que le de contento,
y que tenga esta gente descreída
una esperanza que le preste aliento
y un dios confeccionado a su medida.



EL TANGO ARGENTINO

El tango es baile anticuado
no hay más diferencia que
antes se bailaba echado
y ahora se baila de pie.

MELITON GONZALEZ.

De música importada, como todo,
el tango nacional salió con vida,
y en la naciente industria tanguicida,
los logreros buscaron acomodo.
Un tango se fabrica de este modo:
se toma cualquier pieza conocida,
se altera, se disfraza, se trucida
y se la infama con lunfardo apodo.
A cada tango nuevo que se lanza
se le adiciona una simiesca danza
y todos los porteños enloquecen
por tocar o bailar y a un tiempo mismo
Terpsícore y Euterpe se envilecen,
por obra del villano compadrismo.



EL COCHERO

Suele ser un *gringo*,
malevo y astuto,
un porteño *pierna*,
o un *gallego* bruto,
que faltos de oficio
decente y honrado,
se agarran a un coche,
porque está probado,
que cuanto más zote,
cuanto más grosero,
más arte se tiene
para ser cochero.
No es aquí el auriga
una nota extraña,
que en Francia y en Rusia,
en Italia, España,
en Turquía en Grecia,
en Japón y en China,
el cochero vive,
como en la Argentina,
haciendo atropellos,
matando a la gente
molestando a todos
y robando al cliente.

Pero en Buenos Aires,
el mal se ha agravado,
pues como el cochero,
es improvisado,
hace más desgracias,
recarga la sisa,
roba con más ansia
mata más a prisa.
Y si alguno intenta
protestar del daño,
se verá ofendido
en idioma extraño;
lengua que no entiende,
ningún hombre culto,
en que cada frase
contiene un insulto,
lengua, que es corriente
vaya acompañada
de amenaza fiera
o agresión armada.
Para no ser víctima
de esta mala gente,
aun no se conoce
forma ni expediente,
pues si tomáis coches,
sois *caloteados*,
y si vais a *pedibus*,
sois atropellados;
que el cochero es hombre
que a todos joroba,
con el coche mata,
con el *taxi* roba.
Contra esta gentuza,
dañosa y dañina,
sólo sé un remedio:
huir de la Argentina.



SIEMPRE SOLO

Quién busca la verdad no cuenta los votos.

LEIBNIZ.

Extraña sinrazón la razón loca
del *número mayor*, que torpe invoca
la plebe democrática y sencilla,
que niega la verdad de un alma aislada
y humilde se arrodilla,
para acatar como verdad probada,
cuanto acuerdan los necios en cuadrilla.
Si es de humanos errar, como es sabido,
debe bastar que un número crecido
de gente ignara, sin valer ni ciencia,
apruebe una creencia
o un dicho nuevo como axioma acate,
para tener, sin más, como evidencia,
que ha de ser lo acatado un disparate.
Porque vamos a ver, ¿cuando un pollino
se une a otros burros para hacer camino,
es lógico pensar que la reata
va a discurrir con tino
y a obrar como la gente que es sensata?
¡Jamás! Por el contrario, es evidente
que si cada borrico aisladamente
hace una borricada a cada punto,
y sólo acierta a dar mordiscos y patadas,
hallándose un borrico a otro asno junto,
han de hacer, por lo menos, dos burradas.
Un raciocinio análogo ha probado
que si un necio desbarra estando aislado,
cien necios presumidos,
estando en asamblea reunidos,

harán cien necedades justamente...
si no consienten, ni a los más temidos,
más que su necedad correspondiente.
Por no pensar así, llegarán días,
que a fuerza de acatar los disparates
que voten mayorías,
formadas por osados botarates,
para tener un peso en el bolsillo,
y hasta para vivir pobre y en calma,
habrá primero que castrarse el alma
y ser un majadero o ser un pillo;
pues el que honradamente
pretenda trabajar aisladamente
o el que aspire a pensar en rebeldía,
sucumbirá aplastado
por la canalla en masa, que ha inventado
otra vil y cobarde tiranía
peor que cuantas hubo en lo pasado.
De los viejos tiranos, el más fuerte
cedía su poder ante la muerte,
que un trono se derriba en un instante,
y se mata a un tirano,
siempre que un corazón arma una mano.
César lo pudo todo, mas no obstante,
para acabar su imperio en un minuto,
tuvo Roma bastante
con sólo el brazo vengador de Bruto.
Pero llegado el día,
en que formen los más la tiranía,
cuando los escogidos,
sean en lucha desigual vencidos
y en nombre de la odiosa mayoría
se truequen en señores los villanos,
haciéndose feroces y absolutos
¿cómo César tendrá bríos ni manos,
para acabar él solo con cien brutos,
formando una asamblea de tiranos?.

TRIPTICO

EN ESPAÑA (Poesía)

SIGLO XVI.

La vieja ciudad, cansada
entra en la noche callada,
que sobre sus muros vierte
su negra sombra preñada
de semejanzas de muerte.
Pone en el alma pavor,
la tristeza y el dolor,
de la calleja moruna,
sin más luz que el resplandor
mortecino de la luna.
Ocultando en capa grana
su gallarda juventud,
un doncel la calle gana,
se para ante una ventana,
y desemboza un laúd.
Palpitante el corazón
ansioso a la reja mira,
lanza al aire un dulce son
y, más que cantar, suspira
una erótica canción.
Luego que el enamorado
dió fin a su dulce queja
y a su lamento rimado,
vióse salir por la reja,
una mano con cuidado;

mano blanca, mano hermosa,
que galante y generosa,
al trovador ofrecía,
a cambio de su armonía,
la belleza de una rosa.
Mano y rosa con pasión
besó el doncel y ligero
tomó el bello galardón
y lo prendió en el sombrero
a guisa de rico airón.
Y, bendiciendo su estrella,
partió con aire triunfal,
rendida el alma á su bella
y rimando para ella,
otro tierno madrigal.
Cien noches el trovador
cantó su trova de amor
rendido y enamorado,
dándose por bien pagado
con recibir una flor.
Hasta que de una estocada
murió una noche el galán,
suspirando por su amada,
y besando con afán
una rosa ensangrentada.

II

EN LA ARGENTINA (Prosa)

SIGLO XX.

Juan es poeta, es decir,
que es soñador incurable,
que entregado a sus delirios
y ajeno a las realidades,
forja alocadas quimeras
y empresas irrealizables
en fantásticos castillos
que él se fabrica en el aire.
Mientras otros, con codicia
buscan sólo lo *contante*,
y se matan por el oro,
que Juan llama *miserable*;
mientras los más por ser ricos,
castigo del vivir hacen
y hasta en el morir son siervos
de su ambición, él al arte
lo pide todo y cantando
sus duelos y sus afanes,
el acíbar de la vida
trueca en dulces madrigales.
Como desprecia la plata
y el soñar no quita el hambre,
no anda medrado de ropa
ni está medrado de carnes.
Descuida el aseo y deja
que el pelo el cuello le tape,
porque las greñas románticas
sus aficiones delaten.
Tiene amores, porque fuera

estar sin amor un vate
estar un vergel sin flores
y estar sin agua los mares.
Juan llama musa a su novia,
y aunque la chica no sabe,
de seguro, qué es ser musa,
le deja que así la llame,
y le consiente también,
que le dedique cantares
en los que le dice *Filis*,
y otros apodos galantes
por no escribir Filomena,
sin eufemismos ni ambages.
Igual que disfraza el nombre
le pone a todo disfraces,
y llama a su pelo ébano,
dice a sus ojos diamantes,
son sus manos de marfil,
sus labios son dos corales
y son sus pies como lirios,
aunque son feos y grandes.
Recordando en hora mala
costumbres de otras edades,
a punto de media noche,
echóse Juan a la calle.
Plantóse ante el conventillo
donde su Filis amante
dormía a pierna tendida
y roncaba como un chantre,
e improvisando una trova,
se puso a atronar los aires,
siendo su boca torrente
de notas y consonantes.
Empezaba el estribillo,
cuando llegó un vigilante
que, juzgándose gozar
fueros de Temis y Marte,

al discípulo de Apolo
se llevó preso, acusándole,
de estar loco o estar ebrio,
y de ser un atorrante,
sorprendido haciendo escándalo
a deshora y en la calle.
Se acumularon delitos
y sendas penalidades,
y Juan purgó el ser poeta
con varios meses de cárcel.
Cuando salió, escarmentado
por aquel triste percance,
discurrió que en nuestros días,
es mal oficio el de vate,
y, no queriendo vivir
en prosa, pensó matarse...
pero no se mató, gracias
a que Dios le hizo cobarde.
Tomando mejor partido,
se aseó, se compró un traje
y encontró pronto un empleo
y una novia de su clase,
y en vez de escribirle trovas,
pidió la mano a los padres
y, en fin, se hizo tan prosaico
que terminó por casarse.
Un buen régimen de vida
a base de sueño y carne,
ha operado en el poeta,
variación tan notable,
que antes de un año será
gordo, rico y negociante.
Y el loco que en bellas rimas
cantó cosas ideales
hoy vive en villana prosa
¿Será más cuerdo?... ¡Quién sabe!

III

EN TODAS PARTES (Envilecimiento).

SIGLO XXX.

No hay siervos ni señores. Un rasero
pasaron por la vida hombres brutales,
achatándolo todo con esmero;
no hay gente del montón ni hombres geniales,
en la nueva balanza son iguales
la hormiga, el elefante y el jilguero.
No hay religión ni nada sobrehumano
que haga soñar en dichas de otros mundos;
la Tierra es un pantano
donde sapos iguales en lo inmundos,
croando pasan su existencia en vano.
El hombre destruyó con loca saña,
toda santa creencia,
cuanto el arte y la fe dieron con maña
para hacer tolerable la existencia.
Una ciencia, orgullosa e insolente
las antiguas verdades ha deshecho,
otras son las verdades del presente
y ama la Humanidad otro Derecho,
sin advertir los más que el hombre ha hecho
un cambio de mentiras solamente.
¿Qué mano maldecida,
destruyó la esperanza, faro amigo,
antorcha misteriosa, que encendida,
al alma daba amparo, luz y abrigo,
y quién, para cambiarnos, no la vida
ni todas sus miserias, sí sus nombres,
redujo la existencia a este castigo
de tener odio a Dios y fe en los hombres?
¿Y el amor? El amor... ¡bah! boberías
de épocas atrasadas;

están las gentes hoy muy atareadas
para perder el tiempo en fruslerías.
¿Para qué suspirar por las coquetas
y a qué llorar a la adorada ausente?.
Eso era comprensible solamente
cuando había poetas,
que andaban por el mundo libremente.
Pero ahora, el que intentara
cansarnos con rimados disparates,
habría de pagar la broma cara,
y con otros orates
en un asilo *ad hoc* se le encerrara.
Y si allí no curaba e insistía,
en emplear el día
en cantar a su amada y dar suspiros,
aunque ya no se mata, no sería
extraño que le dieran cuatro tiros.
Que en una sociedad severa y ruda,
donde todo a trabajo se reduce,
y en la que el mismo sabio cava y suda,
el loco soñador que no produce,
antes sirve de estorbo que de ayuda.
Infeliz el cuitado,
que dé en nacer poeta y con talento
cuando sea la vida un instrumento
y el trabajo un castigo regulado;
cuando no haya cabezas,
porque serán los hombres como piezas,
émbolos, ejes, válvulas y mazos,
de una infamante máquina de brazos
rendida de fatiga y de tristezas.
Si tanto baja el hombre en una caída,
¡no vaciles poeta! Tú en la huída,
busca tu salvación, corre hacia Apolo,
y entona tu canción no envilecida
¡No consientas jamás que te dé sólo,
su prosa y su dolor la triste vida!...

EL COMPADRE

El color alquitranado,
el pelo todo vedijas,
los andares vacilantes
y las actitudes simias.
Llamativo el indumento,
terciada la *galerita*,
y salpicado de dijes
de pura *chafalonía*.
Habla a golpes, desgranando
torpes gracias aprendidas,
con el ingenio en modorra
y la palabra cansina.
Es disfraz de su prudencia
su aire de perdonavidas,
y su condición cobarde
tapa su lengua agresiva.
En la discusión se impone,
porque, más que sus diatribas,
daña la lunfarda jerga
en que el insulto vomita.
Pero retado, prefiere
dar la espalda a dar la vida,
y economizar en sangre,
cuanto malgastó en saliva.
Del valor que con los hombres
se guarda con avaricia,
hace después con las hembras
derroches de valentía.
Apache y rufián, explota



los filones de sus *minas*,
alternando habilidoso
los golpes con las caricias,
y, chulo y celoso, sabe
gastar con tino y medida
intransigencias de Otelo
y auxilios de Celestina.
  Cuando Venus le abandona,
favor a Caco suplica
y distribuye de grado
lo que por la fuerza quita,
que, aunque gallofo, es travieso
Mecenas de policías,
a los que con sus mercedes
de manos y de ojos priva.
  Así es el compadre: un tipo
que da miedo y causa risa,
trágico para las paces
y bufón para las riñas.
  En los suburbios, sus centros,
no hay límite a su malicia
avilantez que no logre
ni freno que le comprima;
mas descentrado, entre gente,
la fiera se domestica,
su matonismo se agota
y su prudencia se aviva.
  Centuplicando sus mañas
su condición tornadiza,
se ofrece alternadamente
con cualidades distintas,
y es, con astucia y provecho,
frecuentador de las timbas,
carcoma de lupanares,
sostén de *borracherías*;
amigo de ajenas bolsas,

matriculado en la briba,
horro de todas las letras,
doctor en bellaquerías.
 Es para el trabajo topo,
en los *laburos* ardilla,
con las pelanduscas gallo
y con los hombres gallina.

BUENOS CONSEJOS

A UN AMIGO SOÑADOR

¿Que quieres ser poeta?... ¡Brava idea!
También yo lo intentara si no fuese
pretender lo imposible cosa fea.
Si te sientes con bríos, no te pese
haber soñado conquistar la gloria;
si estás de tu valía bien seguro,
pulsa la lira y canta, yo te auguro
que es tuyo el galardón de la victoria.
Bate las alas, vuela a lo infinito
y lanza desde allí canto exquisito
que altere este vivir torpe y bajuno,
que está este pueblo de materia ahito
y de belleza y poesía ayuno.
¡Bien venido el primero que salvaje,
indómito, arrogante, loco, solo,
desprecie a Sancho Panza y a Bartolo,
a Mercurio, le niegue su homenaje,
y se lo ofrezca con amor a Apolo!
Dichoso el insensato que alocado
se resista a vivir esclavizado
a su prosaico afán que le ata al suelo,
y recuerde que el pan, más que al arado
lo debemos al Sol, que está en el cielo.
Feliz quien no calcula y disoluto,
está pronto a gastar en un minuto
el oro, que otros guardan con temores;
felices los poetas soñadores,
que nunca en un jardín buscan el fruto,

y gozan los aromas y las flores.
  Venturosa la mano que insensata
nos traiga algo de amor y de locura
y acabe esta epidemia de cordura,
que enriquece, que enerva y que nos mata.
  Si eres tú el elegido, ven y a prisa,
obra en nosotros como nuevo mago,
trayéndonos de Atenas una brisa
que oree y purifique esta Cartago.
  Pero si no es tu lira la esperada
lira de redención y poesía,
si escribes por contagio y por manía
busca otra profesión más apreciada;
piensa en las pampas faltas de braceros,
y en que está la República plagada
de falsos literatos y copleros.



HOMNI SOIT QUI MAL Y PENSE

Pícaros hay con ventura
de los que conozco yo,
y pícaros hay que no.
QUEVEDO.

A unos pobres que robaron
dos pesos para comer,
como el hecho confesaron,
los sentenciaron ayer,
y a cárcel los condenaron.
Viendo cómo el Tribunal,
dando pruebas de parcial,
juzgaban severamente,
no el robo precisamente,
sino haber robado mal,
pensé que jueces malvados,
hacen malas leyes buenas,
pues por los mismos pecados,
a unos le echan condenas
y a otros se les dan condados.

UNA CASA COMO HAY MUCHAS

Por eso fué llamado el nombre de ella Babel, porque allí mezcló Jehová el lenguaje de toda la Tierra.

«*Génesis*», *cap. XI, ver.* 9.

Muy joven y sin dinero,
llegó el marido de España,
y, por amor o codicia,
casó con una italiana.
Apadrinaron la boda,
un franco-alemán, de Alsacia,
un caballero rumano,
un japonés y un croata.
Tuvo el matrimonio un hijo
argentino, que amamanta
una señorita inglesa,
que aunque señorita, es ama
porque anduvo en amoríos
con un portugués pirata,
que la hizo un feo muy grande
y una pequeña, no guapa.
Tiene el padre a su servicio
un mucamo que es de Holanda,
y la madre, por doncella,
tiene una señora austriaca.
Para arreglar el condumio
a estas gentes de seis razas
hay un cocinero belga,

al que auxilia una ayudanta
nacida en el Indostán,
de un polaco y de una bávara,
y mujer de un hotentote,
hijo de una escandinava,
casada en Madagascar,
y fallecida en Pampanga.

—

No es excepción (os lo juro)
la familia bosquejada.
Por el contrario, es corriente
encontrar en cada casa,
una Torre de Babel,
corregida y aumentada,
en la que cada cual tiene
una lengua y una patria,
una historia y un misterio
un dolor y una añoranza.

¡SIGA LA FARSA!

Sic vos non vobis.

Rudos trabajadores,
acudid al reclamo astuto y fino;
aceptad vuestro sino,
que os fuerza a trabajar como castores. (1)
La inhabitada pampa espera ansiosa
vuestro esfuerzo de brutos;
venid y laborad, que otros los frutos
luego recogerán. La ansia angustiosa
de vuestro terco empeño,
os brinda ya en sí mismo,
el vano galardón de un loco ensueño:
siempre fué engañador el optimismo.
Este suelo impoluto, ardiente espera
sangre y sudor de paria,
que fecunde su seno. Ruin y artera,
fingiéndote una farsa igualitaria,
la Mentira te tienta con malicia,
y en vez de hablar a tu cerebro muerto,
promete a tu codicia
para pronto un edén florido y cierto.
¡Oh! la Malicia te conoce, sabe
lo que en tu pobre inteligencia cabe,

---

(1) El castor, que se ha querido presentar como prototipo de animales astutamente laboriosos, es en realidad un irracional estúpido, para el que el trabajo es una inevitable necesidad fisiológica, que cumple sin objeto, sin placer y sin provecho.

no ignora tu afanar torpe y mezquino,
y con mañoso tino
te ha hecho una religión a tu medida,
religión engañosa, como todas,
a la que te acomodas
pensando sólo en mejorar de vida.
Trabaja con afán, que en lontananza
te muestra el que te explota y vil te oprime
el bálsamo falaz de la esperanza...
¡Ten esperanza y entre tanto, gime!

MUNDOLOGÍA EN PÍLDORAS

RECETAS PARA PROSPERAR EN LA ARGENTINA

I

Ten como verdad primera
de astuta Mundología
que si el hombre no mintiera,
con mañosa hipocresía
la sociedad moriría,
y conviene que no muera.

II

Mira el mundo con desdén,
y por plan de vida ten,
el de hacerte una fortuna
para vivir mucho y bien,
que lo demás es tontuna.

III

Lo mismo al necio que al tuno
trátalos con buenos modos,
no te fíes de hombre alguno,
no condenes a ninguno,
pero piensa mal de todos.

IV.

Toma de cada animal,
su cualidad favorita:
el coraje del chacal,
de los monos la moral,
la astucia del jesuíta.

V.

Si quieres hacer carrera
sé hábil con la sociedad;
mas tu habilidad primera
sea aprender la manera,
de esconder tu habilidad.

VI

Vino, café y la mujer,
se deben tomar sin tasa;
mas sólo causan placer
tomados fuera de casa
y gratis, si puede ser.

VII

Si eres rico, sin temor
dedícate a conquistar;
el dinero no hace amor,
pero lo puede comprar,
que es más cómodo y mejor.

VIII

En religión y en moral
parece lo natural
que la gente permitiera,
que pensase cada cual
lo que bien le pareciera.
Mas como esta independencia
al mundo no le acomoda,
tienes que acatar su ciencia
y has de llenar tu conciencia
con las mentiras de moda.

IX

Cree que un Dios Omnipotente,
por capricho complaciente,
te ha hecho superior al mono
y a todo bicho viviente,
que esto es mentira corriente
y negarlo es de mal tono.
Cree que ese Dios sólo espera,
que un hombre, un átomo, muera
para transportarle al Cielo,
que esta verdad embustera,
sobre ser de gran consuelo,
es bonita y lisonjera.

X

De cuanto en la Tierra veas,
aunque con dueño lo creas,
te corresponde una parte,
y harán bien si la deseas;

pero, búscala con arte,
pues como al mundo has llegado
cuando todo está usurpado,
si descubren tu intención
te harán prender por ladrón
los que tu parte han robado.

XI

Si alguien, fuerte y poderoso,
se complace en ultrajarte,
tú, paciente y cauteloso,
perdónale generoso...
hasta que puedas vengarte.

XII

Si una de ti se enamora
y te es fiel por una hora,
goza esa felicidad;
que, siendo la vida corta,
aprovechar bien importa
tan larga fidelidad.

XIII

Compadece al pordiosero
con todo tu corazón,
tenle mucha compasión,
pero no le des dinero.
Pues si en filántropo das,
empobrecerás muy pronto
y despreciado serás
más que por pobre, por tonto.

XIV

Para el fuerte siempre ten
prontas la maña y la argucia,
y mírale con desdén,
confiando en que la astucia,
es una fuerza también.

XV

Respeta a la ancianidad,
que fuera gran cobardía
alardear de energía
frente a la debilidad.
Mas, no siendo a la maldad
los viejos tampoco extraños,
te evitarás muchos daños
si tratas con precaución
a viejos que sólo son
bribones con muchos años.

XVI

El hombre a ser Dios aspira,
e inquiere, averigua y mira,
con estéril ansiedad
dónde acaba la mentira
y comienza la verdad.
Mas como en vano procura
hallar cosa verdadera,
protegiendo la impostura
de una mentira cualquiera
hace una verdad segura.

Y si un poderoso ampara,
la falsedad e inflexible,
la impone a la turba ignara,
la mentira se declara
sagrada e indiscutible.
Y como fuera bobada
y terquedad arriesgada
oponerte a la corriente,
lo más cómodo y prudente,
será que no creas nada.
Y de este modo, jamás
verás en riesgo tu vida,
pues donde habites creerás
la impostura protegida
que te impongan los demás;
e, hipócrita y embustero,
declararás verdadero
el culto de Cristo en Roma.
en Londres el de Lutero,
y en Túnez el de Mahoma.

XVII

Acepta un favor, mas ten
el ojo siempre avizor,
que hay gentes que hacen el bien
para engañarnos mejor.

XVIII

Si en ser malicioso das
de seguro pensarás,
horrores de la Justicia,
que no hay luz que alumbre más
la razón, que la malicia.

Mientras calles con cuidado
las deducciones que has hecho
podrás vivir confiado;
pero si un día, alocado,
a alguno le abres tu pecho,
te tratará un juez prudente
de modo que no te guste,
y obrará perfectamente,
por descubrir un embuste.
que da pan a mucha gente.

XIX

Acostúmbrate a fingir,
con maña la probidad
y te verás aplaudir
por toda la sociedad,
que no acierta a distinguir
qué es virtud, qué habilidad.

XX

Ten por cierto y verdadero
que al amar la mujer es
un ambicioso usurero,
que no presta su dinero
sino por el interés.

XXI

¿Qué es el hombre? Un gusarapo
a su miseria sujeto;
pero, de orgullo repleto,
cree que el oropel o un trapo
le transforman por completo.

Dale una toga, y es juez,
un cetro, y es semidiós
rebosante de altivez,
ponle una mitra, y es Dios.
¡Qué orgullo y qué insensatez!

XXII

Ahora, pacientes lectores,
os daré para final,
un consejo sin el cual
nada son los anteriores.
Busca riquezas y honores
y toma la vida a guasa;
pero, hipócrita y sagaz,
dale a tu risa un disfraz
y jamás salga de casa
sin ponerte el antifaz.
Miente, engaña, intriga, inquieta,
fingiendo buenas acciones
y hurtando tus intenciones
a favor de la careta,
que esto el mundo lo agradece,
y olvida que yo al juzgarle
digo cuanto me parece
porque, harto de despreciarle,
comprendo que no merece,
ni el trabajo de engañarle.

¡VIVA ESPAÑA!

Los entusiasmos profundos y las indignaciones sinceras, no son nunca palabreros; en estas circunstancias un grito, una exclamación, una palabra villana,—la de Cambronne en Waterloo—suele ser más elocuente, que el más pulido discurso.

MARTIGNY.

Vosotros, los gozosos,
que libres de inquietudes y de anhelo
no conocéis más cielo,
que el cielo de la Patria; los dichosos
que despreciando los empeños vanos
disfrutáis los encantos deleitosos
de habitar entre hermanos;
los que sólo cogéis las bellas flores,
del rosal que aromó vuestros amores,
en el paterno hogar, que os prestó abrigo
amoroso al nacer y fué testigo
de todas vuestras dichas y dolores,
no podéis explicaros el tormento,
de este infernal sufrir, en que yo vivo,
viendo cómo hasta el viento,
huraño y agresivo,
parece repetir torpe y salvaje
gritos de desamor y el necio ultraje
con que a España se ofende. Al que, malvado,
vaya, Patria, a decir que aquí se admira,

tu gloria y tu pasado,
escúpele en la cara que es mentira.
Y ¿cómo te ha de amar, quien en conciencia
para ser inculpado y consecuente
al razonar su desamor se miente
la causa y la razón de su existencia?
Este pueblo insensato,
debe justificar el arrebato
que le alzó contra ti, y hoy, madre mía,
este retoño ingrato,
completa su primera felonía
y ofende complacido tu memoria
porque al negarte, afirma su civismo,
callando tu valer, funda su Historia,
y odiarte es su virtud de patriotismo.
Pero no temas, Patria, que este encono,
con que aquí se te ataca, los furores
de esta nación ingrata, como abono
que trueca su miseria en bellas flores,
convierte su bajeza
en inconscientes loores
y en cantos de tu imperio y tu grandeza.
Hasta cuando se ufana
este pueblo en negar que por ti existe,
y tu prosapia en renegar se afana,
te ultraja con la lengua soberana
que con tu sangre y tu esplendor le diste.

EL AMOR CARO

DESPEDIDA A UN AMIGO QUE VOLVIA A ESPAÑA

Loz.—Decíme, señor, esas p...., o cortesanas, como las llamais,¿son todas d'esta tierra?

Balij.—Señora, no; hay de todas naciones; hay españolas, castellanas, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas, portuguesas, navarras, catalanas y valencianas, aragonesas, mallorquinas, sardas, corsas, sicilianas, napolitanas, bruceas, pullesas, calabresas, romanescas, aquilanas, senesas, florentinas, pisanas, luquesas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas, ferranesas, modenesas, brecianas, mantuanas, raveñanas, urbinesas, paduanas, vicentinas, perusinas, noveresas, cremonesas, alexandrinas, vercelesas, vergamascas, trevijanas, piedemontesas, saboyanas, provenzanas, bretonas, gasconas, rancesas, borgoñonas, inglesas, flamencas, tudescas, esclavonas y albanesas, candiotas, bohemias, húngaras polacas, tramontanas y griegas...

DELICADO.—«*Lozana andaluza*».

¡Oh! venturoso tú, que de mí España
pronto verás el añorado cielo,
y mísero de mí, que sin consuelo,
lucho, sin fe y sin gloria, en tierra extraña.
No pudiendo vencer la suerte huraña,
que brutal me retiene en este suelo,
mi pensamiento alado tiende el vuelo
y en tu felice viaje te acompaña.
Nunca a nadie envidié, porque, orgulloso,
dí mi hacienda y mi dicha, por completas;
pero hoy te envidio a ti, que venturoso,
bien lejos de polacas proxenetas,
en mi país, galante y generoso,
vas a poder amar por tres pesetas.

CÓRDOBA

Esto en Córdoba hallé; quien más hallare,
pongáselo por cola a este soneto.

QUEVEDO.

Ahí va, a mi vez, lo visto y lo anotado,
en la vetusta Córdoba argentina:
a cada paso una mujer divina,
de aspecto penitente amonjilado;
en cada calle un templo frecuentado,
un cura *afilador*, en cada esquina,
a cada media *cuadra* una cantina,
en cada hogar un necio doctorado.
Dan las bellas a Córdoba alegría,
sus iglesias le dan fama de rancia,
los bares, *patoteros* y borrachos,
los doctores le dan pedantería,
pleitos, enredos, hambre y petulancia,
el clero embarazadas y muchachos.

TUCUMÁN

Si no tuviese *gauchos* pendencieros,
ni *gringos* codiciosos en bandadas,
ni *chinas* renegridas desgreñadas,
ni horteras y estudiantes *patoteros*.
Si no tuviese hambrientos y rateros,
ni calles polvorientas descuidadas,
ni afueras tenebrosas mal guardadas,
ni pobres, *lustra-botas*, ni hoteleros.
Si se enfriara el sol, que el suelo agosta,
si no hubiese mosquitos a millones,
si el agua que allí os dan fuera potable,
si no hubiese ni *chucho*, ni langosta,
ni víboras, ni sapos, ni ratones,
sería Tucumán casi habitable.

LOS PUEBLOS GRANDES

Una plaza central destartalada,
formando, mal que bien, casi un cuadrado,
del que se llama calle a cada lado,
sin casas ni vereda ni fachada.
Una iglesia, sin arte, inacabada,
un hotel, donde el robo no es pecado,
un cine gratuito abandonado,
y un café que es prostíbulo y posada.
En el suelo guijarros punzadores,
en el aire mosquitos zumbadores,
paz en las casas y en las calles calma,
en todas partes polvareda o lodo,
y en el ambiente, dominando todo,
un tedio enervador que angustia el alma.

LOS PUEBLOS CHICOS

Cuatro casas locas, de barro o madera,
puestas a lo largo de una carretera;
plazas en proyecto, calles en trazado,
en la que se deja pacer al ganado.
Ni una mala escuela, ni una sola fuente,
ni iglesia, ni perros, ni gatos, ni gente.
Sólo una oficina faltar no podía,
(ya queda nombrada la Comisaría);
que es indispensable, porque los vecinos
unos son ladrones y otros asesinos...
(Claro está, lectores, que hay sus excepciones:
unos que asesinan y que son ladrones,
y los infelices que están destinados,
a esperar su turno para ser robados).
¡Quién pintar pudiera la melancolía,
de estos que a ser pueblos llegarán un día!
En estos puebluchos nada está acabado,
todo está en veremos, todo proyectado.
Sólo es cierta y fija la negra pobreza,
que soportan todos con torpe vileza
creyendo que un día, que jamás se alcanza,
se verá cumplida su loca esperanza.
Y esperando siempre, el mañana ansiado,
vive el *chacarero*, triste y entrampado,
con el loco ensueño de hacerse patrono
de la tierra ingrata, que indomable y fuerte,
vive de la sangre del tenaz colono,
hasta que vencido, le lleva la muerte
a ser de su tierra miserable abono.

«CAFÉS» DE CAMPAÑA

Sala de recepción pobre y escasa,
en la que el sucio ajuar se ha limitado,
a un mostrador, diez sillas, un tablado,
y cuatro mesas chorreando grasa.
Visitantes y coimas en vil masa
esperan, con afán mal refrenado,
que toque un instrumento destemplado
el tango, que está allí como en su casa.
Mientras el tango canallesco dura,
reina como un asomo de locura;
mas nadie da en pecar, nadie se excita,
que aquel conjunto ruin de hembras procaces,
la casa y el ambiente, son capaces,
de aplacar la lujuria a un jesuíta.

TRES DIAS EN CHIVILCOY

No existe en la Argentina, seguramente,
ciudad tan insensata que a dar se atreva
una mujer hermosa, que osada intente
con la chivilcoyana ponerse a prueba.
Con las rosas de carne que Italia cría,
los ojos abrasantes de las cubanas,
y las gracias que alegran Andalucía,
se hacen las esculturas chivilcoyanas.
Dios, que todo lo cuida, sin duda quiso
demostrarnos, piadoso, su amor eterno,
dando con ellas dejo de Paraíso,
a este pueblo tedioso como un Infierno.
Y por hacer a todas dulces y bellas,
tanto extremó sus dones y sus cuidados,
que agotó sus tesoros para con ellas,
dejando a los varones desheredados.
Sólo explica un reparto tan caprichoso,
el reparar que El mismo que creó el día,
lleno de luz y encanto, dió el tenebroso
contraste de la noche, triste y sombría.
Sólo el Dios misterioso, que a las auroras
hace seguir las noches impenetrables,
sabe por qué a las flores encantadoras
las mancillan insectos abominables.
Los varones son tristes como un abismo,
la mujer toda audacia fina y coqueta,
tienen ellas las gracias del Paganismo
ellos estupideces de anacoreta.

Alzan ellas los ojos, luciendo soles,
ellos van rastreantes como gusanos,
ellas son desprendidas como españoles,
ellos son codiciosos como gitanos.
Mas, ¿cómo, siendo todas tan hechiceras,
pueden sus floraciones dar tales frutos?
¿Cómo y por qué unas Evas tan retrecheras
paren unos Adanes tan retebrutos?
Y, cambiando el problema, ¿cómo estos zotes
pueden con sus lujurias y en sus delirios
germinar otra esencia y echar los brotes
de estas incomparables mujeres-lirios?
Todo sombra y misterio, duda angustiosa...
¡Siempre para la ciencia será un arcano
por qué, cual flor con alas, la mariposa
vuela desde un capullo que hacen un gusano!

EL HOTELERO (1)

¡Qué de robos, que de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas y posadas! ¡Qué poco se teme a Dios ni a sus ministros y justicias! Pues para ellos no los hay, o es que van a la parte, y no es tal cosa de creer.

(GUZMAN DE ALFARACHE).



Si ha bien quien a los suyos se asemeja,
merecido es tu bien, porque, obstinado,
ni olvidas ni te lavas del pecado,
que da a tu raza nombradía añeja.
La que era hiena ayer es hoy vulpeja
(la Iglesia se ha hecho cauta y se ha amansado),
el Rey ya no es un diós, y hasta el soldado
prospera resguardando su pelleja.
Los proscriptos de antaño, son señores:
¿no ves al mercader y a los actores,
borrar su estirpe y condición bajuna?.
Sólo tú no has cambiado, tú, hotelero,
que fiel a tu ancestral, como el ventero
eres pillo y ladrón desde la cuna.

(1). Aunque este soneto fué escrito en Chivilcoy, no ha de entenderse exclusivamente dirigido al nieto de ventero que me explotó en aquella ciudad. En él se alude a todos los dueños de hoteles que me han robado, es decir, a cuantos hoteleros he conocido en mis frecuentes viajes por la Argentina.

MAR DEL PLATA

I

VERANO

Vergel encantador, ciudad sonrisa,
en que dan a la vez vida y consuelo
las luces y las galas de tu cielo
y del inmenso mar la grata brisa.
Desde que el Padre Sol tu cielo irisa,
para agotarse en ti, y tiende el velo
la Noche, que en ti es bella, no hay anhelo,
que tu no satisfagas bien y aprisa.
Tu Rambla, tus recreos, tus mujeres,
nos brindas en tres meses los placeres,
de una vida alocada y peregrina,
vida que gozas tú y en ti termina,
vida inventada para ti que eres
orgullo, gala y prez de la Argentina.

II

INVIERNO

Llega el invierno. Todo ha variado,
lo que era vida ayer, es agonía,
el tedio ha reemplazado a la alegría,
se vive del recuerdo del pasado.
Como bella que el cuerpo ha fatigado
con placer excesivo, huraña y fría
la ciudad se recoge; se diría
que purga penitente lo pecado.
Cesa el bullicio y el placer se aleja,
las bellas se recatan; no hay morada
con vida ni calor; angustiadora
se duerme la ciudad, que ahora semeja
agostado jardín, donde la helada,
ha extremado su saña destructora.



LA BASÍLICA DE LUJÁN

Parce que, jargonnant vêpres, jeûne et vigile,
Exploitant Dieu, qui rêve au fond du firmament,
Vous avez, au milieu du divin évangile,
Ouvert boutique effrontément...

V. Hugo.

Gracias al arte mercader de un cura,
servido por la fe de un pueblo idiota,
modelo de estulticia y de incultura,
se levanta una iglesia, en que se explota
una superstición y una impostura.

Cada piedra del templo lleva escrito
en negros caracteres (color grato,
al que tienen los fieles por Maldito),
el nombre de un donante, que insensato,
al gritar su piedad, la hace delito.

En torno de la iglesia se ha formado
un pueblo de voraces campesinos,
que descuidan la azada y el arado,
ansiosos de explotar los peregrinos
que visitan el templo renombrado.

Todos unidos por el mismo ensueño
y por igual codicia envilecidos,
trataron con afán y ciego empeño
de ayudar a los Padres, que atrevidos,
hacían realidad su astuto sueño.

No está el templo acabado todavía,
(¿qué cosa está acabada en esta tierra?)
y ya lo absorbe todo; astuta y fría,
la basílica al pueblo hace la guerra
convirtiendo lo santo en granjería.

Acobardado el vecindario advierte,
que es inútil empeño que compita,
con un rival, que es ambicioso y fuerte,
y, que igual que la hiena, necesita
asegurar su vida dando muerte.

Los frailes, (1) descocados buhoneros,
de baratijas, que por plata entregan,
explotan codiciosos y embusteros,
a los pazguatos que de lejos llegan,
en busca de fetiches milagreros.

Anima a estos falsarios un inmundo
deseo de medrar... ¡Oh! Si volviera,
de nuevo Cristo a redimir el mundo,
y a estos avaros en su templo viera
a azotes los echara furibundo.

Pero fuera peor, porque villanos,
los Padres simoniacos e impudentes,
fingiéndose contritos y cristianos,
a Cristo quitarían insolentes,
el látigo infamante de las manos.

Y mintiendo al azote santo aprecio,
con bellaca piedad, bien simulada,
lo trocarían para el pueblo necio
en singular reliquia, venerada,
para venderla por subido precio.

---

(1). La explotación de la Basílica ha pasado por distintas manos; en la actualidad milagrean en ella unos Padres, Hermanos, o lo que sean, Lazaristas.

NOCHEBUENA

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad,
dame la bota María,
que me quiero emborrachar.

La razón y los años, la experiencia,
hacen al mundo descreído; el rito
que la Iglesia explotó, muere proscrito
por fallo inapelable de la Ciencia.
Mas, perdida la fe, queda su esencia
y un afán de vivir, que es infinito.
Negamos a Jesús, pero su mito,
alegra unos instantes la existencia.
Sólo aquí, en la Argentina, aunque cristiana,
el nacimiento de Jesús no aroma
esta vida de lucro, torpe y vana,
porque en esta nación, donde es axioma
que el oro da la dicha soberana,
no puede un Dios nacer, ni como broma.

DESPEDIDA A 1913

Mi desgracia, que es terca, me ha arrojado,
tres veces a Junín, que generoso,
cada vez me ha ofrecido cuidadoso,
un duelo y un fastidio no esperado.
Con designios que ignoro, quiere el hado,
que dispone las cosas misterioso,
que aquí despida al año ignominioso,
que en el morir tan sólo, fué acertado.
¡Adiós año funesto, y bienvenido
sea tu sucesor, recién nacido,
del que esperó la vida! Con que acierte
a sacarme de aquí, ya hará mi suerte,
pues podré asegurar que he revivido
saliendo de un sepulcro y de la muerte.

A 1914

Año libertador, vuela ligero;
tráeme achaques y canas, si contigo
termina mi destierro, si consigo
que cese este penar en que aquí muero. (1)
Sácame de este pueblo carcelero,
devuélveme a mi hogar, ponme al abrigo
de esta ingrata nación, donde es castigo,
honrarse con el nombre de extranjero.
Liberta a este abatido expatriado
que, obrando a lo español, quiso alocado,
pagarle su tributo a la quimera,
que hizo a su pueblo, grande e infecundo,
gallardo flamear por todo el mundo,
la gloria de su raza aventurera. (2)

---

(1). Para quitar a los expatriados forzosos y a los delincuentes, para quienes el destierro es libertad, el derecho de pensar que todos somos unos, quiero decir que esta invocación a 1914 es un tropo, y quizás un ripio. Antes que el nuevo año llegue, yo sé que pronto he de volver a España, porque así lo tengo resuelto. Por mi voluntad salí y por mi voluntad regreso. No todos los que aquí luchan y gimen, pueden, sin mentir, hacer la misma declaración.

(2) Este soneto y la nota, fueron escritos el 31 de Diciembre de 1913. El 17 de Enero de 1914, embarcaba para Europa; mi tormento y mi esperar no fueron largos.

NACIONALES Y EXTRANJEROS

Ave, rima! e dammi un fiore
per l' amore,
e per l' odio una saetta.

CARDUCCI.

SALUDO A JACINTO BENAVENTE

Notre front n'atteint pas a ses pieds; mais c' est d' en bas qu' on apprécie les statues.

T. GAUTIER.

Yo, que no sé adular, ante ti, ciego
de resplandor y luz, caigo de hinojos,
y en el suelo los ojos,
como quien ruega a un dios, ante ti ruego.
Yo te debo, señor, más que la vida,
pues que la vida es mi sufrir, y al darte
su homenaje y su fe, mi alma, rendida,
gracias te da del bálsamo de Arte,
con que le alivias su dolor.
Mi pluma,
de la tuya envidiosa,
diera todo por ser pluma gloriosa,
capaz de hablar de tu grandeza suma.
Mi sangre yo te diera agradecido,
en pago de los mágicos instantes
de gozo inmaterial que he conocido,
viviendo en los brillantes
bellos rincones de tu edén florido.
Quisiera devolverte el alma mía,
el saboroso pan y el grato vino,
que tú me has dado, como Cristo un día
a los suyos brindó en la Eucaristía
el don precioso de su Ser divino.
Pretende mi locura la ilusoria
necia soberbia de escalar tu cima,
y en atildada rima
hacer un canto digno de tu gloria.
Si yo fuese poeta de tu altura,
este fervor que expreso con desmaña,
lo escribiera mi amor con galanura,
en una hermosa poesía extraña,

que entonaría al despuntar la aurora,
cuando Apolo a los pájaros inspira,
mirando al cielo y en la mar cantora,
y luego que adornado hubiese Flora,
el cordaje armonioso de mi lira.
Sí, quisiera inspirado hacerte un canto,
todo belleza y luz, y en verso hermoso
pregonar el encanto
de tu decir fecundo y armonioso,
la fuerza de tu noble pensamiento,
la gracia de tu ingenio poderoso
alado como el viento,
tu audacia incomparable, la energía
con que manejas fiero,
hábil, gentil, valiente, y caballero,
el florete sutil de tu ironía,
de rico puño y refulgente acero.
Fuera mi canto digno de tu nombre
si en verso varonil lo cincelara,
que hoy que la gallardía es virtud rara,
tú, al acusar resuelto, eres un hombre
que habla verdades y que da la cara.
Sería mi cantar noble y valiente
semejante a la prosa soberana
que de tu genio mana,
como agua cristalina de una fuente;
y por eso es tu prosa,
que la sed calma y a beber convida,
al sediento de vida y cosas bellas,
humanamente desigual y hermosa,
como son desiguales las estrellas,
como la sierra undosa,
como el amor de la mujer querida,
lo mismo que la mar embravecida,
y el cielo, que da amor y da centellas;
como el fulgor del sol, como la vida.
No tiene tu decir el artificio,

de lo falso y lo igual del virtuoso,
que hace con su penar torpe y mañoso
de su estéril vivir su mayor vicio.
  Tú lloras, tú padeces la tristura,
de tu dolido hermano;
hay en tu verbo dejos de amargura,
tu boca besa y amenaza y jura,
tú eres fuerza y pasión, tú eres humano.
  Tiene nervios y sangre tu lenguaje,
tiene tu pluma alma,
y da frescura, bienestar y calma
tu jardín de poeta, con follaje
de grata poesía,
tan verde y oloroso, tan florido,
que a las cantoras aves serviría,
para amparar su amor y hacer su nido.
  Tu pluma, como el Orbe rica y varia,
tiene gamas, matices y colores;
cuando quiere dar flores
junta con el clavel la pasionaria;
cuando el amor la inspira,
como doliente corazón suspira
u homérica da gritos de coraje;
que en tu mano la lira
se engrandece y aumenta su cordaje.
  Es tu pluma genial, lábaro santo,
que da esperanza y fe; jalón y guía,
flauta de oro, sistro de armonía
y plectro para el canto;
es a la vez antorcha guiadora,
primoroso cincel, duro venablo,
guadaña segadora
y pincel prodigioso del vocablo;
es palma del martirio para el bueno
y dedo acusador para el malvado,
espigadora hoz, reja de arado
y áspid astuta de mortal veneno.

Es, en la paz, un nardo que perfuma,
pero cuando tu mano,
quiere el mal fustigar, se hace tu pluma
clava, puñal, estoque toledano,
cetro amenazador y justiciero,
estilete punzante,
ariete destructor, daga de acero
cuerda de horca y látigo infamante.

. . . .

Más diría, señor, pero batalla
vanamente mi lengua,
y descubriendo su miseria, calla
triste al ver que no halla
canto que a tu esplendor no sea mengua.
Con los ojos clavados en el suelo,
porque mi devoción tu piedad vea,
yo imploro tu favor; desde tu cielo
baja, convierte en realidad mi anhelo,
y mi silencio de impotencia sea
mi canto inexpresado de armonía;
beso a tu mano señorial y fuerte;
aliento a tu energía;
temor a tu ironía,
florentino puñal que da la muerte;
asombro de tu fuerza creadora;
trino de ruiseñor para tu aurora;



flores a la belleza
de tu decir fecundo e inspirado;
elogio de tu nombre celebrado;
laurel inmarcesible a tu cabeza;
tributo a tu grandeza;
aplauso de tu triunfo bien ganado;
a tu estirpe homenaje;
estatua a tu memoria;
galardón merecido a tu victoria,
a tu realeza augusta vasallaje
e incienso y oración para tu gloria.

EL DR. J. V. GONZÁLEZ, FABULISTA

Méfions-nous de ces docteurs taciturnes proscrivant tout ce qui n'est pas aussi mausade qu'eux, voilant leur incapacite du manteau de la pédanterie, et voulant fair accroire que pour servir les hommes, il faut absolument les enauyer.

MARQUES DE PERAY.

Insaciable glotón, ¿toda la gloria
ha de ser para ti? ¿Ya no podremos
los míseros soñar con que nos dejes
de esa esperada gloria un par de dedos?
Eras ya Salomón por lo juicioso,
Catón por lo prudente y por lo honesto;
tenía en ti el Derecho un Papiniano,
eras, como Aristóteles, maestro;
eras, por el civismo, un nuevo Graco
por lo elocuente, el Cicerón porteño,
y, para serlo todo, hasta lograste
ministro ser, que es mucho en estos tiempos.
Eras ¡oh, gran doctor! para nosotros
de ciencia y de virtud límpido espejo,
y de día y de noche, a todas horas,
hablábamos con fe de tu talento,
(con fe, porque sin verlo lo acatamos...
la verdadera fe consiste en eso).
¿Y aun te parece poco y te propones
montarte en la nariz de Samaniego,
a Iriarte y La Fontaine, quitar la fama,

y borrarnos de Esopo hasta el recuerdo?
Insaciable tragón, modera un poco
tus ansias, que es la gloria un alimento
de muy difícil digestión, y puedes
morir de un reventón. Ni pensar quiero
en tu posible fin, que con tu muerte
el arte y el saber quedaran huérfanos.
Tus fábulas leí, porque mi orgullo
me lleva a hacer lo que ninguno ha hecho.
Ni una sola dejé y he lamentado,
que siendo tú quién eres, no hayas puesto
nada de tu saber, ni de tu gracia,
ni de tu habilidad ni de tu ingenio.
Si he de decir verdad, tus animales
no han sabido decirnos nada nuevo
y para ver al burro hablar en burro
y al cerdo discenir como los cerdos,
tu inútil mediación nadie se explica
¿Qué faltas hacías tú? ¡Ya estaban ellos!
Extrañado dirás: ¿No hay en mis fábulas
nada de algún valor? ¡Sí, no ha de haberlo!..
Ya sabes que no hay obra que no tenga,
por mal hecha que esté, su algo de mérito.
En fuerza de buscar con gran cuidado,
en tus prosaicas fábulas aprecio
dos cosas de un valor incomparable,
dos valores enormes, casi inmensos:
el heroico valor de publicarlas,
y el valor, sin igual, de haberlas hecho.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Te amamantaste en Zola y en su aliento
se nutrieron tus bríos soberanos
para pintar los huertos valencianos,
con verdad, con amor y con talento.
Triunfador en tu regio monumento
tocabas ya la gloria con las manos,
cuando atavimos ruines y villanos,
te hicieron mercader del pensamiento.
De tu palabra hiciste granjería,
vendiendo como propia mercancía
productos y rapiñas de mañero. (1)
Hoy eres chacarero, y del pasado
fervor a Zola, sólo has conservado
loco amor a *La Tierra* y *El Dinero*.

---

(1) Para preparar sus mediocres conferencias el Sr. Blasco Ibáñez, entró a saco en los tomos de la Biblioteca Michaud, de París, especialmente en los títulos «H. de Balzac» y «Víctor Hugo», de los que son autores Alfonso Seché y Julio Bertrant.

LA CANSERA DEL CANSAO

Semblancica
murcianica
que dedico
al vatico Medinica.
(Vicentico).

¿*Pá* qué *quies* que *güerva* a *escrebir* coplicas
mal *hablás* y *tratás* sin *concencia;*
pa ver que celebran en *groma* mis *furcios*
dos o tres babiecas
y mis paisanicos
q'hablan de mis libros, pero no los mercan...
pa que los poquicos
que *m' icen* poeta,
me den coba y *aluego* me tomen
el pelo en sus *peñas.*
C' haga otro versicos,
c' a mí no me *quea*
ni un *ico* ni un *ica*,
ni un *haiga*, ni un *güena*
ni un *juerza* ni un *drento*
aunque *d' ellos* hice *güenica* cosecha.
C' hagan tós coplicas, siguiendo mi ejemplo;
c' hagan... (¡qué indecencia!)
que yo a la Argentina no *truje* versicos
drento la *caeza.*
C' hagan tos coplicas
mientras yo *m' aplico hiciendo* mis cuentas,
faturicas, letricas y cartas,
cobrando chequicos, *hiciendo* el hortera.

Mi dao cuenta y no *quio* dejarme
tomar la melena
por los que, *gromistas*, *m' icen* que yo escribo
como Iturzaeta. (1)
y *aluego* les faltan riñones
pa mercar mis coplas por una peseta.
No me amuelen, de aquí no me muevo,
y al que *güerva* a *icirme c' haga* de poeta,
en criollo neto le diré en la cara
¡*Andáte* a la... *ecctra*!

---

(1) Es de aplaudir este rasguico de modestia. Medinica, ha comprendido que sólo refiriéndose a su caligrafía, se ha dicho que escribe bien; pero comprende que se exagera al compararle con el maravilloso calígrafo.

BALISARIO ROLDAN

Date obolum Belisari.

Avechucho extraordinario,
con mañas y condición
de cacatúa, canario,
cuco, gallo y gorrión.
Codicioso y poco amigo
de cantar por divertir,
se conduce a lo mendigo,
cantando para pedir.
A veces, para cambiar
este plan que se ha trazado,
no se resuelve a cantar
sino después que le han dado.
No ama la variación,
y cansador y pelmazo,
con idéntica canción
nos pega el mismo *pechazo*.
Sólo una vez su alma inquieta
le animó a dar un buen paso,
y anunció que era poeta
y que volaba al Parnaso.
Y le prestaron alientos
todos para que emprendiera
el viaje, porque contentos
pensaron: «¡Si no volviera!...»
Pero fué más grave el mal,
pues cuando plegó las alas
nos exigió un dineral



por unas coplas muy malas. (1)
Y es, que tragón insaciable,
sabe con destreza suma
hacer de la lira *sable*,
y hacer *sable* de la pluma.
Y si le fuerzan un día
a que calle, por decoro,
cobrando el callar, sabría
probar que el silencio es oro.
No hay, pues, sino soportar
esta mezcla singular
de cacatúa y canario,
y conformarse con dar
su limosna a Belisario.

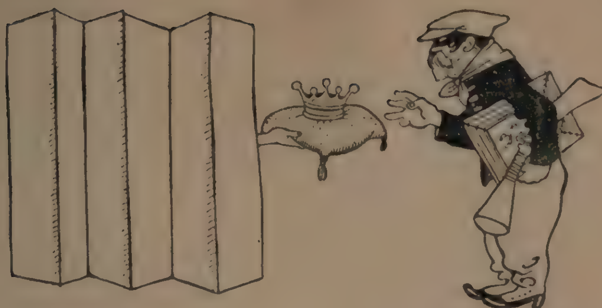
(1) Tuvo el osado atrevimiento de pedirnos cinco pesos por *La Senda Encantada*, detestable colección de sus ridículas poesías.

BIENVENIDA A SALVADOR RUEDA

No todo ha de ser hiel, ni todo cieno;
el alma, como el mundo, moriría,
si el Sol no derrochara, de amor lleno,
su luz; y de igual modo Poesía
da al alma en agonía,
antídoto y triaca a su veneno.
El pobre peregrino
que implora caridad, con sed y hambriento,
recibe el pan y el agua y cobra aliento,
para emprender de nuevo su camino
El débil que en la lucha se quebranta
y, ya caído, se defiende en vano
toma y besa la mano,
que piadosa del suelo le levanta.
El huérfano, sin madre que amorosa
sus afanes sostenga,
el que jamás amó ¡con qué hambre ansiosa
su boca besará, cuando una hermosa
a ofrecerle su amor y su fe venga!
Yo, que soy fatigado caminante,
yo, que en la lucha sucumbí vencido,
yo, que no tengo ya mujer que amante
a mí se entregue con amor sentido,
cuando me acosa mi dolor tirano,
cuando el vivir me hastía,
encuentro en tu sublime poesía,
pan, agua, ayuda, corazón y mano,
amante, madre, besos y alegría.
Yo sé de tus dolores,

y sé de tus augustias por tus cantos,
en los que sabes convertir en flores,
las lágrimas amargas de tus llantos.
Viéndote despreciar, sublime y diestro
los terribles embates que has sufrido,
admirado y rendido,
te proclamé mi guía y mi maestro
y traté de seguirte. No he sabido
imitar tus decires admirables,
ni copiar de tus rosas la fragancia,
pero he aprendido en ti los indomables
arranques de tu homérica arrogancia.
Te he visto que orgulloso en tu Pegaso
despreciabas los dardos de la insidia,
y te he visto arrollar la torpe envidia,
que pretendía detener tu paso.
Te he visto responder, sin amargura
a los locos de celos
que no acertando ni a medir tu altura,
intentaban con cómica locura,
lanzar su baba a tus azules cielos.
He visto a los villanos
tratar de hacer gigante lo pequeño,
y he visto a los Daríos y Chocanos,
alzarse de puntillas con empeño
para igualarse a ti ¡Pobres enanos!
Más miserias he visto,
pues vi que hasta la plebe embrutecida
te negaba, maestro, como al Cristo
negaba la canalla a quién dió vida.
Deja a los necios, deja a los villanos,
que te ataquen y muerdan como brutos,
eso prueba tus bríos soberanos;
yo sé que los gusanos
gustan morder los sazonados frutos.
Mientras ellos te atacan, tu glorioso
sigue tu curso señalando un rastro,

en tu elevado cielo esplendoroso,
donde arrogante avanzas como un astro.
  Y pródigo de luz y de colores,
a los que en ti creemos, da consuelo,
vertiendo generoso de tu cielo
tus cantos armoniosos y tus flores.
  De tu canto exquisito,
inspirado y brillante,
nosotros tomaremos lo bastante
a calmar nuestra sed de lo infinito.
  Y cuando estemos todos bien saciados
del Arte augusto que en tu lira obras,
con las preciosas sobras,
y los restos sagrados
de tus versos, fecundos como ríos,
remedia los afanes no logrados,
de todos los Chocanos y Daríos,
que por ti serán vates e inspirados.
  Remedia generoso su locura,
y cuando con tus sobras vates sean,
permíteles llegar hasta tu altura,
y consiente piadoso que te vean.
  Mas primero, rebaja tu luz clara,
que no estando a tu gloria acostumbrados,
es posible que al verte cara a cara,
tu fuego les cegara
y al suelo se viniesen deslumbrados.



JOSÉ ARTAL, CONDE DE NUEVO CUÑO

Era mí memoria tan feliz, que venciendo mi mala inclinación, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar; lo que me basta a seguir diferente rumbo y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar, a fe de pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

(ESTEBANILLO GONZALEZ).

Coronado ya estabas (las mujeres
saben hacer justicia a su marido),
pero también tu Rey, magno ha querido
ennoblecer tus ansias mercaderes.
Ya puedes hombrearte con los buenos,
que nada te dirán de tu vileza,
pues gracias al favor, tienes nobleza
aunque sólo oficial... del mal, el menos.

Debes ahora ennoblecer tus obras,
y al título logrado, así responde;
no eres aún un verdadero conde,
porque, en vez de pagar, usura cobras. (1)

---

(1) Cuando escribí esta semblanza, el conde de Artal, era poderoso y rico. Algunos amigos, que leyeron mis acusaciones, las juzgaron agresivas e injustas. La hipocrecía y el temor, hablando en ellos, me aconsejaron que no diera publicidad a mis justicias.

El Conde de Artal, es ahora pobre, sus artes se han descubierto y su historia anda ya en todas las bocas.

El insensato afán de agio, que le agitó siempre, y una ridícula manía de grandezas, que se entró en su espíritu al ver su pequeñez ennoblecida, le han arruinado con estrépito.

Los mismos amigos, que por temor me aconsejaron antes el silencio, me han pedido después, en nombre de una piedad injusta, que suprima de mi libro esta semblanza.

Yo he desoído estos consejos.

El Conde de Artal no es para mí un banquero quebrado, sino un hombre representativo.

Como él hay muchos en la Argentina. Conviene aludirlos a todos, estudiando a unos de ellos.

Por eso desoigo las voces del estúpido sentimentalismo, creyendo bueno probar, hoy que el azar se ha puesto de mi parte y de la parte de la verdad, que las acusaciones que escribo no las dictaron ni la maledicencia ni el odio.

PABLO GROUSSAC

Somos tan presuntuosos que quisiéramos ser conocidos de todo el mundo y hasta de las gentes que vendrán cuando nosotros ya no seremos. Somos tan vanos que la estimación de cinco o seis personas que nos rodean, nos divierte, y nos satisface.

PASCAL.—«*Vanidad del hombre*».

Bípedo-biblioteca, centón vivo,
compendio, bibliorato, antología,
prontuario, colección, crestomatía,
enciclopedia, florilegio, archivo.
Bibliólatra polilla, que cautivo,
vives entre papel; ratón que ansía
roer y destrozar sabiduría,
que por tuya nos das poco aprensivo.
Diógenes de trampa a la moderna,
has tomado el fusil por la linterna
y encomendando el porvenir a Caco,
cínico vas, para ilustrar tu nombre,
buscando con afán a cualquier hombre
que escriba un libro, para entrarle a saco.

DAVID PEÑA

Es una terrible ventaja no haber hecho nada propio; pero es preciso no abusar.

RIVAROL.

Pacienzudo y mañoso has encontrado
un modo de medrar barato y bueno,
vendiendo el fruto del cercado ajeno,
que tomas cuando está bien sazonado.
No hay libro que no tengas saqueado,
y en fuerza de copiar con desenfreno,
el seso tienes, sin fatiga, lleno
de ciencia que por tuya has acotado.
Altruista sin igual, en tu cabeza
mesa y cama le brindas con largueza,
a todo *peregrino* pensamiento,
y tanto has abusado, que si un día
tuvieses tú una idea, no podría
hallar en tu sesera alojamiento.

EL JUEZ LLAVALLOL

Mariquita, Marica,
dile a tu madre
que te meta en un cofre
te eche la llave.

Su fama no es de camama,
como otras que lucen más;
a éste le viene (la fama)
muy de atrás.
Aunque duro se le encuentra,
yo sé que es benigno y flojo
con cualquiera, si le entra
por el ojo.



JUAN ANTONIO CAVESTANY

Creyendo a una fantástica conseja,
llega, como caído de la luna,
con el osado afán de hacer fortuna
con su lira unicorde, torpe y vieja.
Llega y se apura a recitar *La Reja*,
publica una revista lacayuna,
nos repite *La Reja*, nos da una
colección de *sablazos* y se aleja.
Con sus bombos, su *Reja*, y su desmaña
hartos motivos dió a que de España
dijeran sus constantes enemigos
que es un pueblo agotado de logreros,
de hidalgos de oropel, de aventureros,
lacayos, *pechadores* y mendigos.

COLOMBINA

Lector de intención dañina,
si quieres que *Colombina*
te suelte una interjección
poco fina,
hazle cualquier alusión
a su viaje a la Argentina.
Este nombre, que no ha mucho
era almíbar en su boca,
hoy le amarga y le provoca,
oyéndolo, un arrechucho
que la pone como loca.
La causa, pulcro lector,
yo la sé;
pero no la escribiré,
por respeto a tu pudor.
Que tu ingenio vivaracho
piense lo que yo no digo,
imaginando un enredo
con lances a lo Boccaccio,
atrevimientos de Trigo,
y agudezas de Quevedo.
Y sabrás por qué razón,
Colombina,
dispara una interjección
poco fina,
si se le hace una alusión
a su viaje a la Argentina.

PERIODISTAS
Y PERIÓDICOS

La presse est une bouehe forcée d' être tonjours ouverte et de parler toujours. De là vient qu'elle dit mille fois plus qu' elle n'a á dire, et qu' elle divaque souvent et extravague.

A. DE VIGNY.

PROLOGUILLO

«...Llamábase aquella (que no niega su nombre, ni sus hechos) la sabia y discreta Artemia, muy nombrada en todos siglos por sus muchas y raras maravillas. Si bien se hablaba de ella con grande variedad, porque aunque los entendidos sentían de sus acciones, como quien ellos son y ella merece; pero lo común era decir ser una valiente Maga, una gran hechicera, aunque más admirable que espantosa, muy diferente de la otra Circe, pues no convertía los hombres en bestias, sino al contrario, las fieras en hombres; no encantaba las personas, antes las desencataba. De los brutos hacía hombres de razón, y había quien aseguraba haber visto entrar en su casa un estólido jumento y dentro de cuatro días salir hecho persona. De un topo hacer un lince, era fácil para ella; convertía los cuervos en cándidas palomas, que era ya más dificultoso, así como parecer leones las mismas liebres y águilas los tagarotes; de un buho hacía un jilguero; entregábanle un caballo, y cuando de sus manos salía no le faltaba si no hablar, y aun dicen, que realmente enseñaba a hablar, a las bestias; pero mucho mejor a callar, que no era poco recabarlo de ellas. Daba vista a las estatuas y alma a las pinturas; hacía de todo género de figuras y figurillas, personas de

sustancia. Y lo que más admiraba, de los titibilicios, cascabeles y esquiroles hacía hombres de asiento, y muy de propósito, y a los chisgarabises infundía gravedad; de una personilla hacía un gigante y convertía las monerías en madureces.

De un hombre de burlas, formaba un Catón Severo; hacía medrar un enano en pocos días, que llegaba a ser un Tifeo. Los mismos títeres convertía en hombres sustanciales y de fondo, que no hiciera más la misma prudencia. Los ciegos del todo, transformaba en Argos, y hacía que los interesados, no fueren los postreros en saber las cosas. Los dominguillos de borra, los hombrecillos de paja, convertía en hombres de veras; a las víboras ponzoñosas, no sólo les quitaba todo el veneno, que hacía triaca muy saludable de ellas. En las personas ejercitaba su saber y su poder con más admiración cuanto era mayor la dificultad, porque a los más incapaces infundía saber, que casi no ha dejado bobos en el Mundo, y sí algunos maliciosos... (1).

Quédese este Prologuillo en el vaticinio autorizado que el profundo Gracián nos hizo de nuestra embelecadora Prensa, al ponderar largamente los artificios e industrias de la poderosa Artemia.

Nada sabría agregar sin desazonar la cita, y sin quitarle parecido y color al perfecto e involuntario retrato de la Maga maravillosa de nuestros días, que con despotismo reina y con falsedad y con poder embauca, trueca, encumbra, transforma, engaña y miente.

(1) GRACIAN.—*El Criticón.* Primera parte. Crisi. VIII.

LA NACION

Las generosas águilas siempre engendrán águilas generosas; mas los hombres famosos no siempre engendran hijos grandes.

GRACIAN.

Mitre te dió, al nacer, del noble pecho,
sangre, nervio, calor, vida sobrante,
y contigo luchó siempre arrogante,
buscando sólo el general provecho.
El derecho de herencia, vil derecho,
que honores da al pigmeo del gigante,
de lo que fué al nacer faro brillante,
luz de petróleo familiar te ha hecho.
Con el Mitre inmortal gloriosa fuiste,
y hoy te condena a una existencia triste.
un Mitre chiquitín, que no ha podido
ni llegar a hombre él ni alzar tu vuelo,
porque le aplana y le sujeta al suelo,
el peso abrumador de su apellido.

LA PRENSA

La popularidad se forma de dos baje-
zas: la del que la tiene y la del que la hace.

BARBEY D' AUREVILLY.

¿El sacerdocio de la Prensa? ¡Cuento,
que puede alucinar a algún beocio!
Que te vean a ti, que sólo atento
a buscar tu negocio,
tienes de sacerdocio
lo que Paz (Ezequiel) de entendimiento.
Independiente, osado te proclamas,
culto y veraz te llamas,
y bobos te lo creen y te mantienen
los cocheros, los pinches, las mucamas,
que necios se entretienen
leyendo tus inflados telegramas.
No te censuro, no, que ruin hortera
te sientas, que el ambiente es negociante,
y Mercurio domina de manera,
que la misma Honradez que aquí viniera,
se haría, codiciosa, comerciante.
Mas te reprendo, sí, que haciendo ofensa
a la Prensa que es luz, brújula y guía,
del nombre de *La Prensa*,
hagas tú callejera granjería.
Tus páginas inmensas me parecen
vulgares meretrices que se ofrecen,
a todo el que las compra a bajo precio;
con el mismo impudor alcahueteas,

lo que el granuja trama o hace el necio:
las empresas más feas,
el tendero quebrado, la adivina,
el que busca una coima, el que maquina
un nuevo *cuento*, el inventor de pega,
el usurero de intención dañina,
cualquiera, en fin, que a tu oficina llega,
a cambio de la plata que te entrega,
en ti se anuncia, como en una esquina.
¿Qué es la costumbre? Sí, por de contado;
pero tú la costumbre has extremado
con tal tenacidad y tanto esmero,
que el nombre de *La Prensa*, has deshonrado.
con mañas de villano pregonero.



EL DIARIO ESPAÑOL

Continuación de EL CORREO ESPAÑOL, fundado el [illegible] de Julio de 1872, por D. [illegible]

DECLARADO POR EL PRIMER CONGRESO DE CONFEDERACION (3 DE MAYO DE 1913) ORGANO DE LA COLECTIVIDAD ESPAÑOLA RADICADA EN LA ARGENTINA

AÑO XLII — Núm. [illegible] (PORTE PAGO) Buenos Aires, [illegible] de Enero de [illegible] L. COMARA [illegible]

Y a des gens qui se dis'nt Espagnols
y qui n'sont pas du tout Espagnols,
pour nous, nous somm's de vrais Espagnols
y ça nos distingue des faux Espagnols.

MEILHAC y HALEVY.-*Los bandidos.* Act. II, esc. IX.

Este papel se presenta,
manteniendo una patraña,
que es mentira y es afrenta,
diciendo que representa
en Buenos Aires a España.
Sólo por haber escrito,
ultraje tan inaudito,
debiera ser procesado,
pues creo que está el delito
de lesa patria probado.

LA ARGENTINA

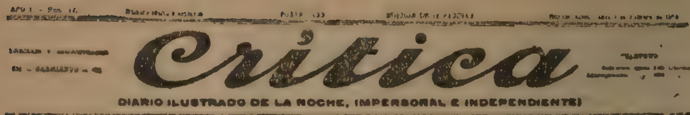
DIARIO DE LA MAÑANA, MODERNO, INDEPENDIENTE É IMPERSONAL, DE MAYOR CIRCULACIÓN EN LA AMÉRICA DEL SUR

EN TODA LA REPUBLICA

Une époque qui a les journeaux a un sou, se fait une langue d'un sou pour y ecrire.

BARBEY.

Un manco, que no escribe, la dirige,
un viejo, que chochea, le secunda,
y entre los dos la *funden*... Se colige,
que es justo y necesario que se *funda*.


Crítica

DIARIO ILUSTRADO DE LA NOCHE, IMPERSONAL E INDEPENDIENTE

Los periódicos, que debían ser los educadores del pueblo, son los cortesanos, y a veces las cortesanas.

Todo lo ignora, mas de todo charla;
queriendo solamente,
buscar a la canalla y explotarla.
todo lo trata canallescamente.
Hace así su carrera,
embaucando mañosa a esta canalla,
que ignora que la prensa vocinglera
con lo que dice a gritos nó prospera
y la enriquece lo que astuta calla.

EDICIÓN DE 16 PÁGINAS

ULTIMA HORA

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA NOCHE

El periodísmo es el más vil de los oficios, cuando no es el más honroso.

J. CLARETIE.

Por la alcahueta, que es Rosckoff, parida,
estabas al nacer ya deshonrada,
luego tu madre te vendió, y comprada,
cambiaste de rufián, mas no de vida.
Eres *hoja* feroz y envilecida,
de daga compadrona envenenada
de navaja de apache hoja malvada,
hoja de *sable*, con razón temida.
Juez de cohecho, tus favores goza
el necio que los paga; eres coroza
para el que en poco tasa tu injusticia;
eres vil meretriz, la noche esperas,
para salir con las demás rameras
a vender por las calles tu impudicia.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO.—LA PUBLICACION DE MAYOR TIRADA EN AMERICA DEL SUD

Año IV. Num. 160 — Buenos Aires, Miércoles 28 de Enero de 1914 — 10 ctvs. en toda la República

Don Constancio Vigil, ha conseguido,
poniendo en ello habilidad supina,
hacer un semanario sin sentido
que pueda ser comprado y entendido
por cuantos tontos hay en la Argentina.

Como los tontos forman ya legiones,
«Mundo Argentino», tirará muy pronto
cuatro o cinco millones,
para que toquen a ejemplar por tonto.

Numero suelto 5 centavos

DIARIO DE LA TARDE

TRIBUNA

¡Oh ultraje!, ¡oh mengua! todo se trafica;
parentesco, amistad, favor, influjo,
y hasta el honor, depósito sagrado
o se vende o se compra.

JOVELLANOS.

Adulando al que manda,
sea amarillo, negro o colorado,
está siempre de tanda,
y a cambio de un misérrimo estipendio,
malvive este papel, casi ignorado,
sin gloria, con pobreza y vilipendio.

«LA MAÑANA»

Yo te juro lector, que no es *macana*
que existe en Buenos Aires «La Mañana».
Como nadie la lee, alguien podía
decir que es cuento o chirigota mía.
Pero vuelvo a jurar que no es *macana*
que existe en Buenos Aires «La Mañana».

EL BURRO MUERTO

A PROPOSITO DE LA MUERTE DEL PERIODISTA Y COPLERO E. C.

Il est des morts qu'il faut qu'on tue!
DESNOYERS.

I

Es Juan un hacendado bruto y rico,
que tiene, entre otras cosas, un borrico,
cuyo retrato espero
que verán sin asombro y sin enfado,
porque el burro de Juan no es el primero
que sale en este libro retratado.
La cualidad saliente
del borrico que historio es ser paciente,
pues recibiendo sólo tratos malos,
después de trabajar continuamente,
soporta las fatigas y los palos
y sufre tan callado su destino
y su penar sin nombre
que casi me parece este pollino
tan vil y tan cobarde como el hombre.
Su vivir, poco intenso,
está exento de angustias y dolores
y ajeno a la armonía y los colores,

cuando entra en un jardín sólo ve pienso
en las hojas, los brotes y las flores.
Creyéndose al trabajo condenado,
se entrega resignado
a su dura labor, y ni un momento
se indigna al ver que la riqueza labra
del amo, que mal paga su tormento,
y en fin, para abreviar, que es un jumento
en toda la extensión de la palabra

II

Se desconoce el mal; pero es lo cierto
que harto el pollino de su vida ingrata,
tuvo un buen gesto y estiró la pata.
Y al verse un día Juan con su asno muerto,
pensando sólo en que valía *plata*,
en lágrimas deshecho,
gemía el insensato
no haber dado al borrico mejor trato,
para sacarle así mayor provecho.
Fué tan grande su duelo y su tristeza,
tan honda su amargura,
que perdió el desdichado la cabeza,
tocado de una cómica locura.
A cuantos conocidos encontraba
Juan, les hablaba del borrico, y daba
tristeza y compasión el verle ufano
sostener convencido,
que el asno *fallecido*
era un caballo de Babieca hermano.
Y si uno al loco Juan contradecía,
gritaba, con la vista echando fuego:
«Cuando el burro vivía,
era sólo borrico, no lo niego;
pero ahora que está muerto, yo le obligo

a que afirme conmigo.
que era un caballo de soberbia traza,
de gran presencia y escogida raza».
Y, como ya es sabido,
que suele enloquecer quien trata a un loco,
todos fueron creyendo poco a poco
que era caballo el burro fallecido.

—

Este poema tiene moraleja,
que se debe aplicar la gente añeja,
que como el Juan del cuento,
cuando muere un jumento,
se olvida de la historia que atrás deja,
y afectando respetos embusteros,
los mismos que al borrico apalearon,
de pronto nos convierten, sensibleros,
en ídolo al que vivo maltrataron,
Obrando de esta suerte,
por miedo, por maldad, por inconsciencia,
o por otra razón, ninguno advierte
que todo ha de morir, y que es la muerte
sólo el fin natural de la existencia.
Por más que pensativo,
me devano los sesos, yo no acierto
a encontrar ni un asomo de motivo
de por qué despreciando a un burro vivo,
debemos respetar a un burro muerto.

JULIO CASTELLANOS

DE

CARAS Y CARETAS

El perro muerde, el toro cornea, la mula da coces, la abeja pica. Os libráis, alejándoos, de los dientes del perro, de los cuernos del toro, de la pata de la mula y del aguijón de la abeja. Pero ¿de qué modo os defenderéis de un animal, como el hombre, que pica, da coces, muerde y cornea?

ALFONSO KARR.



Dicen que eres cobarde; lo eras antes
que Himeneo te hubiese convertido
en toro que cornea embravecido,
teniendo al embestir fieros desplantes.
Te proclaman su rey los ignorantes
y mienten, porque estás, por un descuido,
en puesto donde puedes engreído
lucirte y hombrear con los pedantes.
A «Caras y Caretas», le es factible
ya todo, pues que pudo el imposible
de dar a este zoquete sueldo y nombre;
esta revista a Dios queda igualada,
que si Dios hizo un hombre de la nada,
ella de Castellanos hizo un hombre.

JUAN MÁS Y PÍ

DE «EL DIARIO ESPAÑOL»

> PETIM. — *Señor Alcalde, es preciso ponerle al crítico un freno.*
> ALCAL.— ¡*Disparate! Eso sería*
> *hacer del castigo un premio,*
> *porque el freno sienta mal*
> *en la boca del jumento.*
>
> FRANCISCO M. NIFO.

Por su ignorancia supina
y su condición dañina,
tuvo que pasar el charco,
y aquí, se metió a Aristarco,
¡Oh, poder de la Argentina!
Por no verle desbarrar,
se le debiera imponer,
como sentencia, callar
siempre que vaya a juzgar
lo que no puede entender.
Mas aunque es bien merecida
esta acertada medida,
hay, por piedad, que indultarle,
porque fuera condenarle
a que no hablase en su vida

DR. MALAGARRIGA

DE «EL DIARIO ESPAÑOL»

Con refinada malicia,
estudió para abogado,
y de esta suerte ha logrado
ayudar a la justicia
quien debió ser justiciado.
Este tramposo ejemplar
será inmortal, pues astuto,
su vida sabe alargar,
tan sólo por no pagar
ni a la muerte su tributo.



ADOLFO ROSCKOFF

DE «EL DIARIO»

Chacun a sa conscience... On a l'honnêteté qui résulte de la lumière qu'on a.

ROYER-COLLARD.

Es malo, mas no farsante,
pues osado y arrogante,
trabaja *pro domo sua*,
laburando con ganzúa
de periodista-*scrushante*.

JAVIER SANTERO

DE «EL DIARIO ESPAÑOL»

¡Oh, galeno ejemplar! ¿cómo pudiera
poner tu nombre aquí, sin elogiarle?
Como escritor no puedo
celebrar tu cultura ni tu arte;
tus críticas olvido;
de tus pobres engendros teatrales,
me callo que los plagias...
¿Qué más pruebas de amor pudiera darte?
¡Todo se lo merece este galeno,
mirlo blanco en su clase,
que pócimas no da, pues no receta,
y que la ciencia de matar no sabe.
No mata a los enfermos, por que, listos,
no dan en la locura de llamarle;
tampoco mata al tiempo, que a él le vence;
no ha conseguido aquí matar el hambre,
y, en fin, por no matar, aun no ha matado
el recuerdo penable...
penoso..., o como sea, de un suceso
que le hizo a España abandonar a escape.
Como excepción, se dice
que *mata* a los amigos con el *sable;*
pero los mata sólo
en quince o veinte pesos miserables.
¿Dónde habrá otro galeno
que más cosas ignore y menos mate?

PARA SER GENIO

Dos caminos le brindo a tu talento;
mas antes de elegir, anda con tiento.
Es el primero el bueno, el que han seguido
«los pocos genios que en el mundo han sido»,
y aunque es el más seguro y el honroso,
y es el recto también, ve con cuidado
y no lo elijas como el más hermoso
sin primero tu brío haber probado,
que aunque parece corto, es trabajoso
y está de espinas y de mal sembrado.
El segundo camino, que en conciencia
no es camino real, sino un atajo,
lo sigue sin vergüenza y sin trabajo
el que es genio tan sólo en apariencia.
Si es el que tú prefieres, oye atento
lo que tienes que hacer:
Finge talento,
hablando sin empacho y de contino
de todo lo que ignoras; tu osadía
ha de tratar lo humano y lo divino
con igual desenfado y valentía.
Descuidate el afeite y el vestido,
para asombrar al vulgo, persuadido
de que no hay genio sin melena y grasa...
Recuerda a Vedia, (1) que por sabio pasa,
y el día que se lave está perdido.
Sea tu lengua un hacha cortadora
tu intención un puñal bien afilado,

(1) Joaquín.

y esgrímelo con saña destructora,
sin dejar fama en pie ni nombre honrado.
Y así, cuando envidioso y agresivo,
logres probar que todos son pedantes
o necios, o plagiarios o ignorantes,
tú pasarás por genio... relativo.
Y si aun este trabajo quieres darte,
un recurso te queda, y éste sólo
un nombre de oropel puede lograrte:
entrégale diez pesos a Queirolo,
y deja a su cuidado proclamarte,
discípulo genial del mismo Apolo.

J. AGUADO

DE



AGUADO: *'Aplícase a la persona decaída, con pocas fuerzas, y también al hombre torpe, desmañado y soso.*

(«*Enciclopedia Espasa, tomo II, página* 538, *columna* 1.ª, *líneas* 17 *y* 18.

¡*Aquí no se inventa nada*!

Bien véis que a este desgraciado
pintarle no es menester,
pues quedó biografiado
sólo con haberle dado
el apellido al nacer.
¡¡¡Só Aguado!!!

EDUARDO LÓPEZ BAGO

Aquí yace López Bago
¿Aquí? Pues aquí me c...
(*Epitafio atribuído a Marcos Zapata*).

¿Cómo, por fin murió? Más le valiera;
si no sobreviviera.
a su pasado de aparente brillo,
compasiva la gente no dijera:
¿Eduardo López Bago?... ¡Pobrecillo!
Nació en tierra española,
a la que sólo dió seis cochinadas,
que él llamaba novelas adaptadas
al género que, bien, sólo hizo Zola.
A Méjico, se fué buscando *perras;*
pero salió por pies, de aquellas tierras,
y vino a la Argentina,
decidido a morder... Es disculpable,
que era joven, fogoso, impresionable...
y arribaba trayendo hambre canina.
Tuvo su hora feliz, cuando sediento
de plata y de renombre, violento,
con sátira acerada,
todo lo combatió sin temer nada.
No demostró cultura ni talento,
pero esgrimió su pluma envenenada,
y más de un miserable,
a sus pies cayó herido,
de un plumazo feroz, bien dirigido
o por el filo de su corvo *sable*.

¿Le inspiró el egoísmo?
Probablemente sí; pero es lo mismo,
si el vicio combatió terrible y fuerte:
si un cerdo a una culebra da la muerte,
celebramos el hecho
de ver morir al animal dañino,
sin mirar, si al comérselo, el cochino
consigue de la muerte algún provecho.
De pronto enmudeció, y, ya olvidado
estaba el pobre López, cuando un día
apareció con plata,
afónico, elegante, avejentado...
El fiero luchador se enriquecía
con una casa de pensión barata.
Su historia aquí dió fin, pues aunque vive
y sin descanso y con afán escribe,
con sal senil que compasión produce,
es otro López ya, manso y con juicio,
que en cuanto dice luce
la habilidad del patronil oficio.
Cuando mi suerte ingrata
me depara un *refrito*,
cualquier *desaguisado* o *una lata*
de las que López da, salto el escrito,
y, haciendo mía la intención, repito
el epitafio que escribió Zapata.

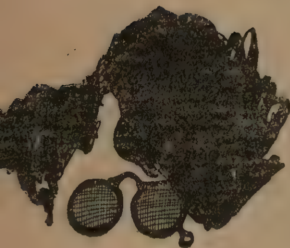
J. J. SOYZA REILLY

DE

FRAY MOCHO

HABLA EL

Yo soy el rayo que indomable y fiero
el aire rasga y desmorona el muro,
yo soy el oro inimitable y puro;
el cóndor soy, terrible y altanero.
Tiene mi alma el temple del acero,
y soy como el diamante, limpio y duro;
soy altivo, soy noble, soy impuro,
mezcla de emperador y bandolero.



HABLO YO

Quitad a este soberbio sin cultura,
sus arrestos de cómica bravura,
y os quedará tan sólo un pobre lila,
que en vano se tortura la cabeza
para imitar en algo la fiereza
con que labra su gloria Vargas Vila. (1)

---

(1) Admiro en Vargas Vila, la novedad, la fuerza y la valentía de su prosa culta y bella. Condeno en él su pueril y vano empeño de complicar la ortografía y el léxico. Amo su pensamiento; odio su forma.

No le creo grande por sus extravíos, sino que le considero genial, a pesar de sus reformadoras extravagancias.

A UNA CRONISTA

Elle dira, lisant ces vers tout rempli d'elle
Quelle est donc cette femme?—Et ne comprendra pas.

D'ANVERS.

El feminismo lucha denodado,
y a su cargo han tomado
hembras analfabetas,
de buenas nalgas y cerebro duro,
probarnos que eran necias cuchufletas
cuanto dieron los sabios por seguro.
El movimiento se demuestra andando,
un filósofo dijo, y aceptada
quedó esta afirmación, hasta que echando
las piernas por el aire, esta alocada
nos viene comprobando
que ella demuestra el movimiento echada.

INMUNDO CALCAGNO (1)

DE «LA RAZON»

Si par hasard, la nuit, dans les carrefours mornes.
fouillant du croc l'ordure oú dort plus d'un secret,
un chiffonnier trouvait cette âme au coin des bornes,
il la dédaignerait!

V. HUGO.—*Les Châtiments*».

Me dice un amigo:
—Descubre a Calcagno,
—¿Calcagno dijiste?
¡¡¡Lagarto, lagarto!!!
—Dí que es presumido,
dí que es tonto y sandio
dí, haciendo justicia,
que es bajuno y malo.
Dí que es peligroso,
su molesto trato,
dí que fué anarquista,
y hoy es renegado,
y añade que ha hecho
tan completo cambio,
que ayer era rojo,
y ahora es *archiblanco*

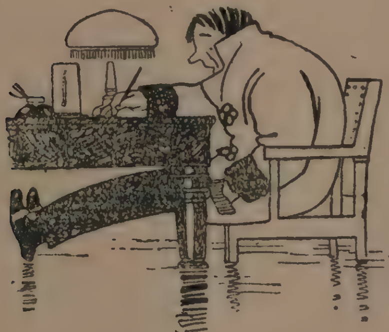
(1) Sigo ignorando su verdadero nombre; en la duda, acepto la versión más verosímil.

Dí... Pero, más breve,
toma un diccionario,
busca cuidadoso
todos los vocablos,
que la gente honrada
toma como agravios,
únelos sin arte,
y escribe debajo:
esta es la semblanza,
y este es el retrato
que una mano amiga
trazó de Calcagno.
—¿Calcagno, repites?
¡¡¡Lagarto, lagarto!!!
¡Cómo me recuerdes
su nombre, te mato.
Yo por no escribirlo,
su semblanza callo,
—¡Qué! ¿le tienes miedo?
Ya dije que es *blanco*.
—Ya sé que es cobarde,
pero de él no hablo;
hay animaluchos,
por ejemplo, el sapo,
que cuando los veo,
me pongo hasta malo,
—Mas callar no puedes,
porque este Calcagno...
—¡Por Dios no le nombres!
¡¡¡Lagarto, lagarto!!!
—¿Te produce miedo?
—¡Me produce asco!

RAUL DEL CASTILLO

¡Chit!... ¡No le despertéis!... Está dormido,
y por costumbre y por su suerte, sueña
que es en París bohemio, o que, abstraído,
filosofa en su torre marfileña.
¿No le véis ronreir? Es que, alocado,
le ha parecido ver que la princesa,
que su sueño le miente, le ha escuchado
un madrigal de amor... Ahora la besa,
y, creyéndola pronta a caer rendida,
en vez de aprovechar esta *bolada*,
con nuevos madrigales la convida...
¡Ay! ¡Esta juventud *modernizada*
no sabe, ni aun soñando, de la vida!
Ahora cambia de tema. Ya es un Creso
que derrocha millones y sin seso,
creyendo realidad su fantasía,
moteja de carroza a un mal tranvía;
sólo con reyes y con duques trata,
y luce como perla de valía,
un poroto prendido en la corbata.
Ahora sueña en francés, y a su manera,
nos bautiza a las cosas más vulgares,
y por hacerlas todas parisinas,
a un tabuco le llama *garsoniera*,
a las infectas calles, *bulevares*,
y a las *golfas* las llama *colombinas*.
Dejémosle dormir, sin apartarle,
del inocente y literario juego,
que le finge un laurel o una conquista;
dejémosle soñar, que de tornarle

a la prosaica realidad muy luego
se encargarán el tiempo y el fondista.
Es tal su fantasía y tal su empeño
de dar como verdades lo soñado,
y de agrandar soñando lo pequeño,
que le hago esta semblanza confiado
en que teniendo a mengua ser cantado
por un coplero de mi ruin pelaje,
sin miedo a hacer reir, y sin reparo,
a estos plebeyos versos que yo paro,
él les ha de buscar alto linaje.
Conociéndole bien, no extrañaría
encontrarme a Castillo cualquier día,
y que, estudiando la actitud y el gesto,
y ahuecando la voz, con osadía,
me leyera esto mismo que he compuesto,
diciéndome primero infatuado:
«Escuche este retrato lisonjero,
que ayer, desde el Parnaso, me ha enviado
mi amigo de bohemia, el pobre Homero».



FRANCISCO CAMBA

DE «EL DIARIO ESPAÑOL»

Afirman tus escritos mentirosos
que tienes la apariencia de un hidalgo.
Es poco la apariencia; pero ¡vaya!...
¡ya tienes algo!
Si tu vida y tu pluma son hidalgas
que hable tu fama y sin mentir lo diga,
y mientras ella parla yo enmudezco,
y que la farsa siga.
Remata tus hidalgas añagazas,
finge y prospera, embaucador y cuco...
Pero, ¡alarga la capa, seor hidalgo,
que se te ve el trabuco!

A UN RENEGADO

Te dices escritor, y no debieras;
que te llamaras zurcidora, pase,
que lo poco que escribes frase a frase
lo arreglas del francés con las tijeras.
Conformado al mentir de las *polleras*,
te llamas orador, y en esta fase
no pasas de orador de última clase:
la clase de las necias bachilleras.
Te tienes por Don Juan, y el don te sobra,
que eres amigo que el servicio cobra,
mercader de emboscada y con apodo,
burlador de chiquillos y mujeres,
tránsfuga y renegado, y, en fin, eres
menos honrado y caballero, todo.

ESCOBAR

DE «ÚLTIMA HORA»

Para matar la inocencia,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta.

J. BARTRINA.

Sería una gran figura,
y hasta un periodista bueno,
si tuviese de cultura
lo que tiene de veneno.



EL COJO GUESALAGA (1)

DE «ULTIMA HORA»



Con toda su necedad,
este sandio es periodista
como fué el burro flautista:
por pura casualidad.

---

(1) Al repasar este libro, con propósito de expurgarle de los yerros más salientes y de las imperfecciones menos excusables, releo con un poco de vergüenza esta pedestre cuarteta, dedicada en un momento de irreflexión al más grotesco de los plumíferos que garrapatean en el más despreciable de los diarios de Buenos Aires.

En un disculpable arranque de pudor retórico paso la pluma por esta página, suprimiendo de una vez cuatro versos y un nombre que nada valen.

Un segundo después, en un momento de lucidez y de lógica, restablezco lo tachado y doy nuevamente a la pública vergüenza la pequeñez risible de Guesalaga y la incorrección censurable de mis malos versos, oyendo las voces de la razón que me grita: nunca como en esta ocasión estuvieron tan a tono la ramplonería del cantor y la insignificancia de lo cantado; jamás la desmaña y la torpeza supieron caer tan bajo ni arrastrarse tan en hondo, para encontrar en la misma charca cieno con que pergeñar un mal busto y un hombrecillo ruín a quien tomar por modelo.

LA FARÁNDULA

L' histrionisme, cette passion derniere des peuples futiles, que ne viven plus que par les yeux et veulent des distractions pour combler l' abisme de leur ennui; l' histrionisme, l' amour dépravé des bateleurs, regne chez tous les peuples perdus par les civilisations excesives.

BARBEY D' AUREVILLY.

PRELUDIO

Para los faranduleros, más que para ninguna otra gente, es la Argentina la tierra de promisión.

Aunque no faltan los desengaños (Ontiveros tiene la palabra para alusiones), debe decirse en justicia, que la gente de teatro suele ser tasada y aun pagada aquí en más de su valor verdadero.

Podría hablar de tasaciones escandalosas, y hasta con un poco de malicia, podría entrometerme a explicar encumbramientos y famas que aún no se ha explicado nadie.

No lo haré para no citar nombres y nombres, dando a este *Preludio* apariencias de lista de compañía.

Digo, volviendo a mi tema, que para los que de la farsa y la comedia viven, suele ser la Argentina un país de explotación.

El que viene contratado y es un poquito ahorrador, suele, al fin de la contrata, volver a Europa llevándose buenos pesos, amén de las indispensables y relucientes joyas que han de ser como ruidoso pregón de la brillante campaña.

En España—para hablar de lo que mejor conozco—cuando un farandulero vuelve de América, se aprecian

sus triunfos por el número y el grosor de los brillantes que lleva.

De alguno sé que dejó aquí empeñado el equipaje, para repatriarse llevando un mediocre solitario.

No hay que decir el efecto que entre los compañeros de allá producen las sortijas y los dijes de los que vuelven de América.

La primera impresión es de irreflexivo asombro.

Se admira y se felicita al cómico que llega bien alhajado, sin entrometerse a averiguar ni la calidad ni la verdadera procedencia de las piedras relucientes.

Después de todo ¿qué importa? En el teatro no abundan los Villamediana quisquillosos y entrometidos, al paso que no sería difícil encontrar algún complaciente esposo que no desdeña lucir

diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

Pasada la impresión de asombro que causan las joyas del cómico indiano, entran luego la codicia y el orgullo, vicios capitales de los comediantes, a hacer su tentadora labor.

Cada cual compara sus méritos y su apostura con los del recién llegado, para concluir juzgándose más talentoso, más gentil, con más ingenio y con más guapeza.

Y desde aquel momento el pobre farandulero, no come, ni duerme pensando en el modo de venir a la Argentina.

Y llegan en bandadas cómicos buenos y malos, de los que algunos triunfan, guardan y vuelven, y no pocos, pasan aquí un afrentoso calvario, que unas veces ter-

mina con el lastimero beneficio, más afrentoso que el calvario mismo, y otras no acaba jamás.

De los que en la Argentina se quedan, unos, los menos tercos, cambian de oficio, renunciando para siempre a la quimera que los hizo cómicos y los trajo a América; otros, los irreductibles, se hacen *cómicos argentinos.*

No os riáis, los que desconocéis la Argentina. Lo que aquí se llama *Teatro Nacional* fué feto engendrado por extranjeros, se amamantó en el seno de Florencio Sánchez, que era extranjero también, y hoy se alimenta, se nutre y crece con elementos de fuera.

Como mi testimonio podría ser recusado, por sospechoso y de poca calidad, copio a la letra la declaración de Leopoldo Lugones, cuyos juicios, siempre valiosos, lo son doblemente en este caso, en que su amor a la Argentina, que es su patria, no le apasiona, como es aquí lo usual, haciéndole olvidar su constante y elevado amor a la justicia.

—«En la Argentina—decía el ilustre escritor,—no tenemos Teatro Nacional propiamente dicho. Las obras que se escriben en el país, si son sainetes, son copiados del sainete español y si son comedias o dramas, tienen marcado sabor francés». (1)

Sí, ni sainetes, ni comedias, ni dramas, ni autores, ni músicos, ni comediantes, ni empresarios, ni atrecistas, ni escenógrafos, ni apuntadores, ni nada.

El ochenta por ciento de los que del *Teatro Nacional* viven son uruguayos, o españoles, o italianos, o france-

(1) Copio estas líneas del volumen de mi amigo Javier Bueno, *Mi viaje a América*, que si de algo peca es por la excesiva benevolencia con que juzga cosas y personas que el autor no tuvo tiempo de estudiar a fondo en los quince días que pasó en Buenos Aires.

ses, o polacos, o... ¡qué sé yo!... Cualquier cosa, menos argentinos.

Y sin embargo, es un hecho indiscutible que el *Teatro Nacional* existe.

En los periódicos, en el café, en la calle, en todas partes os hablan de este Teatro.

Los argentinos se llenan la boca refiriendo con orgullo los éxitos o los planes de *sus* autores, de *sus* músicos, de *sus* cómicos, de *sus* obras.

Y bien mirado el asunto, tienen razón que les sobra.

¿Cómo, diréis, pueden ser suyas esas obras imitadas, esos cómicos españoles, esos músicos de fuera y esos autores extranjeros?

Este aparente contrasentido, esta incomprensible paradoja se podría explicar de varios modos.

Yo os la explicaré recordando un cuento rancio.

Vivía en un pueblo de Aragón un matrimonio, al que para ser completamente feliz, no le faltaba sino una cosa: tener un hijo.

La mujer, que era piadosa e inteligente, casi estaba resignada con su suerte, porque pensaba que cuando Dios no les daba sucesión, sus buenas razones tendría para disponerlo así.

Pero el marido replicaba, siendo impío sin saberlo, que Dios no se mezclaba para nada en estos asuntos y que si no tenían chiquillos era simplemente porque su mujer no servía para el caso. ¡Porque en cuanto a él!...

Al baturro se le había bien metido esta idea en la cabeza, y todos saben lo que es una *ideíca* acomodada en mollera de baturro.

Lo que durante los tres primeros años de matrimonio

sólo fué vivo deseo, convirtióse después, para el marido, en firme y loca manía.

Un día llegó a decir a su esposa:

—«*Mia,* Pilara, mucho te quiero; pero si en lo que *quea* de año no me pares un *crío,* ya no vivo más con *tú. Mos aseparamos pa* siempre. ¡Por éstas!»

Y el baturro hacía una cruz con dos de sus enormes dedos y la besaba con rabia.

La pobre mujer trató de convencer al marido de que lo que decía era un disparate y un gran pecado. Todo inútil, el baturro insistió en su amenaza.

La esposa, que adoraba en su hombre, viendo su felicidad deshecha, tomó su resolución. Resolución de mujer desesperada.

Algunos días después, emprendió el baturro un corto viaje. Sólo dos días estuvo fuera de casa.

La mujer aprovechó la oportunidad para poner por obra su intento.

Llamó, con un pretexto, a su casa a un mocetón del lugar que en tres años de matrimonio era ya padre de cuatro chicos. Sin rodeos le explicó la buena mujer el apuro en que se hallaba y le rogó que la hiciera madre, cosa que creyó sencilla, porque ella tenía sus barruntos y hasta pruebas, de que toda la culpa de su esterilidad la tenía su marido.

El mocetón, se negó en redondo. El no hacía una traición a un amigo.

Replicóle la mujer que no se trataba de hacerle una traición, sino un favor señalado, pues del chico que naciese, había de depender la felicidad y hasta la vida del desesperado baturro.

Y como el mocetón, que era honrado, no se decidiera

aún, la mujer le determinó diciéndole que, como no se trataba de un devaneo, ni de un pecado, sino de un servicio, ella se lo recompensaría, dándole en pago una fanega de trigo. Chico hecho, fanega pagada.

Aceptó el lugareño, y la baturra fué madre al cabo de nueve meses.

No habrá para qué decir la alegría que sintió el marido de Pilar, cuando su mujer le anunció que iba a ser madre.

Cuando el chico nació, el pobre hombre creyó enloquecer de dicha.

Tanto extremó sus cuidados con su mujer y el muchacho, que Pilar, arrepentida de su traición, no tuvo disimulo ni valor para dejarle vivir engañado. Y aunque pensó que le iba en ello la vida, llamó a su esposo y le dijo a quemaropa:

—*Mia*, Juan, el *crío* no es tuyo.

—¿Cómo qué no es mío el crío? ¿No le has *echao* tú al mundo?

—Sí; pero...

Y la pobre esposa refirió lo ocurrido.

Y el baturro, que al comenzar el relato, había palidecido como un muerto, fué recobrando el color poco a poco, y cuando su mujer cesó de hablar, respiró satisfecho, como si le hubiesen quitado de encima un peso de veinte arrobas.

—¡Mátame!—dijo la mujer, llorando.

—Y ¿por qué te *hi* de matar?—preguntó el baturro.

—Porque te *hi engañao;* porque soy una mala mujer; porque el chico que tú creías que era nuestro, no lo es.

—¡Recontra!—rugió el baturro—¿Cómo que el chico

no es nuestro? ¿No pagaste por él una fanega de trigo?

—¡Sí que la pagué, sin quitar un grano!

—¡Rediez, pues si lo has *pagao,* el chico es nuestro y bien nuestro!

. . . .

Los argentinos pagan también a los extranjeros que les hacen el *Teatro Nacional.*

¿Quién podrá negar que es suyo?

BLANCA PODESTÁ

¿Tú eres la primera dama,
de la escena nacional?...
Si tú eres dama y primera,
¡las otras como serán!





FLORENCIO PARRAVICCINI

Nuestro tiempo no es ni aún el de la invasión de los bárbaros; es sólo el de la invasión de los saltimbanquis.

E. y J. de Goncourt.

Nueve meses Dios emplea
en formar un sér que sea
capaz de algo de provecho,
y a ti, que ninguno has dado,
con idéntico cuidado,
en nueve meses te ha hecho.
¡No hay derecho!

Lucha el pobre con afán
por un pedazo de pan,
que es pan malo de desecho,
y tú, histrión saltimbanco,
comes pan de trigo blanco,
mal adquirido y bien hecho.
¡No hay derecho!

El que con honra trabaja,
se acuesta en jergón de paja,
en un cuchitril estrecho,
mientras tú vicios brutales
y pasiones criminales
gozas en mullido lecho.
¡No hay derecho!

Mientras muere arruinado
el que vivió preocupado
por el general provecho,
tú, bufón ignominioso,
que vives de hacer el oso,
estás rico y satisfecho.
¡No hay derecho!

Un autor de ingenio y vena,
cansado, al ver que no estrena,
muere de angustia y despecho.
Tú, que fusilar prefieres,
estrenas siempre que quieres
un engendro contrahecho.
¡No hay derecho!

¡No hay derecho, no señor,
a que viva con honor
quien tiene el honor deshecho!
¡No hay derecho, a que tú escribas,
ni a que estrenes, ni a que vivas,
ni a que mueras en tu lecho!
¡No hay derecho!

ALBERTO BALLERINI

Es marido de Blanca; así se explica
que no le falten nunca los contratos,
que el que con una Podestá se casa,
hace farsas, comedias y hasta pasos.
En las tablas, no es cosa, no remata,
pero en el centro de la plaza... ¡Vamos!
quiero decir en casa; no papeles,
hace hasta papelones con aplauso.



PABLO PODESTÁ

De los cien Podestá que hacen comedias
es éste el menos malo;
si tuviese más arte, más estudios,
si se enseñase a manejar los brazos,
si tuviese otra voz y más presencia,
podría en pocos años
hacerse un actorcito con derecho
a hacer segundas partes. Sin embargo,
teniendo en cuenta que es modesto y hace
con amor su trabajo,
quisiera yo tratarle con cariño,
y hasta pecar de blando...
(No siendo yo Queirolo... ¡Dios me libre!...
nadie podrá creer que me han comprado).
¿Qué le diré, que haciéndole justicia,
tenga el sabor del embustero halago?
Si digo que es un *as*, se creerán todos
que he querido decir que es *as* de *bastos*.
¿Le comparo a Zacconi? Es ironía.
¿Diré que es un Novelli? ¡Guarda Pablo!
¡Cuidado que es difícil ser benigno,
sin mentir con descaro!...
¡Ah, sí! Puede elogiarle la valía,
que oculta con cuidado,
diciéndole que es un diamante en bruto.
Y si aun encuentran que cargué la mano,
el arreglo es sencillo:
¡quitan lo de diamante, y arr·glado!

A LA COMEDIANTA...

De le cinture en haut ce n'est que vanité
de le cinture en bas ce n'est qu'impurité.

La vulgar pecadora, ya calmada,
con el mucho pecar, su calentura,
viéndose empecatada,
corre a la iglesia a que la absuelva un cura.
Tú, que no eres vulgar y eres cristiana,
católica apostólica romana,
has sabido encontrar un modo astuto,
haciéndote de un cura barragana,
para pecar cuanto te venga en gana,
sin estar en pecado ni un minuto.
Uniendo el deshonor al fanatismo,
ingeniosa, has logrado
encontrar en tu cura depravado
fornicador que aplaca tu erotismo,
al tiempo que te absuelve del pecado.

MARÍA GÁMEZ

Es española, y aquí
vino ya formada, siendo
lo que será mientras viva:
una actriz de poco pelo; (1)
mas la crítica porteña,
osadamente mintiendo
la llama actriz nacional...
¡Por mí, bueno!
Como al perder a la Gámez,
no es mucho lo que perdemos
los españoles, dejamos
que la tomen los porteños,
y hasta sentimos orgullo,
al ver que aquí nuestros restos,
pasan con facilidad
como genios.
Faltas gordas, tiene muchas,
(sin hablar de las que ha hecho
después de casada), mas
es su principal defecto
lloriquear de continuo,
imitando a la Guerrero,
sólo en lo malo, que es mucho,
no en lo bueno.
Su repertorio es muy vasto,
(si con b lo escribo, acierto);
pero de todas las obras,

(1) Al pelo artístico me refiero. Del otro, del que se toma, nada sé; pero por poco que tenga ¡comparado con el de Ducasse!..

hace con más lucimiento
las farsas y las comedias,
con enredo.
En algunas piezas, dicen,
que ha hecho papeles soberbios.
pero ya sólo la he visto,
representar con talento,
con Pancho Aranaz, su esposo
y Ducasse, su *alter ego*,
la regocijada obra
Entre bobos anda el juego.
La hicieron dos o tres años,
siempre con el mismo fuego,
y sintiendo el mismo gusto
todos ellos.
Pero hace muy poco, un bobo
(cual de los tres no sabemos),
quiso cambiar el cartel,
ensayando *Divorciémonos*.
Cuando se sepan la obra,
hará la Gámez su estreno,
(el de la obra, bien se entiende),
y todos a verla iremos.
Ya me figuro el final:
encantados por el éxito,
aplaudiremos, saldrán,
a saludar al proscenio
la Gámez, Pancho y Ducasse,
y galantes gritaremos:
¡Mariquita! ¡Mariquita!
¡Mariquita sola!... Y ellos,
se retirarán al punto,
con modestia, comprendiendo
que Mariquita es la Gámez...
¡Por supuesto!

PANCHITO ARANAZ

Cuando hacías «El Marido
de la Téllez», te he aplaudido
como consorte-eminencia.
Al venir la... discrepancia,
has perdido en importancia
lo que has ganado en decencia.
Falto ya de las aldabas
que en el matrimonio hallabas
menos honores tendrás;
mas, el hombre y el actor,
tendrán por fin, un honor
que vale por los demás.

OLINDA BOZÁN

... se iba envejeciendo en la mala vida, a que la forzaba el ir y venir de la farándula; pero en su propia cara y en su persona empezaba la farsa de su ruín oficio; pues con afeites y amaños se creaba a diario una nueva juventud, por lo que de ella solía decir un amigo maldiciente; es tan detestable cómica, que no «representa» ni la edad que tiene.

R. Solís.—«*Gente de farsa*».

Dicen que hace hombres con destreza suma,
y los que lo dicen, dan esta razón:
Bípedo que trata, fiera lo *despluma*,
y hace así los hombres de que habló Platón.

LUIS VITTONE

Petite étincelle luit en ténèbres.

¡Cómo será el teatro,
que fusilando hacemos,
cómo serán los cómicos,
que brillan como genios,
cuando Víttone, pasa
por ser su ojo derecho!...
¡El ojo!... ¡y es Vittone
chiquirritillo y tuerto!

ELOISA GABY

Tercamente dicen
ciegos pesimistas:
«¿La amistad?... ¡No existe!
¿La amistad?... ¡Mentira!
¿Quién, sin engañarnos
afirmar podría,
que un amigo ¡uno!
encontró en su vida».
Tú, que no conoces
la melancolía,
sin hablar desmientes
a los pesimistas,
y para probarles
cómo desatinan,
un amigo nuevo
tienes cada día.

ELVIRA VILANOVA

Si las segundas partes,
nunca son buenas,
no debiera extrañarme
que mala seas.
Pero me extraña,
seas tú, ni aún segunda,
siendo tan mala.



ENRIQUITO GARCÍA VELLOSO

Les sots son ici bas pour nos menus plaisirs.
REGNARD.

Este *chico* es asombroso,
pues no abulta lo que un gato,
y es necio, fatuo, orgulloso,
mordaz, ignorante, ingrato,
fusilador y latoso.
Y, aun conociendo el poder
que tiene Dios, no se explica
que haya podido meter
tanta miseria en un ser
de *capacidad* tan chica.



CARLOS M.ª PACHECO

La Talía porteña es una lila,
sin años, ni experiencia, ni pupila,
que embobada se entrega,
al primer *ranfañoso* que la *afila*,
para ver si la saca la *menega*.
Pacheco, nata y flor del *malevaje*,
a *la* Talía por la *farra* toma,
y hablándola en *lunfardo*, que es su idioma,
la encanalla las formas y el lenguaje,
la atonta con un tango *compadrito*,
con vueltas, *firuletes* y *quebradas*,
la hace tres marranadas,
y la *tira mañoso del carrito*.



NICOLÁS GRANADA

AUTOR NACIONAL, CON PUBLICO Y TODO.

Combien font-il de sots pour vous fair un publique?
LA TOUCHE.

En un mundo mudable, donde nada
se resiste a la ley del transformismo,
loa merece el *pechador* Granada,
que viene a ser la esencia del quietismo.
Aunque es viejo, muy viejo, casi chocho,
en él nada se cambia ni parece,
pues era tonto en ochocientos ocho,
y tonto sigue en novecientos trece. (1)

(1) Para poner al día esta semblanza, ha de leerse hoy *novecientos quince*; dentro de un año, *novecientos diez y seis* y así sucesivamente, hasta el día en que la parca abata para siempre el vuelo del autor más *águila* que ha tenido la Argentina.

Con las modificaciones que indico, se destruye el verso, es cierto, pero queda reforzada y mantenida la verdad.

ENRIQUE QUEIROLO

Siempre que a este enemigo de Talía
le aplauden una obra,
pienso que a todo escape debería
girar por cable a España lo que cobra.
Así este... desahogado,
de su terrible pena,
podría verse absuelto e indultado,
que el Señor no perdona al que así estrena,
si antes no restituye lo robado.

FRANCISCO MEANA

Ay de min, que xá non podo!
Ay de min, que xá non sei!
Ay de min, que xá non podo!
cantar como xá cantei.

(Copla popular gallega).

En sus días de esplendor,
(un esplendor de *macana*),
teníamos en Meana,
un tolerable cantor,
con grosería aldeana.
Murió su voz, que un instante
brilló como flor de un día;
hemos perdido al cantante.
y nos queda el comediante.
de aldeana grosería.
Forzado a ganar dinero
para procurarse el plato,
aun canta este actor grosero,
sin lograr ya ser jilguero,
y sin dejar de ser pato.

MARGARITA XIRGU

Del saber el noble cetro
que el catalán empuñaba,
cayó también de su diestra
al olvidarse su habla.

MILA Y FONTANALS.

Un mercader del templo de Talía...
digámoslo en vulgar: un empresario,
trocó a Zoilo en venal turibulario,
para explotar mejor su mercancía.
Poco duró el negocio y la falsía,
porque en vez del suceso extraordinario,
un arte se nos dió tan secundario,
que luego descubrió su grosería.
Silvestre y en agraz nos han brindado
un fruto que, tal vez, bien sazonado,
tenga jugo y sabor. ¿La malandanza
se podrá remediar? Sólo sabemos
que *están las uvas verdes*... Esperemos,
¡el verde es el color de la esperanza!

MAESTRO (?) PAYÁ



No hay quién ignore que Payá es un cuco,
que arregla solfa mala con trabuco;
pero como es Payá casi un salvaje,
que luego se *retoba*,
y al mismo Castellanos (1) da una sóba,
no hay quien tenga el coraje
de decir que Payá la solfa roba.
Yo, guardando el pellejo,
y por miedo fundado a que este zote
se moleste conmigo y me acogote,
impidiéndome así llegar a viejo,
siempre que la ocasión se me ha ofrecido,
he dicho a boca llena,
que el Maestro (?) Payá no es un bandido,
y que es suyo y resuyo cuanto estrena...
¡Qué el Señor me perdone haber mentido!

(1) ¡Un colmo!

IGNACIO LEON

Le hizo el Señor con una escurridura,
del lodo destinado a un majadero,
y al verse su misérrima figura,
con ruin presencia y de meollo escaso,
para ganar dinero,
tuvo una idea, y se metió a payaso.
La facha, no su ingenio, movió a risa,
(el hombre goza con el daño ajeno),
y prosperó de prisa,
haciéndose pagar como actor bueno.
Cuando a la calle o a la escena sale,
es necio y altanero,
como cumple a un cabal farandulero;
pero en casa, sabiendo lo que vale,
le reza a Dios en compungido tono:
«Gracias te doy, Señor, por el renombre
que conquisté, porque me hiciste mono.
Si me llegas a hacer de otra manera,
si te ensañas conmigo y me haces hombre,
¡me partes por el eje la carrera!»

RESURECCIÓN QUIJANO

La vie n'est qu'une série de reprises
qu'on a raison de ne pas applaudir toujour
J. CLARETIE.

Por la Quijano, doncella
de perversa honestidad,
nos mojamos yo y Vicioso,
sin metedores de paz. (1)

«Nada hay nuevo bajo el sol»,
dijo el sabio, y agregar
pudo muy bien que la vida,
como el Arte Nacional
Argentino, se mantiene
de copias y de plagiar.
¿Cómo evitar que Velloso
diga lo que han dicho ya
otros autores de Europa;
cómo exigirle a Pomar
que divierta con su ingenio;
cómo vedarle a Payá
que cuando componga robe
notas, motivo y compás,
ni cómo prohibir que Friedrich (2)
dibuje del alemán,
si ya ni Dios, con ser Dios,
hace cosa original?

---

(1) Quevedo, «Jácaras».
(2) Uno de los más aprovechados «ojeadores» de *Simplicissimus*, coto donde, sin licencia y sin aprensión, cazan los más de los ilustradores de las revistas de Buenos Aires.

Ya lo véis, hace tres siglos
daba a las prensas que hablar
una *Quijano doncella*
de perversa honestidad.
Si aquí yo, por darme gusto,
me entrometiese a historiar
a la Quijano que ahora
nos canta, aunque poco y mal,
tendría que repetir,
con menos autoridad,
y sin quitar ni una tilde,
lo que conocemos ya
de la *Quijano doncella*
de perversa honestidad.
Si hacemos un parangón,
será preciso anotar,
que en el apellido empieza
la chocante paridad,
y pues el *Quijano* en ambas
es de origen similar,
en las dos el *quij* y el *ano*
tienen un empleo igual;
la doncellez es la misma,
y en punto a la honestidad,
yo no creo que haya nada
que se les pueda quitar.
No hagamos, pues, el retrato,
—¡uno menos o uno más!...
y repitiendo a la letra
lo que escribí al empezar,
vuelvo a decir que la vida
es monótona y banal,
y lo prueba que Quevedo
escribió tres siglos há,
de una *Quijano doncella*
de perversa honestidad.

JULIA FONS

Al gaitero de Bujalance, le dan un maravedí para que tanga y dos para que acabe.

(FRASE PROVERBIAL).

Como tiple ligera
(más ligera que tiple, es indudable)
la trajo un Cherubini cotizando
a un precio escandaloso, no su arte,
ni su voz, poca y mala,
sino el pregón obsceno y excitante
de una aventura real... o falsa,
(la Fons, el sospechado y Dios lo saben)...
No faltó un rastacuero,
que, haciéndonos merced, la retirase,
pagando su retiro a más del doble
que la pagaban el bailar y el cante...
Lo mismo que al gaitero
perverso y proverbial de Bujalance.
¿No habrá otros ricachones,
dispuestos a pagar y ser amantes
del Arte y del buen gusto,
que paguen lo que valga, porque callen
la Bosch, la Mayendía,
la Cipri, la Perales,
y otras gaitas o tiples que sufrimos,
con paciencia y baldón en Buenos Aires?
Aunque tengamos que doblar el precio
a su silencio eterno y perdurable,
hagámoslas callar como a la gaita
perversa y proverbial de Bujalance.

RODOLFO DE PUGA

PERIODISTA DE TIJERA, COMICO FRACASADO Y FUSILADOR DE OBRAS.

La piedad es aniquiladora.
PIO BAROJA.

Sancho Panza grosero,
perpetuo fracasado, que pereces
por figurar en todo, entra el postrero
y de mi libro sé, como mereces,
el residuo, la cola y el trasero.



EPILOGUILLO

MI ADIOS A LA ARGENTINA

... el partirme es para siempre
y la vuelta para nunca.
ESTEBANILLO GONZALEZ.

Nada traje al llegar, nada me llevo,
que ignorando la ciencia del ahorro,
manivacío vine y me voy horro
de plata y de ambición. Nada te debo,
nada me debes tú, y a hablar me atrevo,
sin hiel y sin bajeza.
Bien sé que mi nobleza
recibirás con desamor y adusta,
porque temiendo a la verdad, te gusta
la innoble adulación y la vileza
del que a tu orgullo su mentir ajusta
para labrar tranquilo su riqueza.
Al fin eres mujer, y sin cordura
te entregas confiada
al que diestro exagera tu hermosura,
sin advertir que es táctica gastada
y habilidad menguada
adular y mentir a la doncella
para gozar con ella,
y burlarla una vez desdoncellada.
Que te engañen los Blascos codiciosos
que luego a sus engaños ponen precio;
miéntante los Duranes, que piojosos

a ti llegaron y afanaron recio;
que mientan los Calzadas que en ti hallaron
empleo a su malicia,
y que te adulen los que en ti encontraron
amparo delincuente, cuando hurtaron
su cuerpo y su castigo a la Justicia.
Yo, que no vine criminal ni huído,
ni llegué analfabeto, ni vencido,
ni nombre ni riqueza en ti he buscado,
los días que contigo he convivido,
reciamente he sudado
el pan malo y escaso que he comido.
Y con esto replico a las sandeces
y al torpe argumentar mezquino y bajo
de los que creen que gratitud mereces
por el pan que me diste, y que con creces
el precio te pagué con mi trabajo.
Y como pienso yo, piensan los miles
de inmigrados que luchan con denuedo
y que hablarían como yo, si viles
no disfrazarán su pensar con miedo.
No puede ser querida de otro modo
quien al dinero lo confía todo.
Con tus mentidas famas
de rica y fuerte a los hambrientos llamas,
y los hambrientos llegan a millares,
dispuestos a buscar la pregonada
riqueza de tu suelo inexplotado,
para volver deprisa a sus hogares
con el botín logrado,
y eres así, como nación posada,
do *todo malestar tiene su asiento*:
se llega a ti, se toma alojamiento,
sin gusto, sin amor, sin alegría,
y se te sufre hasta que llega el día
de abandonar tus costas con contento.

Para mí ya ha llegado
el día tantas veces suspirado,
ese día dichoso,
con que soñé afanoso,
con ansia y malestar de expatriado,
y a punto de partir, lanzo exprofeso
este libro fiscal, que hace el proceso
de las faltas que sé, las menos graves,
y nuevo Hernán Cortés, quemo mis naves
para hacer imposible mi regreso.



GLOSARIO

ACRIOLLADO.—Que sin ser *criollo*, tiene o se esfuerza por tener sus caracteres físicos o morales.

Cuando menos *personalidad* se tiene, tanto más apto se es para asimilarse las cualidades externas y predominantes de los demás. Por eso se ve en la Argentina que los niños, las mujeres y las personas vulgares e incultas se acriollan pronto, imitando el hablar y las costumbres de los hijos del país. Los que a la Argentina llegan formados, con ideas, lenguaje y costumbres propias, toman poco a nada del criollo.

De los extranjeros que viven en la República Argentina, los ingleses son muy refractarios al *acriollamiento*, al paso que los aldeanos españoles, que suelen llegar zotes y jóvenes, a los pocos meses de estar en aquel país, rompen a hablar en argentino, largando un ¡*ché*! a cada paso, visten y peinan a lo criollo, se aficionan al *mate* y se atracan de *zapallo* (calabaza).

ALMACEN.—Casa donde se vende al menudeo artículos alimenticios y bebidas. El *almacén* argentino tiene tanto de abacería como de figón y taberna.

ALVERJA o ARVEJA.—Guisante.

APUNTE. LLEVAR O NO LLEVAR A UNO EL APUNTE.—Hacerle o no hacerle caso. Usase más frecuentemente en sentido negativo, porque en la Argentina, como en todas partes, es más corriente y usual no preocuparse del prójimo y desoír sus opiniones, sus consejos y sus súplicas.

ARRIBA (DE).—De balde, *de gorra*.

AS SER UN AS.—Sobresalir, ser el primero en algo.

ASCENSORISTA.—Persona encargada del servicio de un ascen-

sor. Los argentinos han ideado, y no siempre sin razón, gran número de neologismos de la misma índole: *motorista, educacionista, diarista, financista,* etc.

Atorrante.—Vagabundo, holgazán, pillete. Es voz familiar como el madrileñismo *golfo*. De este adjetivo se ha formado el verbo *atorrar*.

Auspiciar.—Patrocinar, amparar, proteger.

Balanceador.—Tasador.

Baleado.—Herido o muerto a balazos. Es un argentinismo muy defendible por ser tan expresivo y razonable como las voces españolas, *sableado, apalcado, fusilado, apedreado,* y otras de la misma índole.

Banca.—Escaño: *Banca de diputados. Tener banca con una persona o en alguna parte,* tener influencia.

Bochinche.—Alboroto. Desorden. Vocerío.

Bolada.—Suerte favorable.

Boliche.—Tenducho. Comercio insignificante. *Bolichero,* comerciante de ínfima clase.

Bombilla.—Cánula delgada, comúnmente de plata, que sirve para tomar el mate.

Atribuyendo, por ignorancia, a la plata unas cualidades antisépticas que no tiene, cree el pueblo que no existe peligro alguno en chupar el mate en corporación, yendo incesantemente la bombilla de boca en boca y de baba en baba. A esta errónea creencia se debe el arraigo de un hábito sucio, del que son propagadores y víctimas, hasta personas que por su cultura parecen llamadas a desterrar, o a modificar al menos, una práctica antihigiénica y repugnante.

Borracheria.—Taberna, pulpería.

Caften o Kaften.—Lenón. Dueño de mancebía. Tratante de blancas.

El *caften,* que vive y medra en la Argentina, es comúnmente

polaco o francés, y de aquí, que las más de las meretrices de aquel país sean francesas o polacas.

M. Huret, que tanto empeño pone en los dos libros que dedicó a la Argentina, en hacer resaltar cuánto han llevado los franceses a aquella nación, nada dice, por incomprensible olvido, de esta rama del comercio de la que pudo afirmar, sin miedo a ser desmentido, que es Francia la principal proveedora del gran mercado argentino.

Calote.—Timo, engaño, chasco para obtener por malas artes beneficio o provecho.

Así considerado, el *calote* es un delito, o una falta, que suele tener reprensión o castigo. Al que hace un *calote* vulgar se le llama *caloteador*. Pero en muchos casos el que *calotea* se busca el provecho sobre cosas no vulgares, disfrazando sus malas mañas con apariencias de arte, y entonces, las gentes alucinadas, lejos de reprender o de castigar, dan su sanción y su aplauso.

Cuando esto ocurre, al *calote* se le llama drama, comedia o sainete, según los casos, y al *caloteador* se le bautiza con el glorioso nombre de autor. Enrique Queirolo es el prototipo de estos *caloteadores* mañosos y celebrados.

La lista de los *calotes* literarios, sólida base del *Teatro Nacional*, no cabría en los cortos límites que yo he de dar a este apéndice.

Canfinflero.—Chulo, rufián.

Cívico.—Chop. Vaso pequeño de cerveza.

Cebar el mate.—Prepararlo, poniendo la cantidad conveniente de *yerba*, agua caliente, y de azucar, si no es mate *cimarrón* o amargo.

Conventillo.—Casa de vecindad de ínfima clase. El conventillo es la habitación inevitable de la clase pobre, que para poder vivir, soportando los crecidos alquileres, se hacina por tribus en infectas guaridas, donde jamás han entrado ni la moral ni la higiene.

Son los conventillos, viejos y destartalados caserones, seccionados en pequeños tabucos, por cuyo alquiler se pagan precios relativamente enormes. En cada uno de estos tabucos se guarece una familia. y como el espacio es poco, la misma pieza sirve a los padres y a los hijos, a los varones y a las hembras, a los ancianos y a los adultos, de taller, de dormitorio, de comedor, de cocina y de vertedero.

En la misma pieza donde se ha malvivido por el día, sufriendo las mismas incomodidades, que procuran la falta de espacio y de ventilación, se malduerme por la noche, en revuelto e impúdico hacinamiento.

En cada uno de estos cuchitriles, vive una familia inmigrada; los del número uno son españoles; los del dos, rusos; italianos los del tres, y siguen luego polacos y chinos y turcos y ¡qué sé yo cuántas familias y cuántas gentes distintas!

Figuraos por lo dicho, lo que será un conventillo, cuando todas aquellas gentes, misérrimas y enemigas, hormiguean por los patios, disputándose el puesto en la fuente, y en el retrete común.

Y ahora imaginen mis lectores, si su ingenio llega a tanto, las escenas tragi-cómicas, las reyertas y los crímenes que se originan a diario en estas revueltas torres de Babel y en estas miserables Babilonias a que llaman conventillos. En ellos viven los pobres obreros, esclavos de su miseria, y protestando con estéril y tardía rabia, de la torpeza y del engaño que estimuló su codicia para traerlos a este vivir afrentoso y brutal.

Cuadra.—Cuadragésima parte de una legua (150 varas). Cada uno de los cuatro lados de una manzana de casas.

Chacra.—Sementera. Tierra de labrantío. Se da el nombre de *chacarero* al propietario de una *chacra* y al que la arrienda o la cuida.

Chancho.—Cerdo. «¿Qué sabe el *chancho* de freno ni el burro

de caramelo?» Refrán criollo, aplicable al Sr. Más y Pi y a otros osados, metidos de hoz y de coz a críticos literarios.

CHATA.—Carro sin cubrir de cuatro ruedas, que sirve para el trasporte de cargas pesadas.

CHANGADOR.—Mozo de cuerda.

¡CHIAU! ¡CHIAO! o ¡CHAO!.—Interjección genovesa, muy corriente en la Argentina. Equivale a nuestro ¡*abur*!

CHAUCHA.—Judía tierna.

¡CHE!—Interjección muy usada con la que se llama la atención de una persona. Empléase para los dos sexos. Por el ¡ché! suele empezar el acriollamiento de los extranjeros.

CHICHE.—Juguete. Cualquier objeto que sirve para divertir a los niños. Dícese por extensión de todo lo que es *lindo* (a los argentinos no se les cae el lindo de la boca), primoroso o bello.

CHINA.—Mulata. Zamba; hija de negro e india o de negra e indio. Dícese también de la india pura y por extensión, y como piropo, el hombre del pueblo llama *china* a todas las muchachas de su clase.

CHOCLO.—Mazorca de maíz tierno. Encajarle, echarle o meterle a uno el *choclo* aquivale a la frase española *cargarle a uno el muerto*.

CHUCHO.—Infección palúdica, muy semejante, por sus síntomas, a la terciana.

DESDE YA.—Desde luego, desde este momento, ahora mismo.

FARRA.—Diversión, juerga. *Tomarlo a uno por la farra* o por la *butifarra*, burlarse de él, tomarle el pelo.

FIRULETES Y QUEBRADAS.—Contorsiones y monerías aparatosas con que los compadres adornan los infinitos pasos y posturas del tango con *corte*, que la ignorancia y el mal gusto de las rameras y los apaches franceses han traído a Europa.

FONDO.—Ultimo patio de una casa. Retrete.

Fundirse.—Fracasar en un negocio, quebrar, *irse al bombo* o al *tacho, cantar para el carnero.*

Galpon.—Cobertizo.

Gallego.—Los españoles en general.

Los argentinos saben muy bien que hay en España castellanos, catalanes, andaluces, valencianos, etc., etc.; pero no importa, ellos nos llaman a todos *gallegos,* con intención que quisiera ser aviesa. Para el argentino el gallego es siempre el aldeano, servil, miserable y zafio de Galicia, que durante muchos años, constituyó el elemento principal y casi único de la emigración española. De los otros gallegos, caballerosos y cultos; de los muchos gallegos, que no son ni pobres, ni avaros ni zotes, nada sabían en la Argentina, porque ni se dejaban alucinar ni emigraban engañados, tímidos y codiosos.

No es el nombre de *gallego* mote injurioso, como quisieran los argentinos; pero ya que no en el apodo, hay maldad y ofensa en la intención con que nos *agallegan* a todos. No es molesto el sobrenombre, pero daña el retintín.

Y para que no nos quede sombra de duda de lo que quieren decirnos cuando nos llaman *gayegos* (que ni aun gallegos nos dicen), suelen recargar el alias con algún otro calificativo que acabe de expresar bien todo el odio y el desprecio que nos tienen. Unas veces se nos llama *gayegos patas sucias,* y otras *gayegos de m...*

Los *gallegos* nos conformamos con retrucarles la frase, razonando, que si nosotros somos *gallegos de m...*, los argentinos, que nos deben cuanto son, y que, según reconocen, descienden en línea recta de la escoria que por inadaptable, aventurera y mala emigró de España, son por triste e induscutible verdad, residuos de residuos nuestros, *m... de gallegos.*

De este modo, todos, los argentinos que nos ultrajan, y los españoles que se defienden, se quedan con su insulto y con su verdad correspondiente.

Gaucho.—Argentino del campo.

La literatura criolla ha dado en idealizar al *gaucho*, al que quiere presentar con cualidades que no corresponden a su verdadero carácter de hombre inculto.

Para los poetas el gaucho es desprendido, tierno, patriota, enamoradizo y un poco artista. Para los que observan la vida sin asustarse de sus verdades, para los que llaman a las cosas por su nombre, sin adornar su lenguaje con garambainas retóricas, el gaucho es bravucón, pendenciero, inmoral, desconfiado y grosero. Jamás de un gaucho ha salido un artista, al paso que cada día de un gaucho sanguinario y ladrón, se hace un bandido temible, o cuando menos, un cuatrero peligroso, o un raptor despreocupado.

Cuando por excepción, un gaucho tiene algún talento, puede, si las circunstancias le son propicias, grabar su nombre en la Historia con los rojos caracteres con que grabaron los suyos un Quiroga salvaje, o un Rosas taimado, asesino y brutal.

Pero, para honor de la Argentina, los tiempos en que estas vergüenzas fueron posibles, parecen pasados para no volver, y hoy un gaucho sanguinario sólo puede pretender remozar las hazañas de un Juan Moreira, vulgar bandido que también ha sido cantado por los poetastros sensibleros y ridículos.

Gringo.—Aplícase a los extranjeros que hablan mal la lengua castellana, pero más especialmente a los italianos.

Laburar.—Entre los lunfardos, *trabajar*, a su manera; robar.

Lunfardo.—Ladrón. Persona de la peor condición social. Jerga que emplea la gente maleante.

Poco a poco el lunfardo va encanallando el habla de la gente honrada. Debe esto atribuirse a la importancia que la mala literatura del país da al *conventillo* y al *compadre*, elementos obligados y casi únicos del Teatro Nacional, de los artículos de costumbres y de la poesía festiva. En los periódicos hay secciones escritas enteramente en lunfardo, y algunos diarios (*Crítica*

y *Ultima Hora*), son lunfardos por su índole y por su lenguaje.

Al paso que van las cosas, el lunfardo, que empezó siendo una vergüenza y entró a ser curiosidad, acabará siendo el lenguaje oficial de Buenos Aires.

MACANA.—En sentido figurado significa cosa de poco valor, insignificancia. En fuerza de usar esta palabra, *macana* va extendiendo su significado. En la Argentina ya es *macana*, cualquier extravagancia, la mentira, la tontería, la exageración, el disparate. Cuando oigáis decir que la Argentina es un país rico, un país fuerte, un país hospitalario, un país sano, etc., etcétera, decid que os cuentan una *macana*, y en una palabrota argentina habréis condensado una gran verdad. *Macana* es no sólo una muletilla cómoda, sino también un vocablo fecundo, puesto que ha dado origen a las palabras siguientes; *macanazo, macaneador, macanear, macaneo* y *macanudo*, voces que a su vez han dado lugar a otros adverbios, adjetivos, sustantivos y verbos que son de uso muy frecuente... Decididamente es la Argentina el país de la *macana*.

MALEVO.—Persona de mal vivir; ladrón.

MANI.—Cacahuete. ¡*A mí maní*! Frase familiar equivalente a nuestro chulesco ¡a mí plin!

MAZORQUEROS.—Asesinos a sueldo, que formando un cuerpo de policía (*Mazorca*) ejecutaban los crímenes que aseguraron a Rosas su larga e infame tiranía.

«La Mazorca,—escribe Sarmiento—tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají (guindilla) y aguarrás a los descontentos, primero, y después, no bastando este tratamiento flogístico, degollar a aquellos que se les indique».

MENEGA.—En lunfardo, dinero.

NEGOCIO.—Tienda, almacén o despacho donde se vende y compra. Manuel del Palacio lo definió bien cuando escribió:

Negocio, en buen castellano,
una especie de cadena
que empieza en la propia mano
y acaba en la bolsa ajena.

ÑANDUTI.—Tejido muy fino con el que se hacen primorosos trabajos.

ÑUDO.—AL ÑUDO. ¡*Al cohete*!, en vano.

OMBU.—En cuantos libros se han publicado, hablando con más o menos sinceridad de la Argentina, se le dedica justificada atención al *ombú*, árbol eminentemente americano.

Los poetas criollos, han cantado también al *ombú*, al que Rusiñol, ha llamado con acierto, «el árbol patriarcal de la Argentina»:

Buenos Aires, patria hermosa,
tiene la pampa grandiosa,
la pampa tiene el ombú,

ha dicho un poeta local, que para ser local y poeta sólo dijo tres mentiras; tantas como afirmaciones hizo.

Los naturalistas le dan al *ombú* un nombre latino muy enrevesado, y afirman que sus hojas se emplean como purgante.

Un diccionario que tengo a la vista, habla del *ombú* con manifiesto despego, porque su madera no sirve para hacer leña. El motivo no me parece bastante justificado.

M. Clemenceau trata al *ombú* como si hubiese tenido con él una cuestión personal.

La indignación del eminente hombre público resulta verdaderamente cómica.

Más de una página de tipo pequeño y compacto, dedica el ilustre estadista a poner de relieve la inutilidad de este árbol, cuyo defecto capital para M. Clemenceau es no servir para nada.

Ciertamente que no es, ni en las cosas ni en los hombres, cualidad muy elogiable no servir para cosa de provecho; pero, ¡qué diantre!, en la Argentina vió Clemenceau cosas más inútiles que el ombú, y de muchas no hace ni mención siquiera, y de las otras, disculpa y aun celebra su inutilidad.

Peor aún. Estando Clemenceau en Buenos Aires, se desarrollaron ante sus ojos sucesos incalificables, que los que tuvimos la desventura de presenciarlos, no olvidaremos jamás. Tomando pretexto en un atentado individual, que se supuso anarquista, y cuya verdadera significación no ha podido ser apreciada, el Parlamento se reunió a toda prisa, para dictar una ley, que no califico de draconiama, por no injuriar a Dracón.

Durante la discusión del proyecto de ley, se dijeron en pleno Parlamento cosas infames, y se mantuvieron teorías criminales .

El diputado Sr. Gaspar Ferrer presentó un proyecto de ley que constaba sólo de dos artículos, en los que se declaraba fuera de la ley a todos los anarquistas. Los que estaban en poder de las autoridades debían ser trasladados inmediatamente a la Isla de los Estados.

Después de la promulgación de la ley, cualquiera tenía el derecho de matar al sospechado de anarquista, *como se mata al tigre que se encuentra por delante.*

Otro diputado, el señor Nicolás A. Calvo, pidió la lectura de otro proyecto de ley que empezaba así: «Artículo 1.º Desde la promulgación de la presente ley, toda persona que profese ideas avanzadas en materia de organización social y anarquistas, sindicalistas ,debe presentarse al Departamento central de policía en la capital federal a fin de que se le inscriba en un registro que se llevará a efecto».

En los siguientes artículos se pedía la deportación y se imponía la pena de presidio, de diez a veinte años, en la Isla de

los Estados, a los que dejaran de cumplir lo estipulado en el artículo primero.

Otros diputados pidieron la pena de muerte para todos los anarquistas.

Todos los parlamentarios, locos de ira y de miedo, querían destruír insensatamente a cuantos profesaban ideas avanzadas.

Atropelladamente fué votada y sancionada la ley llamada de *Defensa Social*, de la que un pensador argentino ha dicho que «niega el derecho humano y hace pedazos la Constitución Nacional. Su aplicación constituye, pues, una doble vergüenza. Vergüenza para los que la dictaron en horas de cobardía, vergüenza para los que la toleran; si extranjeros, por el engaño flagrante de que se les hace víctimas, en un país que los ha llamado, ofreciéndoles garantías escritas en su Carta fundamental; si argentinos, porque esa misma Carta les autoriza hasta armarse en su defensa, en caso de ser ella desvirtuada o agredida en su espíritu y en su letra».

Antes, durante y después de la discusión de la ley, ocurrieron en Buenos Aires sucesos inefables: se quemaron periódicos avanzados, se destruyeron librerías que tenían obras que en todos los países civilizados se venden públicamente, se atacaron centros obreros, y una *muchachada* alocada, inconsciente y brutal se dedicó durante varios días al placer de incendiar y destruír, convirtiéndose en juzgadora de cosas que no podía apreciar. Aquellos días fueron de cobardía, de vergüenza y de horror.

No insisto en su detalle, porque los mismos argentinos, una vez pasado el miedo injustificado, han comprendido el error, y han lamentado aquellas indignidades, impropias de un pueblo culto.

Pero sí quiero hacer constar que Clemenceau, que tan estéril y cómicamente se indigna contra el *ombú*, no tiene para todos

estos atropellos que presenció, más que una tibia protesta, formulada con indecisión y miedo.

Todos, unos por torpeza, quien por codicia, quien por cobardía, quien por prudencia, todos, o callan, o mienten, y la leyenda de la Argentina se mantiene y la mentira de su grandeza se afirma y el engaño de su hospitalidad sigue haciendo víctimas y desgraciados.

—¡Oh, sí! mucho más cómodo, más práctico y más cuco es entretenerse en demostrar que el *ombú* es un árbol grande que parece algo y no es nada, que meterse a probar, como fuera fácil, que lo propio le ocurre a la Argentina.

Porque bien mirado, ese árbol de talla enorme y estéril, que desde lejos atrae y admira y de cerca hace reir; ese árbol que no da ni fruto, ni madera, ni sombra cuando está vivo, ni calor, si se echa en pedazos al fuego; ese árbol todo apariencia, y grandor inútil, que todo lo ofrece y nada eficaz concede; ese árbol todo mentira, es un verdadero símbolo.

Toda la Argentina es un *ombú*.

¡Cuántos cándidos, engañados por las apariencias, han ido a buscar su sombra y su amparo, y han sufrido un desengaño!

Y como los poetas seguirán cantando al *ombú*, y los codiciosos continuarán ensalzando a la Argentina, la mentira seguirá teniendo apariencias de verdad, y nadie escarmentará sino cuando el propio desengaño le aleccione.

Ocurrir.—Concurrir, acudir.

Parada.—Fanfarronada, presunción, balandronada.

Patotero.—Es el *compadrito* de buena casa; el *niño bien*, borracho, mujeriego, bravucón y perdonavidas.

El *compadre* es un obrero que no quiere trabajar; el *patotero* es el heredero acomodado, que es calavera porque se aburre de no hacer nada.

El *compadre* es casi siempre rufián para darse buena vida;

el *patotero* se lanza a la mala vida porque le sobra dinero, amistades e influencias para asegurarse la impunidad.

Otra característica del *patotero* es que rara vez obra y daña individualmente como el *compadre*; el *patotero* aislado, suele ser un buen muchacho. Sólo es temible en *patota*, cuando a la impunidad que le aseguran su *plata* y su familia, puede sumar la impunidad del número y de la fuerza.

Las diferencias de origen, ya señaladas, entre el *compadre* y el *patotero*, determinan de antemano las diferencias del forzoso acabamiento, al llegar a cierta edad en las que no son posibles ni las *farras*, ni los *camotes*, ni los *becerros*, ni las otras liviandades, que son la diversión de *compadritos* y *patoteros*.

El final del *compadre* suele ser el hospital o el presidio. El *patotero* más protegido y venturoso, suele acabar en un buen empleo del Estado, en diputado de la Nación, y hasta en ministro.

PAVA.—Persona abobada. Cafetera. Utensilio de cocina para calentar agua.

PECHAR.—Pedir dinero prestado, *sablear*. Al sablista se le dice *pechador*, y *pechón* al sablazo.

PIERNA.—Bribón. Hombre astuto. *Compadre*.

PITO.—Pipa para fumar.

POLLERAS.—Falda del vestido de las mujeres.

POROTO.—Judía seca.

PORTEÑO.—Natural de Buenos Aires.

PUCHO.—Colilla, punta de cigarro.

PULPERIA.—Almacén, taberna, figón, especialmente los del campo.

La *pulpería* es al mismo tiempo la abacería, el café y el garito para el gaucho.

A la pulpería va a proveerse, a emborracharse, a jugar, a referír sus hazañas y a buscar pendencia.

El gaucho y el pulpero se ayudan, porque se necesitan, pero se odian y se temen, se vigilan y se celan.

El gaucho ve en el pulpero un extranjero, generalmente un *gringo*, que se enriquece en el país; el gaucho cree que por males artes.

El pulpero mira en el gaucho un hombre sin escrúpulos, inclinado a todas las fechorías, capaz de cualquier desmán y de todos los delitos el día que esté borracho (es decir, todos los días), o en un momento en que necesite *plata*.

De aquí que los dos enemigos embozados vivan contínuamente en acecho y apercibidos.

El gaucho espía y vigila, taimando, que el pulpero se haga *platudo*, deja *que el chancho engorde*, según la expresiva y picaresca frase gauchesca.

El pulpero, precabido y desconfiado, sirve y emborracha al gaucho bien resguardado tras recio enrejado que va desde el mostrador al techo. Por entre los fuertes barrotes del enrejado despacha los comestibles, entrega el mate ó proporciona el café y la caña, a medida que el gaucho pide.

La reja es precaución necesaria para evitar un asalto; pero no es la única precaución, que a la vista y al alcance de la mano tiene el desconfiado pulpero el afilado cuchillo y el bien cargado revólver.

Visitando una de estas pulperías, se comprende, sin más averiguaciones, el penoso medrar y el arriesgado vivir de la campaña argentina, y se comprende también la ignorancia y la insensatez de los poetillas y los patrioteros obstinados en presentarnos noble caballeresco y poetizable al gaucho, el que hay que satisfacher las necesidades y los vicios tomando idénticas precauciones que el domador con las fieras.

QUILOMBO.—Lupanar. Lugar donde se advierte desconcierto y desórden. Burdel.

RANFAÑOSO.—De poca valía, inútil. Es voz lunfarda.

RECADO.—Aparejo de las caballerías. Dícese más comúnmente de la montura ordinaria.

RECIEN.—Con este adverbio se han hecho los argentinos un lío que cada día se complica más. Unas veces es un verdadero ripio que alarga inútilmente la frase, como cuando dicen *recién ahora llego*, para expresar exactamente lo mismo que dirían sin el *recién*; otras es un barbarismo absurdo, y otras, en fin, un disparate sin asomo de razón y sin defensa. Ahí van sendos ejemplos de estas dos aplicaciones, en frases que se oyen continuamente en bocas de argentinos cultos: —«¿Cuándo viniste?—*Recién*». «—Venga usted a verme *recién* dentro de dos meses».

RETOBAR.—Forrar una cosa con cuero, lona o badana. Como verbo reflexivo se usa en sentido figurado para expresar enojo, enfado, o acaloramiento.

RICO TIPO.—Hombre curioso, extraño, que llama la atención por alguna particularidad. Comúnmente se emplea en sentido irónico.

SCRUSHANTE.—Entre los lunfardos, ladrón de pisos.

SINDICAR.—Indicar, señalar, tildar.

SONSO.—Abobado, hombre insustancial y soso.

Nuestra Academia de la Lengua afirma en su diccionario que *zonzo* es palabra genuinamente española. Lo es sin duda, pero al paso que en España nadie emplea al hablar este vocablo, los argentinos usan y abusan del *zonzo* convenientemente suavizado, con la *sescante* pronunciación del país, el fuerte sonido de las dos zetas.

TALERO.—Especie de látigo, con corto y recio mango de madera, que es arma temible en manos del gaucho.

TAMBO.—Establo donde se vende leche.

TIRAR DEL CARRITO.—Vivir el rufián (*canfli*) explotando a una pelandusca o una *mina*, para decirlo todo en lunfardo.

UBICACION.—Situación, colocación. La *ubicación* de una casa. *Ubicarse* en un empleo, etc.

Unto.—Mantequilla, con la que se hacen rebanadas de pan.

Vigilante.—Agente de policía. Polizonte. *Chafe* o *chafo,* en jerga lunfarda.

Vincularse.—Relacionarse, emparentar, adquirir amistades e influencia.

Yerba.—Por antonomasia, la *yerba mate.*

INDICE

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA SEGUNDA
EDICION DE «LA ARGENTINA QUE
YO HE VISTO», EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE
B. BAUZA, A 10
DE MARZO DE
1915.